



**Casino
Royale**

**IAN
FLEMING**

Lectulandia

La primera aparición del personaje James Bond. Un sofisticado agente británico llega a una decadente villa francesa con la misión de derrotar a un peligroso y sádico gánster en una partida de cartas, pero no será el único peligro y la traición acecha.

Francia, 1952: un poderoso agente soviético, conocido solo como Le Chiffre (La Cifra), ha malgastado cincuenta millones de francos que la URSS le confió para que organizara y liderara a los comunistas franceses como posible fuerza de choque en caso de guerra; se arriesgará a recuperarlos jugando en el lujoso Casino Royale. Sin embargo, el Servicio Secreto Británico decide que este corrupto líder y quintacolumnista sea desenmascarado ante sus "rojos" seguidores, quienes quedarían así desmoralizados y sin fuerza; enviará a uno de sus mejores agentes para que derrote a Le Chiffre en uno de los más cruciales juegos de póker de la Guerra Fría. Acompañado por la atractiva agente inglesa Vesper Lynd, nuestro joven espía tendrá que enfrentar emboscadas e intentos de asesinato por parte de los sicarios al servicio de Le Chiffre.

Lectulandia

Ian Fleming

Casino Royale

ePUB v1.2

Polifemo7 09.08.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Casino Royale* (1953) Traducción: Isabel Llasat

© Glidrose Productions Ltd. 1953 © RBA Coleccionables S.A., 1999, para esta edición Pérez Galdós
36 - 08012 Barcelona

Proyecto gráfico y diseño de la cubierta: Joan Batallé Ilustración cubierta: Jordi Ciuró

ISBN: 84-473-1396-4 Depósito Legal: B. 4.120-1999

Impresión y encuademación: CAYFOSA

Ctra. de Caldes, km. 3. Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

CAPÍTULO 1 - *El agente secreto*

El olor, el humo y el sudor de un casino son nauseabundos a las tres de la mañana. La erosión del alma que producen las grandes apuestas —un oscuro compuesto de avaricia, miedo y tensión nerviosa— se hace entonces insoportable, y los sentidos se despiertan y se rebelan.

James Bond se dio cuenta de que estaba cansado. Siempre sabía cuándo su cuerpo o su cabeza habían tenido suficiente y entonces actuaba en consecuencia. Así evitaba el tedio y el embotamiento de los sentidos que alimentan los errores.

Se retiró discretamente de la ruleta en que había estado jugando y fue a detenerse un momento ante la baranda dorada que cercaba, a la altura del pecho, la mesa principal de la *salle privé*e. {1}

Le Chiffre seguía jugando y, al parecer, también ganando. Ante él había un desordenado montón de placas jaspeadas de cien mil francos y, a la sombra de su grueso brazo izquierdo, anidaba una discreta pila de placas amarillas más grandes de medio millón de francos cada una.

Bond se quedó observando aquel curioso e impresionante perfil. Luego encogió los hombros para aligerar sus pensamientos y se alejó de allí.

La *caisse* estaba rodeada por una barrera que llegaba a la altura del mentón, y el *caissier* (que solía ser un empleado de banco de poco rango, se sentaba en su interior en un taburete y extraía fichas y billetes de sus respectivos montones, ordenados en estantes tras la barrera protectora, a la altura de la ingle del público) tenía una porra y una escopeta para protegerse. Saltar la barrera, robar algunos billetes, volver a saltarla y salir del casino a través de pasillos y puertas habría sido imposible. Además, los cajeros solían trabajar de dos en dos.

Bond reflexionaba sobre todo eso mientras recogía un fajo de billetes de cien mil francos y varios de billetes de diez mil. Con otra parte de la mente imaginó la reunión ordinaria que celebraría la dirección del casino a la mañana siguiente:

»—*Monsieur* Le Chiffre ganó dos millones; jugó como siempre. *Miss* Fairchild ganó un millón en una hora: copó la banca tres veces a *monsieur* Le Chiffre en una hora y se marchó. Jugó con frialdad. *Monsieur le vicomte* de Villorín ganó un millón doscientos mil en la ruleta; hizo apuestas máximas en la primera y la tercera docenas {2} y tuvo suerte. Por su parte, el inglés, *mister* Bond, aumentó sus ganancias exactamente tres millones en dos días. Aplicó un sistema de juego progresivo en los rojos de la mesa cinco; Duelos, el *chef de partie*. tiene los detalles. Es un jugador perseverante que hace apuestas máximas y tiene suerte y buenos nervios. En la *soirée* de ayer, las mesas de *chemin de fer* hicieron . dinero; las de bacarrá, y; las de ruleta, z. La mesa de *boule* volvió a tener pocos clientes, pero sigue cubriendo gastos.

»—*Merci, monsieur Xavier.*

»—*Merci, monsieur le Présidentf .»*

O algo así, pensó Bond mientras empujaba la puerta de batiente de la *salle privée* y se despedía con un gesto de la cabeza de un hombre vestido de etiqueta y con expresión aburrída. Era el encargado de impedir que entrara o saliera nadie pulsando un interruptor de pie que bloqueaba la puerta al menor indicio de problemas.

La dirección del casino haría balance, disolvería la reunión y sus integrantes se irían a casa o comerían en alguna cafetería.

En cuanto a lo de asaltar la caja —algo que a Bond no le concernía personalmente, tan sólo le interesaba—, pensó que harían falta diez buenos profesionales, los cuales, con toda seguridad, tendrían que matar a un empleado o dos; en cualquier caso, sería casi imposible encontrar, ni en Francia ni en ningún otro país del mundo, a diez asesinos que no se fueran de la lengua.

Mientras daba mil francos en el *vestiaire* y descendía por la escalinata del casino, Bond concluyó que Le Chiffre, bajo ningún concepto, intentaría asaltar la caja y apartó esa posibilidad de su mente. Prefirió explorar las sensaciones físicas que lo invadían: sintió la seca e incómoda gravilla bajo los zapatos de vestir, el desagradable y amargo sabor de boca y el principio de sudor en las axilas; sentía la presión de los ojos contra las cuencas y el entorno de la nariz congestionado. Aspiró a fondo el dulce aire de la noche y aguzó los sentidos y su capacidad de percepción. Quería saber si alguien había registrado su habitación desde que la había dejado antes de cenar. Cruzó el ancho bulevar y los jardines que llevaban al hotel Splendide. Sonrió al recepcionista que le tendía la llave —habitación 45, primera planta— y cogió el telegrama.

Procedía de Jamaica y decía:

KINGSTONJA XXXX XXXXXX XXXX XXX

BOND SPLENDIDE ROYALE-LES-EAUX SEINE INFERFIERE
PRODUCCIÓN DE HABANOS TODAS FÁBRICAS CUBANAS 1915 DIEZ
MILLONES REPITO DIEZ MILLONES STOP ESPERO SEA CIFRA DESEADA
SALUDOS

DASILVA

Esto significaba que los diez millones de francos estaban en camino. Era la respuesta a una solicitud que Bond había enviado aquella misma tarde a través de París a su central de Londres pidiendo más fondos. París había contactado con Londres, donde Clements, el jefe del departamento de Bond, había hablado con M, quien, con una sonrisa irónica, ordenó a *El Corredor* que lo arreglara con tesorería.

Como Bond había trabajado en una ocasión en Jamaica, su tapadera en el caso Royale era hacerse pasar por un acaudalado cliente de Messrs Caffery, la principal

empresa de importación-exportación de aquel país. Así pues, lo controlaban vía Jamaica, a través de un hombre taciturno que era jefe de la sección gráfica del *Daily Gleaner*, el famoso periódico del Caribe.

El hombre del *Gleaner*, llamado Fawcett, había sido contable de uno de los criaderos de tortugas más importantes de las Islas Caimán. Fue uno de los habitantes de aquellas islas que se presentaron voluntarios al comienzo de la guerra, y acabó trabajando en la sección contable de una pequeña organización de Inteligencia naval de Malta. Al final de la guerra, cuando, muy a su pesar, tenía que regresar a las Caimán, fue captado por la sección del Servicio Secreto para el Caribe. Le enseñaron cuanto pudieron de fotografía y de algunas otras artes y, con la callada connivencia de un hombre influyente en Jamaica, llegó hasta la sección gráfica del *Gleaner*.

Cuando no examinaba fotografías enviadas por las grandes agencias —Keystone, Wide-World, Universal, INP y Reuter-Photo—, recibía perentorias instrucciones telefónicas de un hombre a quien no conocía para que efectuara ciertas operaciones sencillas que sólo requerían absoluta discreción, rapidez y precisión. Por esos servicios ocasionales cobraba veinte libras al mes, que le eran ingresadas en su cuenta del Royal Bank of Cañada por un pariente ficticio de Inglaterra.

La misión actual de Fawcett era reenviar de inmediato a Bond, con tarifa preferente, el texto de los mensajes telefónicos que él recibía en su casa de su contacto anónimo. Éste le había dicho que nada de cuanto se le pidiera que enviase despertaría las sospechas del servicio de correos jamaicano. Por eso no le sorprendió verse nombrado, de la noche a la mañana, corresponsal de la «Agencia de prensa gráfica marítima», con servicio contra reembolso de recogida de prensa para Francia e Inglaterra y cobrando a cambio otras diez libras mensuales.

Fawcett se sintió seguro y alentado, pensó en la Medalla del Imperio Británico y pagó el primer plazo de un Morris

Minor. También se compró una visera verde, de la cual hacía tiempo que se había encaprichado, que le ayudaba a imponer su personalidad en la sección gráfica del periódico.

Eso era parte del escenario que Bond imaginó para el telegrama. Estaba acostumbrado al control indirecto y no le disgustaba. Hacía que se sintiera, en cierta manera, acolchado y le evitaba tener que seguir un horario estricto en sus comunicaciones con M.

Sabía que probablemente no era así, que en Royale-les-Eaux habría otro miembro del Servicio informando por su cuenta, pero aquello le creaba la impresión de no estar tan solo a menos de doscientos kilómetros, al otro lado del Canal, de aquel aburrido edificio de oficinas próximo a Regent's Park desde el cual lo observaban y juzgaban los cuatro cerebros fríos que movían todos los hilos. Tal como Fawcett, el hombre de las Caimán destinado en Kingston, sabía que, si compraba el Morris Minor al contado

en lugar de firmar un contrato de venta a plazos, alguien en Londres podría enterarse y querría saber de dónde procedía el dinero.

Bond leyó el mensaje dos veces. Arrancó una hoja del bloc de telegramas del mostrador —¿para qué dejarles la copia en papel carbón?— y escribió su respuesta en mayúsculas:

GRACIAS INFORMACIÓN SUFICIENTE

BOND

Se lo dio al recepcionista y se metió en el bolsillo el telegrama firmado «Dasilva». Los jefes del recepcionista (de haberlos) también podrían sobornar a la oficina de correos para obtener una copia, eso si éste no había abierto antes el sobre al vapor o no hubiese leído el telegrama al revés en las manos de Bond.

Bond cogió la llave, dio las buenas noches y se encaminó hacia las escaleras, rechazando con un gesto de la cabeza la oferta del ascensorista; sabía qué útil era un ascensor como señal de alarma. No esperaba que hubiese movimiento en la primera planta, pero prefería ser prudente.

Mientras subía de puntillas y con sigilo, lamentó la arrogancia de su respuesta a M vía Jamaica. Como jugador, sabía que era un error confiar en un capital demasiado limitado. En cualquier caso, M tampoco le habría concedido más. Encogiéndose de hombros, dejó las escaleras, entró en el pasillo y caminó con cautela hasta la puerta de su habitación.

Sabía con exactitud dónde estaba el interruptor. Con un rápido movimiento abrió la puerta de par en par, encendió la luz y apuntó con la pistola desde el umbral. La habitación, vacía y segura, le sonrió con sorna. Ignoró la puerta entreabierta del cuarto de baño y, tras cerrar con llave, encendió la lámpara de la mesilla de noche y la luz del espejo y arrojó el arma sobre el sofá que había junto a la ventana. Luego se agachó e inspeccionó uno de sus cabellos negros que permanecía sin tocar donde lo había dejado antes de ir a cenar, atrapado en la ranura del cajón del escritorio.

Examinó también la pizca de polvos de talco que había en el reborde interior del pomo de porcelana del ropero. Estaba intacta. Fue al lavabo, alzó la tapa de la cisterna y cotejó el nivel del agua contra una pequeña marca hecha en el flotador de cobre.

Realizando todo aquello, verificando esas diminutas alarmas antirrobo, no se sentía ridículo ni paranoico. Era un agente secreto y todavía estaba vivo gracias a la minuciosa atención de su profesión a los detalles. Tomar precauciones rutinarias no le parecía menos razonable en su caso que si se tratara de un buzo de alta mar o de un piloto de pruebas, o de cualquiera que se ganara la vida peligrosamente.

Con la satisfacción de ver que nadie le había registrado la habitación mientras

estaba en el casino, Bond se desnudó y tomó una ducha fría. Después encendió su septuagésimo cigarrillo del día, se sentó ante el escritorio, colocando a un lado el grueso fajo de dinero —de juego y de ganancias—, y apuntó algunos números en un pequeño cuaderno. En los dos días que llevaba jugando había ganado tres millones de francos. En Londres le habían dado diez millones, y les había pedido otros diez. Con esos diez en camino hacia la sucursal del Crédit Lyonnais local, su fondo de operaciones ascendería a veintitrés millones de francos, unas veintitrés mil libras.

Bond se quedó sentado unos segundos mirando a través de la ventana, más allá del negro mar. Luego se levantó, metió el montón de billetes bajo la almohada de la barroca cama individual, se lavó los dientes, apagó las luces y se introdujo con alivio entre las ásperas sábanas francesas. Pasó diez minutos tumbado del lado izquierdo, analizando los acontecimientos del día. Después se dio la vuelta y enfocó la mente hacia el túnel del sueño.

Lo último que hizo fue deslizar la mano derecha bajo la almohada hasta depositarla sobre la culata del Colt Pólíca Positive de calibre 38 y cañón recortado. Cuando se quedó dormido y el calor y la chispa se apagaron de sus ojos, sus rasgos recompusieron una máscara taciturna, irónica, brutal y fría.

CAPÍTULO 2 - Expediente para M

Dos semanas antes, la Estación S del Servicio Secreto había enviado el siguiente memorándum a M, que era y sigue siendo el jefe de ese departamento dependiente del Ministerio de Defensa británico:

«Para: M

»De: Jefe de S

»Asunto: Proyecto para la destrucción de *monsieur* Le Chiffre (alias "El Número", *Herr Nummer*, *Herr Ziffer*, etc.), uno de los principales agentes de la oposición en Francia y pagador encubierto del *Syndicat des Ouvriers d'Alsace* el sindicato controlado por los comunistas en la industria pesada y el sector del transporte de Alsacia y, como sabemos, una importante quinta columna en el supuesto de guerra con el País Rojo.

»Documentación: Se adjunta en *Apéndice A* la biografía de Le Chiffre facilitada por el jefe de Archivos. Ver también en *Apéndice B* una nota sobre SMERSH.

»Hace tiempo que presentíamos que Le Chiffre tenía problemas. En casi todos los sentidos es un agente admirable de la Unión Soviética, pero sus gustos y costumbres licenciosas son un talón de Aquiles del cual hemos sacado provecho en varias ocasiones. Entre sus amantes hay una eurasiática (nº 1860) controlada por Estación F, quien recientemente ha podido obtener ciertos detalles sobre sus asuntos privados.

»Resumiendo: Le Chiffre está, según parece, al borde de una crisis financiera. El número 1860 observó algunos indicios: joyas discretamente vendidas, la venta de una villa en Antibes y una tendencia general a recortar el gasto fácil, algo que siempre había caracterizado su modo de vida. Investigamos más el asunto con ayuda de nuestros amigos del *Deuxième Bureau* (con los cuales hemos estado colaborando en el caso) y salió a la luz una curiosa historia.

»En enero de 1956, Le Chiffre adquirió el control de una cadena de burdeles llamada "Cordon Jaune" que funcionaba en Bretaña y Normandía. No se le ocurrió mejor cosa que utilizar a tal efecto unos cincuenta millones de francos del dinero que le había confiado la Sección III de Leningrado para la financiación de SODA{3}, el sindicato antes mencionado.

»En principio, Cordon Jaune habría sido una inversión excelente y hasta es posible que a Le Chiffre lo empujara más el deseo de incrementar los fondos de su sindicato que la esperanza de llenarse los bolsillos especulando con el dinero de sus jefes. Sea como fuere, es evidente que podía haber recurrido a otras inversiones más edificantes que la prostitución si no le hubieran tentado tanto las ventajas de disponer de una cantidad ilimitada de mujeres para su uso personal.

»El destino lo ha escarmentado con una celeridad terrible.

»No habían transcurrido ni tres meses cuando, el 13 de abril, el gobierno francés aprobó la Ley 46685 titulada: *Loi tendant á la fermeture des maisons de tolérance et au renforcement de la lutte contre le proxénitisme.* {4}

(Al llegar a esta frase, M gruñó y pulsó un botón del interfono.

—¿Jefe de S?

—¿Señor?

—¿Qué demonios significa esta frase?

El otro se la tradujo.

—Jefe de S, esto no es la Escuela de Idiomas Berlitz. Si quiere demostrar sus conocimientos de trabalenguas foráneos, al menos tenga el detalle de acompañarlo de una traducción. O mejor aún, escríbala en inglés.

—Disculpe, señor.

M soltó el botón del interfono y prosiguió la lectura del memorándum.)

«Esta ley, conocida popularmente como *La Loi Marthe Richard*, que mandaba cerrar todas las casas de mala reputación y prohibía la venta de libros y películas pornográficas, dio en plena línea de flotación de las inversiones de Le Chiffre casi de un día para otro y lo enfrentó a un grave descubierto en los fondos de su sindicato. En un intento desesperado convirtió sus casas públicas en *maisons de passe* donde se podían concertar citas clandestinas al límite de la ley y mantuvo abiertos un par de *cinemas bleus* también clandestinos. Pero estos cambios no le sirvieron en absoluto para cubrir sus gastos generales. Todos los intentos de deshacerse de sus inversiones, aun a costa de grandes pérdidas, fracasaron estrepitosamente. Mientras tanto, la *Pólice des Moeurs* le seguía la pista y, en poco tiempo, le clausuraron veinte o más de sus establecimientos.

»Como es lógico, a la policía le interesaba ese hombre como propietario de burdeles de alto nivel. Sólo cuando nosotros mostramos interés por sus finanzas, el *Deuxième Bureau* sacó a la luz el expediente paralelo que tenían abierto sus colegas del departamento de policía.

En seguida nos dimos cuenta de la importancia de la situación, al igual que nuestros amigos franceses. En los últimos meses, la policía ha emprendido una auténtica persecución contra los negocios de *Cordon Jaune*. Como resultado, en estos momentos ya no queda nada de la inversión original de Le

Chiffre. Cualquier inspección rutinaria revelaría un descubierto de unos cincuenta millones de francos en los fondos del sindicato del cual es tesorero y pagador.

»Parece ser que en Leningrado todavía no sospechan nada pero, para desgracia de Le Chiffre, es posible que SMERSH sí se haya oído algo. La semana pasada una

fuelle de alto nivel de la Estación P informó que un importante oficial de ese eficaz cuerpo de venganza soviético había salido de Varsovia con destino a Estrasburgo, vía Berlín Oriental. El informe no ha sido confirmado por el Deuxième Bureau ni por las autoridades de Estrasburgo (que son fiables y meticolosas), ni tampoco hay noticias del cuartel general de Le Chiffre en esa ciudad, que tenemos bien cubierto con un agente doble (aparte de 1860).

»Si Le Chiffre supiera que SMERSH anda tras él o que tienen la menor sospecha, no le quedaría más alternativa que suicidarse o intentar escapar; pero, por el momento, sus planes hacen pensar que, si bien es evidente que está desesperado, todavía no se ha dado cuenta de que quizá su vida esté en peligro. Fueron precisamente esos planes harto espectaculares los que nos dieron la idea de una contraoperación que, aunque arriesgada y poco convencional, presentamos con confianza al final del presente memorándum.

»Creemos que Le Chiffre planea seguir en breve el ejemplo de la mayoría de desfalcadores desesperados y tapar el descubierto de sus cuentas con ganancias de juego. La Bolsa está muy baja, al igual que los diversos tráficos de droga o de medicinas raras, como la aureomicina, la estreptomycinina y la cortisona. En ningún hipódromo ni canódromo podría apostar las cantidades que necesita jugar y, en el caso de ganar, tendría más probabilidades de ser asesinado que de cobrar el premio.

»Sabemos que Le Chiffre ha retirado los últimos veinticinco millones de francos de los fondos de su sindicato y que ha alquilado, para dentro de quince días y durante una semana, una pequeña villa en las cercanías de Royale-les-Eaux, justo encima de Dieppe.

»Por otra parte, en el Casino de Royale-les-Eaux se espera ver este verano las apuestas más altas de Europa. En un intento de arrebatar las grandes fortunas Deauville y Le Touquet, la *Société des Bains de Mers de Royale* ha arrendado el bacarrá y las dos mesas principales del *chemin de fer* al Consorcio Mahomet Ali, un grupo de banqueros y empresarios egipcios expatriados que, según se dice, tienen acceso a ciertos fondos reales y que llevan años intentando reducir los beneficios que Zographos y sus socios griegos consiguen gracias a su monopolio sobre las mayores bancas de bacarrá de Francia.

»Con ayuda de una discreta publicidad, se ha conseguido atraer a un número considerable de las mayores agencias de viaje de Norteamérica y Europa, para que este verano reserven plazas en el Royale, con lo que parece posible que esta añeja estación balnearia recupere algo de su antiguo esplendor Victoriano.

»En cualquier caso, creemos con toda seguridad que es allí donde, a partir del día 15 de junio, y con un fondo de operaciones de veinticinco millones de francos, Le Chiffre intentará lograr unas ganancias al bacarrá de cincuenta millones (y, de paso, salvar la vida).

»*Contraoperación propuesta*

»Sería de gran interés para este país y para las demás naciones de la Organización del Tratado del Atlántico Norte que este poderoso agente soviético fuera ridiculizado y destruido, que su sindicato comunista quebrara y cayera en el descrédito y que esa quinta columna potencial, formada por 50.000 efectivos y capaz de controlar en tiempo de guerra un amplio sector de la frontera septentrional de Francia, se desmoralizara y dividiera. Todo esto se conseguiría venciendo a Le Chiffre en las mesas de juego. (Nota: El asesinato sería inútil. Leningrado cubriría en seguida sus desfalcos y lo convertiría en un mártir.)

»En consecuencia, recomendamos que se dote al mejor jugador del Servicio de los fondos necesarios para que intente arruinar a Le Chiffre en el casino.

»Los riesgos son obvios, y la posibilidad de que el Servicio pierda sus fondos, elevada, pero en el pasado se han realizado otras operaciones en las que se arriesgaron sumas mayores con menos posibilidades de éxito y, con frecuencia, para objetivos menores.

»Si la decisión es desfavorable, la única alternativa sería poner nuestra información y nuestras recomendaciones en manos del Deuxième Bureau y de nuestros colegas estadounidenses de la Agencia Central de Inteligencia de Washington. Ambas organizaciones estarían sin duda encantadas de hacerse cargo del plan.

»Firmado: S.»

»*Apéndice A.*

»*Nombre:* Le Chiffre.

»*Alias:* Variaciones de los términos "cifra" y "número" en distintos idiomas (p. ej. *Herr Ziffer*).

»*Origen:* Desconocido.

«Apareció por primera vez en junio de 1945 como refugiado recluido en el campo de Dachau, en la zona de Alemania bajo control de EE.UU. Sufría supuesta amnesia y parálisis de las cuerdas vocales (¿ambas fingidas?). Superó la mudez con terapia, pero siguió alegando una pérdida total de memoria salvo en asociaciones con Alsacia Lorena y Estrasburgo, adonde fue transferido en septiembre de 1945, con pasaporte apátrida número 304-596. Adoptó el nombre de "Le Chiffre" ("porque sólo soy un número de pasaporte"). No tiene nombre de pila.

»*Edad:* Unos 45 años.

»*Descripción:* Altura: 1,70 m. Peso: 114 kg. Tez muy pálida. Lampiño. Cabello castaño rojizo, cortado "a cepillo". Ojos de un marrón muy oscuro; el blanco le rodea todo el iris. Boca pequeña y algo femenina. Dentadura postiza de alta calidad. Orejas pequeñas de lóbulos grandes, lo que indica algo de sangre judía. Manos pequeñas, cuidadas, velludas. Pies pequeños. Desde el punto de vista racial, el sujeto es

probablemente una mezcla de ascendencias mediterránea y prusiana o polaca. Viste bien y con meticulosidad, por lo general trajes cruzados oscuros. Fuma constantemente Caporals con boquilla desnicotinizadora. Utiliza con frecuencia un inhalador de benzedrina. Voz suave y serena. Bilingüe en francés e inglés; buen alemán. Deje de acento marsellés. Sonríe muy poco y nunca ríe.

»*Hábitos*: Básicamente caros aunque discretos. Gran apetito sexual. Flagelador. Experto conductor de coches rápidos.

Diestro en la utilización de armas de pequeñas dimensiones y otras formas de combate personal, incluidas las navajas. Lleva escondidas tres hojas de afeitar Eversharp: en la cinta del sombrero, en el tacón del zapato izquierdo y en la pitillera. Buenos conocimientos de contabilidad y matemáticas. Excelente jugador. Siempre va acompañado de dos guardaespaldas armados, bien vestidos, uno francés y otro alemán (detalles disponibles).

»*Comentario*: Un extraordinario y peligroso agente de la Unión Soviética, controlado por la Sección III de Leningrado a través de París.

»Firmado: Jefe de Archivos»

«*Apéndice B.*

»*Asunto*: SMERSH

»*Fuentes*: Archivos propios y escaso material puesto a nuestra disposición por el Deuxième Bureau y la CIA de Washington.

»SMERSH es una combinación de dos vocablos rusos: *smert shpionam*, que se traduciría más o menos como "Muerte a los espías".

»Está por encima de la MWD (antes NKVD) y se cree que se halla bajo el control personal de Beria.

»Cuartel general: Leningrado (subestación de Moscú).

»Su función es la eliminación de cualquier forma de traición y desidia en las distintas ramas del servicio secreto y de la policía secreta soviéticos dentro y fuera del país. Es la organización más potente y temida de la Unión Soviética y, según cuentan, nunca ha fracasado en una misión de venganza.

»Se cree que SMERSH fue la responsable del asesinato de Trotsky en México (22 de agosto de 1940), con el que sin duda se habría ganado la reputación que tiene ahora, habida cuenta de los intentos frustrados anteriores de otras personas y organizaciones rusas.

»La siguiente vez que se oyó hablar de SMERSH fue cuando Hitler atacó a Rusia. Entonces la organización creció muy deprisa para eliminar a los traidores y agentes dobles durante la retirada de las fuerzas soviéticas en 1941. En aquella época, SMERSH actuaba como escuadrón de ejecución de la

NKVD y todavía no tenía una función selectiva tan claramente definida como ahora.

»La propia organización fue purgada a fondo después de la guerra y se cree que en la actualidad está compuesta por unos cuatrocientos efectivos de muy alta calidad distribuidos en cinco secciones:

«Departamento I: Responsable del contraespionaje entre las organizaciones soviéticas dentro y fuera del país.

«Departamento II: Operaciones, incluidas ejecuciones.

«Departamento III: Administración y finanzas.

«Departamento IV: Investigaciones y división jurídica. Personal.

«Departamento V: Enjuiciamientos: es la sección que dicta las sentencias definitivas de todas las víctimas.

«Desde la guerra sólo ha caído en nuestras manos un agente de SMERSH: Goytchev, alias *Garrad-Jones*. Mató a Petchora, oficial médico de la embajada de Yugoslavia, en Hyde Park, el 7 de agosto de 1948. Se suicidó durante los interrogatorios tragándose un botón de abrigo con cianuro potásico comprimido. Lo único que confesó fue su pertenencia a SMERSH, de la que se jactó con arrogancia.

«Creemos que los siguientes agentes dobles británicos fueron víctimas de SMERSH: Donovan, Harthrop-Vane, Elizabeth Dumont, Ventnor, Mace, Savarin. (Para más detalles ver Depósito: Sección Q.)

»*Conclusión*: Deberíamos hacer todo lo posible para mejorar nuestro conocimiento de esta potente organización y destruir a sus agentes.»

CAPÍTULO 3 - *Número 007*

Jefe de S (la sección del Servicio Secreto para la Unión Soviética) estaba tan entusiasmado con el plan para destruir a Le Chiffre, cuya autoría casi podía atribuirse a sí mismo, que cogió el memorándum, subió a la última planta del deprimente edificio que daba a Regent's Park, cruzó la puerta forrada de paño verde, recorrió el pasillo y entró en el último despacho.

Beligerante, se encaminó hacia el subdirector de M, un joven zapador que había llegado a aquel cargo por haber pertenecido al secretariado del comité de jefes de estado mayor tras caer herido durante una operación de sabotaje en 1944, y que, pese a ambas experiencias, conservaba el sentido del humor.

—Oye, Bill. Quiero venderle algo al jefe. ¿Crees que es un buen momento?

—¿Qué crees tú, Penny? —dijo el subdirector dirigiéndose a la secretaria personal de M, que compartía despacho con él.

La señorita Money Penny habría sido deseable si no fuese por su mirada fría, directa y reticente.

—No es mal momento. Esta mañana ha logrado una pequeña victoria en Asuntos Exteriores y no espera a nadie durante la próxima media hora. —Dirigió una alentadora sonrisa a jefe de S., que le caía bien como persona y por la importancia de su sección.

—Toma, Bill, confidencial —dijo jefe de S, tendiéndole una carpeta negra marcada con la estrella roja que indicaba máximo secreto—. Y, por lo que más quieras, pon expresión de entusiasmo cuando se lo des. Y dile que yo esperaré aquí leyendo un buen manual de códigos mientras lo estudia. Tal vez necesite más detalles, y además quiero asegurarme de que ninguno de los dos lo molestáis con otra cosa hasta que haya acabado.

—Sí, señor. —El subdirector pulsó un botón y se inclinó hacia el interfono que tenía sobre la mesa.

—¿Sí? —respondió una voz sosegada y fría.

—Jefe de S tiene un documento urgente para usted, señor.

Hubo un silencio.

—Tráigamelo —dijo la voz.

El subdirector soltó el botón y se levantó.

—Gracias, Bill. Estaré en la habitación de al lado —dijo jefe de S.

El subdirector fue hasta la puerta doble del despacho de M y entró. Al cabo de un momento salió y sobre la entrada se encendió una pequeña luz azul que advertía que no se podía molestar a M.

Poco después, un jefe de S. victorioso le confió a su Número Dos:

—Casi la pifiamos con el último párrafo; M cree que es subversivo y chantajista.

Le ha molestado mucho, pero aprueba el plan. Opina que la idea es una locura, pero que vale la pena intentarlo si los de tesorería también quieren apostar, y él cree que lo harán. Les dirá que es mejor jugada que todo lo que invertimos en hacer desertar a coroneles rusos que, a los pocos meses de tener el «asilo político», se hacen agentes dobles. Además tiene muchas ganas de enfrentarse a Le Chiffre, aparte de que dispone del hombre apropiado y quiere ponerlo a prueba en el caso.

—¿Quién es? —preguntó Número Dos.

—Un Cero Cero, supongo que 007. Es un tipo duro, y M cree que puede haber problemas con los pistoleros de Le Chiffre. Se le deben de dar muy bien los naipes, porque, antes de la guerra, se pasó dos meses sentado en el casino de Montecarlo viendo los manejos de aquel grupo de rumanos con la tinta invisible y las gafas oscuras. Al final, él y el Deuxième Bureau los dejaron fuera de juego y 007 entregó el millón de francos que había ganado jugando al *shemmy*. Una cifra nada despreciable en aquellos días.

La reunión de James Bond con M había sido breve.

—¿Qué le parece, Bond? —preguntó M cuando el agente regresó al despacho, tras leer el memorándum de jefe de S. y quedarse diez minutos en la sala de espera con la vista clavada en los distantes árboles del parque.

Bond miró a los ojos claros y penetrantes que había al otro lado de la mesa.

—Se lo agradezco, señor, me gustaría hacerlo. Pero no puedo prometerle que ganaré. Después del *trente et quarante* el bacarrá es el juego con más probabilidades, del cincuenta por ciento si no fuera por el pequeño *cagnotte*, pero me puede tocar una mala racha y acabar limpio. Se jugará bastante alto, calculo que abriendo con medio millón.

La fría mirada lo interrumpió. Todo eso ya lo sabía M; estaba al corriente, tan bien como Bond, de las probabilidades del bacarrá. Ése era su trabajo: conocer las probabilidades de todo y conocer a los hombres, a los suyos y a los de la oposición. Bond lamentó no haberse guardado los temores para sí mismo.

—Él también puede tener una mala racha —dijo M—. Le facilitaremos a usted un capital importante. Hasta veinticinco millones, igual que él. Le daremos diez para empezar y le enviaremos diez más cuando haya explorado el terreno. Los otros cinco puede ganarlos usted mismo. —Esbozó una sonrisa.— Llegue unos días antes de que empiecen las grandes partidas y vaya practicando. Hable con Q acerca de habitaciones y trenes y pida el material que necesite. En administración le darán los fondos. Pediré al Deuxième Bureau que permanezcan alerta. Es su territorio y bastante agradecidos podemos estar si no se enfadan. Intentaré convencerles de que envíen a Mathis. Parece que ustedes dos se llevaron muy bien en Montecarlo, en aquel otro caso de juego. Y avisaré también a Washington por lo que afecta a la OTAN. La CIA tiene uno o dos buenos agentes en Fontainebleau con los del servicio

conjunto de Inteligencia. ¿Algo más?

Bond negó con la cabeza.

—Lo de Mathis es una idea excelente, señor.

—Bueno, ya veremos. Usted intente ganar. De lo contrario, quedaremos bastante en ridículo. Y tenga cuidado. Parece un trabajo divertido, pero no creo que lo sea. Le Chiffre es muy bueno. Buena suerte.

—Gracias, señor. —Bond se dirigió a la puerta.

—Un momento.

Bond se volvió.

—Creo que lo cubriré, Bond. Cuatro ojos ven más que dos y necesitará alguien que se encargue de las comunicaciones. Ya lo pensaré. Quien sea se pondrá en contacto con usted en Royale. Pero no se preocupe, será uno de los buenos.

Bond hubiera preferido trabajar solo, pero a M no se le discutía. Salió del despacho con la esperanza de que el hombre que le enviaran fuese leal y no tonto ni, lo que era peor, ambicioso.

CAPÍTULO 4 - «*L'ennemi écoute*»

Dos semanas después, James Bond recordó parte de esa historia al despertarse en su habitación del hotel Splendide.

Había llegado a Royale-les-Eaux dos días antes, a la hora de comer. Nadie intentó ponerse en contacto con él, ni tampoco él despertó el menor atisbo de curiosidad al registrarse como «James Bond, Port Maria, Jamaica».

M no había expresado interés alguno por su tapadera.

«En cuanto se enfrente a Le Chiffre en las mesas de juego, usted tendrá su cobertura —dijo—. Pero utilice una identidad creíble para todos los demás.»

Como Bond conocía bien Jamaica, pidió que lo controlaran desde allí y se hizo pasar por un propietario de plantaciones jamaicano cuyo padre había hecho una fortuna con el tabaco y el azúcar y cuyo hijo había decidido jugársela en la Bolsa y en los casinos. Si alguien le preguntaba más, le remitiría a Charles DaSilva, de la firma Caffery de Kingston, como su abogado. Charles confirmaría la historia.

Bond pasó las últimas dos tardes y la mayor parte de sus noches en el casino, jugando con complejos sistemas de progresión en las oportunidades de cincuenta por ciento de la ruleta. En el *chemin de fer* copó la banca siempre que se le presentó la ocasión y el importe era cuantioso. Si perdía, decidía seguir una sola vez, pero no insistía si volvía a perder.

De esa forma consiguió unos tres millones de francos al tiempo que preparó a fondo tanto los nervios como el tacto con los naipes. Se aprendió de memoria la distribución del casino. Pero, sobre todo, vio jugar a Le Chiffre y observó, con pesar, que era un jugador intachable y afortunado.

A Bond le gustaba desayunar bien. Tras darse una ducha fría, se sentó al escritorio delante de la ventana. Observó el bello día y consumió un vaso de zumo de naranja helado, tres huevos revueltos con tocino y un café doble sin azúcar. Encendió el primer cigarrillo de la mañana —una mezcla balcánica y turca que preparaba para él la casa Morlands, de Grosvenor Street— y contempló el suave oleaje que lamía la larga playa y la flota pesquera de Dieppe que se alejaba en fila hacia la calurosa neblina de junio, entre el revoloteo de las gaviotas.

Se había quedado absorto en sus pensamientos cuando sonó el teléfono. Era el recepcionista anunciándole que abajo esperaba un director de Radio Stentor con el receptor de radio que había encargado desde París.

—Muy bien —dijo Bond—, hágale subir.

Sin duda, era la tapadera elegida para el enlace del Deuxième Bureau. Bond miró hacia la puerta, confiando en que fuera Mathis.

Cuando Mathis entró, como un respetable hombre de negocios, llevando un gran paquete cuadrado cogido por un asa de cuero, Bond le dirigió una amplia sonrisa, y le

hubiera saludado con mayor efusión si Mathis no hubiese fruncido el ceño al tiempo que levantaba la mano que tenía libre, tras cerrar la puerta con cuidado.

—Acabo de llegar de París, *monsieur*, y traigo el aparato que solicitó a prueba. Cinco válvulas, *superhet*, como creo que lo llaman en Inglaterra. En principio, debería captar todas las capitales de Europa desde Royale, porque no hay montañas en sesenta y cuatro kilómetros a la redonda.

—Estupendo —repuso Bond, enarcando las cejas ante tanto misterio.

Mathis no le hizo caso. Dejó el aparato, que había desenvuelto, en el suelo, junto a la placa eléctrica apagada bajo la repisa de la chimenea.

—Acaban de dar las once y media —dijo—, y creo que *Les compagnons de la chanson* deberían estar en la onda media de Roma. Se encuentran de gira por toda Europa. Veamos qué tal se recibe. Como prueba debería bastar.

Le hizo un guiño. Bond observó que subía el volumen al máximo y que se había encendido la luz roja que indicaba la frecuencia de onda larga, aunque el aparato aún no emitía sonido alguno.

Mathis manipuló algo detrás del aparato. De pronto, un espantoso ruido de interferencia inundó la pequeña habitación. Mathis miró unos segundos al aparato con benevolencia, lo apagó y puso voz consternada.

—*Monsieur*, le pido mil disculpas. He sintonizado mal.

Se agachó otra vez hacia los diales. Tras unos ajustes, se empezó a oír un coro francés cantando en armonía cerrada. Mathis se incorporó, caminó hasta Bond, le dio una sonora palmada en la espalda y un apretón de manos tan fuerte que a Bond le dolieron los dedos.

Bond le devolvió una sonrisa.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó.

—Mi querido amigo —dijo Mathis, encantado—, esta vez sí que te han cazado. Ahí arriba —señaló el techo—, en este preciso momento, el señor Muntz y su pretendida mujer (se supone que confinada en el lecho por la gripe) se han quedado sordos, absolutamente sordos, y espero que agonizantes. —Sonrió con deleite ante el gesto de incredulidad de Bond.

Mathis se sentó en la cama y abrió un paquete de Caporales rajándolo con la uña del pulgar. Bond esperaba.

A Mathis le complacía la expectación que sus palabras habían despertado. Adoptó un tono serio.

—Cómo ha ocurrido, no lo sé. Supongo que te descubrieron unos días antes de que llegaras. Aquí, la oposición tiene mucha fuerza. En la habitación de arriba está el matrimonio Muntz. El es alemán y ella, de algún lugar de Europa Central, quizá Checoslovaquia. Este hotel es de estilo antiguo. Detrás de estas estufas eléctricas hay chimeneas inutilizadas. Justo aquí —señaló un punto a pocos centímetros de la estufa

de placa—, cuelga un receptor de radio muy potente. Los cables suben por la chimenea hasta detrás de la estufa de los Muntz, donde hay un amplificador. En la habitación tienen un magnetófono y un par de auriculares que usan por turno. Por eso, la señora Muntz tiene la gripe y toma todas sus comidas en la cama, y por eso el señor Muntz debe estar en todo momento a su lado, en lugar de disfrutar del sol y del juego de este maravilloso lugar de recreo.

»Parte de esto lo sabemos porque en Francia somos muy listos. El resto lo confirmamos desmontando tu estufa eléctrica unas horas antes de que llegaras.

Bond se acercó a la placa con escepticismo y examinó los tornillos que la sujetaban a la pared. En las ranuras había unas muescas diminutas.

—Ahora hay que volver a actuar un poco —dijo Mathis.

Fue hasta la radio, que todavía transmitía música coral a su público de tres, y la apagó.

—¿Está usted satisfecho, *monsieur*? —preguntó—. ¿Se ha fijado en lo claro que se oye? ¿No le parece un coro formidable? —Enarcó las cejas e hizo un ademán de invitación a Bond con la mano derecha.

—Son tan buenos —dijo Bond—, que me gustaría escuchar el resto del programa. —Sonrió al imaginarse las miradas de rabia que encima de ellos debían de estar intercambiando los Muntz.— Y el aparato me parece excelente. Es justo lo que buscaba para llevarme a Jamaica.

Mathis hizo una mueca de sarcasmo y volvió a conectar el programa de Roma.

—¡Tú y tu Jamaica! —exclamó, sentándose otra vez en la cama.

Bond lo miró con una expresión de disgusto.

—En fin —dijo Bond—, agua pasada no mueve molinos. Ya suponíamos que la tapadera no se sostendría mucho tiempo, pero es inquietante que lo hayan descubierto tan pronto.

Buscó en vano alguna pista: tal vez los rusos habían descifrado alguna de las claves británicas; en ese caso, más le valdría hacer las maletas y volver a casa, porque tanto él como la misión habrían quedado totalmente expuestos.

Mathis pareció leerle el pensamiento.

—No puede haber sido una clave —replicó—. De todos modos, lo comunicamos de inmediato a Londres y ahora ya las habrán cambiado. Causamos un buen revuelo, créeme. —Sonrió con la satisfacción del rival amistoso—. Y ahora vayamos al tema antes de que nuestros pobres *Compagnons* se queden sin voz.

Tomó aire llenándose los pulmones de Caporal.

—Antes que nada, te gustará mucho tu número dos, es muy guapa. —Bond frunció el ceño.— Guapa de verdad. —Satisfecho con la reacción de su interlocutor, continuó—: Es morena, de ojos azules y espléndidas..., ¿cómo diría?, protuberancias. Por delante y por detrás —añadió—. Y además es experta en radiorreceptores, algo

que sexualmente es menos interesante, pero que la convierte en la empleada perfecta de Radio Stentor y en la ayudante de un servidor en mi calidad de vendedor de equipos de radio desplazado aquí para aprovechar la rica temporada estival. —Sonrió. — Ambos nos alojamos en este hotel, por lo que mi ayudante estará a tu disposición en el caso de que tu radio se rompa. Todas las máquinas nuevas, incluso las francesas, tienen problemas de puesta a punto los primeros días. Y, algunas veces, por la noche —añadió con un guiño exagerado.

A Bond no le hizo ninguna gracia.

—¿Para qué demonios me envían a una mujer? —preguntó con acritud—. ¿Qué se han creído que es esto? ¿Un *picnic*?

—Cálmate, querido James —lo interrumpió Mathis—. Más formal no podrías encontrarla y es fría como un témpano. Habla francés como si fuese su propio idioma y conoce su trabajo a la perfección. Su tapadera es perfecta y lo he arreglado para que forméis el equipo de la forma más natural. ¿Acaso no es lógico que en este lugar conquistes a una chica guapa? Para un millonario jamaicano como tú —tosió respetuosamente—, con esa sangre tan caliente, ir sin chica es como andar desnudo.

Bond refunfuñó.

—¿Alguna sorpresa más? —preguntó receloso.

—No mucho —respondió Mathis—. Le Chiffre se ha instalado en su villa, que está a unos dieciséis kilómetros, en la carretera de la costa. Le acompañan sus dos guardaespaldas. Parecen bastante competentes. A uno de ellos le han visto visitando una pequeña pensión del pueblo donde se alojan desde hace dos días tres personajes misteriosos de aspecto algo infrahumano. Tal vez formen parte del equipo. Tienen los papeles en regla: al parecer son checos apátridas. Sin embargo, uno de nuestros hombres dice que el idioma que hablan en la habitación de la pensión es búlgaro. Por aquí no se ven muchos. Los usan básicamente contra los turcos y los yugoslavos. Son tontos, pero obedientes. Los rusos los utilizan en asesinatos sencillos o como cabezas de turco en asesinatos más complicados.

—Muy bonito. Me pregunto cómo será el mío —dijo Bond—, ¿Algo más?

—No. Ve al bar del Hermitage antes de comer. Yo me encargaré de las presentaciones. Invítala a cenar esta noche y así parecerá normal que ella te acompañe al casino. Yo también estaré, pero en segundo plano, con uno o dos hombres vigilándote. Se me olvidaba, hay un americano llamado Leiter alojado en el hotel: Félix Leiter, el tipo de la CIA de Fontainebleau. Londres me ha dicho que te lo comunicara. Tiene buena pinta y puede sernos útil.

Un torrente de voces italianas surgió del aparato colocado en el suelo. Mathis lo apagó e intercambiaron algunas frases sobre la radio y la forma de pago. Luego se despidió muy efusivo y, con un guiño final, se retiró.

Bond se sentó junto a la ventana y puso sus pensamientos en orden. Nada de

cuanto le había contado Mathis era tranquilizador. Lo habían descubierto por completo y estaba sometido a una vigilancia verdaderamente profesional. Era posible que intentaran eliminarlo antes incluso de que pudiera medirse con Le Chiffre en las mesas de juego. Los rusos no tenían ningún tipo de prejuicio ante el asesinato. Y encima el fastidio de la chica. Bond suspiró. Las mujeres eran para el esparcimiento. En un trabajo, se metían por medio y lo enturbiaban todo con el sexo, los sentimientos heridos y todo el equipaje emocional que arrastraban de un lado a otro. Siempre había que vigilarlas y cuidarlas.

—¡Mierda! —dijo Bond. Al acordarse de los Muntz repitió «¡Mierda!» más alto y salió de la habitación.

CAPÍTULO 5 - *La chica de la central*

Cuando Bond abandonó el Splendide eran las doce y el reloj de la *mairie* desgranaba su carillón del mediodía. En el aire flotaba un fuerte olor a pino y mimosa, y, enfrente, los jardines recién regados del casino, salpicados de perfectos parterres y caminos de gravilla, prestaban a la escena un bello formalismo, más apropiado para el ballet que para el melodrama.

El sol brillaba, y en el ambiente se respiraba una alegría y una animación que parecían vaticinar el éxito de la nueva etapa de moda y prosperidad por la cual la pequeña población costera, tras muchas vicisitudes, apostaba valiente.

Royale-les-Eaux, que se halla cerca de la desembocadura del Somme, antes de que el llano litoral de las playas del sur de Picardía se transforme en los acantilados bretones que conducen a Le Havre, había corrido casi la misma suerte que Trouville.

Royale (sin «les-Eaux») también empezó como un pequeño pueblo de pescadores, y su ascenso a la fama como balneario de moda durante el Segundo Imperio fue tan meteórico como el de Trouville. Pero, de la misma forma que Deauville mató a Trouville, tras un largo período de decadencia, Le Touquet mató a Royale.

Con el cambio de siglo, cuando a la pequeña ciudad costera le iban mal las cosas y se puso de moda combinar el placer con las «curas», se descubrió que un manantial natural que había en las colinas detrás de Royale contenía el suficiente azufre diluido para causar un efecto beneficioso al hígado. Como todos los franceses sufren dolencias del hígado, Royale se convirtió en seguida en «Royale-les-Eaux», y el *Eau Royale*, embotellada en un envase con forma de torpedo, se coló discretamente al final de las listas de aguas minerales de hoteles y vagones restaurantes.

Pero el agua de Royale no pudo competir durante mucho tiempo con el poderoso monopolio de Vichy, Perrier y Vittel. Se entablaron diversos pleitos, algunas personas perdieron mucho dinero y la venta se redujo otra vez al ámbito puramente local. La población volvió a depender de los ingresos procedentes de las familias francesas e inglesas durante el verano, de su flota pesquera durante el invierno y de las migajas que, desde las mesas de juego de Le Touquet, caían en su casino, de una elegancia decrepita.

Pero había algo espléndido en el ennegrecido barroco del casino de Royale, un fuerte aroma de elegancia y lujo victorianos, y en 1950, un consorcio de París —que disponía de un importante capital perteneciente a un grupo de expatriados de Vichy— se encaprichó con la población.

Brighton había revivido tras la guerra; Niza, también. La nostalgia de épocas más doradas y espaciosas podía ser una fuente de ingresos.

El casino fue pintado de nuevo con el blanco y dorado originales, y las salas, con un gris muy pálido. Las decoraron con alfombras y cortinas color vino, y les colgaron

enormes arañas del techo. Acicalaron los jardines, pusieron en marcha las fuentes, y arreglaron y engalanaron los dos hoteles principales, el Splendide y el Hermitage, a los cuales dotaron de nuevo personal.

El propio pueblo y el viejo puerto lograron trazar sonrisas acogedoras en sus deteriorados semblantes, y la calle mayor se alegró con los escaparates de los grandes joyeros y modistos de París, que acudían a una temporada efímera tentados por la oferta de locales gratuitos y generosas promesas.

Después sedujeron al Consorcio Mahomet Ali para que organizara grandes partidas en el casino, con lo que la *Société des Bains de Mer de Royale* sintió que Le Touquet, por fin, tendría que ceder parte del tesoro robado a lo largo de los años a su playa vecina.

En aquel decorado tan brillante y luminoso, Bond se detuvo bajo el sol y sintió que su misión era incongruente y remota y que su oscura profesión suponía un insulto para sus compañeros de escena.

Con un encogimiento de hombros se zafó de aquella momentánea sensación de incomodidad, caminó hasta la parte trasera del hotel y descendió la rampa del garaje. Antes de acudir a la cita en el Hermitage, quería recorrer la carretera de la costa para ver la villa de Le Chiffre y luego volver por la carretera interior hasta el cruce con la *route nationale* de París.

La única afición personal de Bond era su coche: uno de los últimos Bentley de cuatro litros y medio con sobrealimentador Amherst Villiers. Lo compró casi nuevo en 1933, conservándolo a buen recaudo durante toda la guerra. Seguía haciéndole la revisión anual y, en Londres, un antiguo mecánico de Bentley que trabajaba en un taller cercano a su piso de Chelsea, lo cuidaba con amoroso esmero. Bond lo conducía con mano firme, casi con placer sensual. Era un cupé gris acorazado descapotable, que realmente se podía «descapotar» y que alcanzaba una velocidad de crucero de ciento cuarenta kilómetros por hora, con un margen de cincuenta más en reserva.

Bond subió la rampa del garaje con suavidad y, al poco tiempo, el cansino repiqueteo del escape de cinco centímetros resonaba por el arbolado bulevar, a lo largo de la bulliciosa calle mayor del pueblo y, finalmente, entre las dunas de arena en dirección sur.

Una hora después, Bond entraba en el bar del Hermitage y elegía una mesa cerca de uno de los ventanales.

El salón era suntuoso, con aquellos ornamentos demasiado masculinos que, junto con las pipas de cedro y los terrieres de pelo áspero, simbolizan el lujo en Francia. Todo estaba tapizado de cuero, tachonado de dorado latón, y de brillante caoba. Las cortinas y las alfombras eran de color azul regio. Los camareros llevaban chaleco de rayas y mandil de paño verde. Bond pidió un *Americano* y examinó a los escasos

clientes, más acicalados de lo necesario y en su mayoría, supuso, de París: sentados a las mesas, hablaban con interés y animación, creando el teatral ambiente de club propio de *l'heure de l'apéritif*.

Los hombres bebían inagotables botellines de champán y las mujeres, martini seco.

—*Moi, I adore le «Dry»* —dijo en la mesa de al lado una joven de rostro radiante a su compañero, demasiado elegante con su traje de lana impropio de la estación, que la miró con ojos marrones y húmedos por encima de un caro bastón-asiento marca Hermes—, *fait avec du Gordon's, bien entendió*.

—*D'accord, Daisy. Mais tu sais, un zeste de citron..?*

La atención de Bond se desvió hacia la alta silueta de Mathis, de pie en la acera, con el rostro vuelto hacia una muchacha morena vestida de gris. Estaban con los brazos entrelazados por encima del codo y, sin embargo, su aspecto delataba cierta falta de intimidad, una frialdad irónica en el perfil de la joven que hacía que parecieran más dos personas independientes que una pareja. Bond esperó a que atravesaran la puerta de la calle y entraran al bar; pero, para guardar las apariencias, siguió mirando por la ventana a los viandantes.

—¡Caramba, pero si es *monsieur* Bond! —La voz de Mathis tras él reflejaba una agradable sorpresa. Bond, con el aturdimiento preciso, se puso en pie.— ¿Es posible que esté solo? ¿Espera a alguien? Permítame que le presente a mi colega, *mademoiselle* Lynd. Querida, éste es el caballero de Jamaica con quien he tenido el placer de hacer negocios esta mañana.

Bond se inclinó con una cordialidad reservada.

—Es un gran placer —dijo, dirigiéndose a la joven—. Estoy solo. Si no les importa acompañarme...

Apartó una silla y, mientras se sentaban, hizo un gesto al camarero. Pese a las protestas de Mathis, insistió en pedir las bebidas: un *fine á l'eau* para Mathis y un Bacardi para ella.

Mathis y Bond mantuvieron una animada conversación acerca del buen tiempo y de las perspectivas de recuperación que el destino podía deparar a Royale-les-Eaux. La joven permanecía callada. Aceptó un cigarrillo de Bond, lo examinó y lo fumó, apreciativa y sin afectación, aspirando el humo hasta los pulmones con un breve suspiro y exhalándolo despreocupadamente por la boca y la nariz. Sus movimientos se revelaban justos y precisos, sin el más pequeño indicio de autocontrol.

Bond era muy consciente de su presencia. Mientras hablaba con Mathis, se volvía de vez en cuando hacia ella, para incluirla educadamente en la conversación, pero acumulando al mismo tiempo las impresiones que registraba con cada mirada.

Tenía el cabello muy negro y lo llevaba cortado recto más abajo de la nuca, enmarcándole el rostro por debajo de la bella y bien definida línea de la mandíbula.

Su cabello formaba una melena compacta que acompañaba los movimientos de la cabeza y que ella, en lugar de colocarla a menudo en su sitio, dejaba libre. Sus ojos, bastante separados y de un azul intenso, miraban a Bond con franqueza y cierto desinterés irónico que él, en contra de su voluntad, hubiera deseado romper en mil pedazos. Tenía la piel ligeramente bronceada y sin el menor rastro de maquillaje, salvo en la boca, que era grande y sensual. Sus brazos y manos desnudos transmitían una sensación de reposo, y la impresión general de comedimiento en su aspecto y en sus movimientos se extendía incluso hasta las uñas, cortas y sin pintar. Al cuello llevaba una cadena de oro sencilla de grandes eslabones planos, y en el dedo anular, una sortija con un gran topacio. El vestido, por media pierna, era de *soie sauvage* gris, con un corpiño de corte recto que ceñía sensualmente su bello busto. La falda del vestido, muy plisada, caía generosa desde una cintura estrecha pero no delgada. Llevaba un cinturón negro de cuatro dedos de ancho cosido a mano. En la silla que tenía al lado reposaba una cartera negra, también cosida a mano, junto a una ancha pámela de paja dorada; una cinta de terciopelo negro rodeaba la copa y se ataba por detrás con un lazo corto. Los zapatos eran de punta cuadrada y de piel negra y lisa.

A Bond le excitaba su belleza y le intrigaba su compostura. La idea de trabajar con ella lo estimulaba, aunque al mismo tiempo sentía una vaga inquietud. En un gesto impulsivo, tocó madera.

Mathis, que se había dado cuenta de la preocupación de Bond, al cabo de unos minutos se levantó.

—Tendrás que disculparme —dijo a la joven—, pero tengo que llamar a los Dubern. He de concertar la cita para la cena de hoy. ¿Estás segura de que no te importa arreglártelas sola esta noche?

Ella negó con la cabeza.

Bond aprovechó la indirecta y, mientras Mathis atravesaba el salón en dirección a la cabina que había tras la barra, se dirigió a la muchacha.

—Si va a estar sola esta noche, tal vez le apetezca cenar conmigo.

Ella sonrió con el primer indicio de conspiración que mostraba.

—Me encantaría —dijo—. Quizá quiera ser también mi cicerone en el casino, donde, según me ha contado *monsieur* Mathis, se siente usted como en su casa. A lo mejor le traigo suerte.

En ausencia de Mathis, su actitud hacia él había adquirido una calidez repentina. Parecía reconocer que formaban un equipo y, mientras concretaban la hora y el lugar de la cita, Bond se dio cuenta de que, en el fondo, sería bastante fácil planear los detalles de su proyecto con ella. Sintió que ella se interesaba, que incluso le excitaba su papel, y que trabajaría gustosa con él. Había imaginado que tendría que salvar muchos obstáculos antes de establecer una relación, pero se dio cuenta de que podía pasar directamente a los detalles profesionales. Era consciente de la hipocresía de su

actitud hacia la joven: quería acostarse con ella, pero sólo cuando hubieran terminado el trabajo.

Al volver Mathis a la mesa, Bond pidió la cuenta. Explicó que unos amigos lo esperaban en el hotel para ir a comer. Durante el segundo que sostuvo la mano de la chica en la suya, sintió pasar una ola de afecto y comprensión entre ellos, algo que le hubiera parecido imposible media hora antes.

Los ojos de ella lo siguieron hasta que salió al bulevar.

Mathis acercó su silla.

—Es muy buen amigo mío —dijo en voz baja—. Me alegro de que os hayáis conocido. Ya estoy sintiendo cómo se resquebrajan los témpanos de hielo de los dos ríos. —Sonrió.— No creo que el de Bond se haya derretido nunca. Será una nueva experiencia para él. Y para ti.

Ella no le respondió directamente.

—Es muy atractivo. Me recuerda un poco a Hoagy Carmichael, pero hay algo frío y cruel en su...

La frase se quedó en el aire porque de repente, a escasos metros de ellos, el cristal de la ventana saltó en pedazos. La onda expansiva de una terrible explosión no muy lejos de allí los empujó contra las sillas. Hubo un instante de silencio. Fuera empezaron a llover objetos sobre la acera y, detrás de la barra, las botellas fueron cayendo con lentitud de sus estantes. Después hubo gritos y se produjo una estampida hacia la puerta.

—Quédate aquí —dijo Mathis.

Apartó la silla de un puntapié y saltó a la acera a través del marco vacío de la ventana.

CAPÍTULO 6 - *Dos hombres con sombrero de paja*

Cuando salió del bar, Bond caminó decidido por la acera que flanqueaba el arbolado bulevar hacia su hotel, a unos trescientos metros. Tenía hambre.

Seguía haciendo muy buen día, pero el sol ya calentaba demasiado y se agradecía la fresca sombra de los plátanos, espaciados unos seis metros entre sí, sobre la franja de hierba que separaba la acera de la ancha calzada.

Había poca gente en la calle y los dos hombres, parados en silencio bajo un árbol en la acera de enfrente, parecían fuera de lugar.

Bond se fijó en ellos cuando todavía estaba a unos cien metros, la misma distancia que los separaba a ellos de la ornamental *porte cochère* del Splendide.

Había algo inquietante en su aspecto. Los dos eran bajos y ambos llevaban trajes oscuros similares, que a Bond le parecieron demasiado calurosos para la estación. Recordaban a un número de variedades esperando un autobús que los llevara al teatro. Los dos llevaban sombreros de paja con gruesas cintas negras, quizá como concesión al ambiente de vacaciones del lugar. El ala del sombrero y la sombra del árbol bajo el que se hallaban ocultaban sus rostros. De modo incongruente, cada una de las dos siluetas pequeñas, rechonchas y oscuras estaba iluminada con una pincelada de color vivo. Los dos llevaban sendas fundas de cámara de fotos colgadas al hombro.

Y una funda era de color rojo vivo, y la otra, de color azul vivo.

Cuando Bond acabó de captar esos detalles, se encontraba ya a unos cincuenta metros de los hombres. Estaba pensando en el alcance de los distintos tipos de armas y en las posibilidades de ponerse a cubierto de ellas cuando una extraordinaria y terrible escena tuvo lugar.

Al parecer, el hombre rojo hizo un gesto con la cabeza al hombre azul. Con un rápido movimiento, el azul se descolgó la cámara del hombro. Entonces —y Bond no lo vio con exactitud porque el tronco del plátano que tenía al lado intervino para obstaculizar su visión—, el hombre azul se inclinó hacia delante y manipuló la funda de la cámara. En ese instante, con un cegador fogonazo de luz blanca, se oyó el ensordecedor estallido de una enorme explosión. A pesar de la protección del tronco, un sólido rayo de aire caliente derribó a Bond contra la acera y le hundió las mejillas y el estómago como si fueran de papel. Quedó tendido, mirando al sol, mientras el aire (o eso le pareció) seguía vibrando con la explosión como si alguien hubiera golpeado con un mazo las teclas graves de un piano.

Cuando, aturdido y semiconsciente, se irguió sobre una rodilla, una terrorífica lluvia de trozos de carne y jirones de ropa ensangrentada empezó a caer sobre él y a

su alrededor, mezcladas con ramas y cascotes. Le siguió otra lluvia de ramitas y hojas. Por todos lados se oía el agudo tintineo de cristales rotos. Encima, en el cielo, flotaba un hongo de humo negro que se elevó y disolvió mientras Bond lo miraba como embriagado. Quedó un olor impúdico a explosivos, a madera quemada y... sí, en efecto, a cordero asado. En cincuenta metros a la redonda, todos los árboles del bulevar estaban chamuscados y sin hojas. En la acera opuesta, dos se habían quebrado cerca de la base y yacían a través de la calzada. Entre ambos había un silencioso y humeante cráter. De los dos hombres con sombrero de paja no quedaba nada en absoluto. Pero había restos rojos en el asfalto y las aceras y contra los troncos de los árboles, y jirones brillantes en lo alto de las ramas.

Bond sintió que iba a vomitar.

Mathis fue el primero en llegar. Bond estaba ya de pie, rodeando con un brazo el árbol que le había salvado la vida.

Estupefacto pero ileso, dejó que Mathis lo condujera hacia el Splendide, de donde salían clientes y empleados a borbotones entre comentarios asustados. Mientras el distante sonido de las sirenas anunciaba la llegada de las ambulancias y de los bomberos, consiguieron abrirse paso entre la multitud, subir por las cortas escaleras y recorrer el pasillo hasta la habitación de Bond.

Tras detenerse sólo para encender la radio ante la chimenea, y mientras Bond se arrancaba la ropa salpicada de sangre, Mathis le inundó de preguntas.

Cuando llegaron a la descripción de los dos hombres, Mathis descolgó con brusquedad el teléfono que había junto a la cama de Bond.

—Y dile a la policía —terminó— que el inglés de Jamaica derribado por la explosión es asunto mío. Está ileso y no tienen que preocuparse por él. Yo se lo explicaré dentro de media hora. Que le cuenten a la prensa que al parecer ha sido una *vendetta* entre dos comunistas búlgaros y que uno ha matado al otro con una bomba. Que no comenten nada del tercer búlgaro, que debía de estar esperando oculto en algún sitio, pero que lo encuentren a toda costa. Seguro que huirá hacia París. Que bloqueen todas las carreteras. ¿Entendido? *Alors, bonne chance.*

Mathis se volvió hacia Bond y escuchó el final del relato.

—*Merde!* Pero has tenido suerte —dijo cuando Bond acabó de hablar—. Resulta evidente que la bomba era para ti. Debía de ser defectuosa. Pensaban lanzarla y luego esconderse detrás del árbol. Pero les ha salido mal. No importa. Ya descubriremos los detalles. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: Desde luego, el asunto es curioso. Y esa gente parece que te toma en serio. —Puso expresión ofendida.— Pero, ¿cómo pensaban escapar estos *sacrés* búlgaros? ¿Y qué significaban esas fundas roja y azul? Tenemos que buscar fragmentos de la roja.

Mathis se mordió las uñas. Estaba excitado y le brillaban los ojos porque aquello empezaba a convertirse en un asunto formidable y dramático y, en muchos aspectos,

él se hallaba personalmente implicado. Desde luego, su función ya no se limitaba sólo a sujetarle la chaqueta a Bond mientras éste libraba su batalla privada contra Le Chiffre en el casino. Se levantó de un salto.

—Ahora echa un trago, come algo y descansa —ordenó a Bond—. Yo tengo que ir corriendo a meter las narices en este caso antes de que la policía lo enfangue todo con sus botazas negras.

Mathis apagó la radio e hizo un cariñoso gesto de despedida. Al salir cerró de un portazo y el silencio inundó la habitación. Bond se quedó sentado un rato junto a la ventana y saboreó el hecho de estar vivo.

Más tarde, mientras terminaba su primer whisky *on the rocks* y contemplaba el *paté de foie gras* y la langosta fría que el camarero acababa de servirle, sonó el teléfono.

—Soy *mademoiselle* Lynd.

Hablaba con voz baja y preocupada.

—¿Está usted bien? —preguntó a Bond.

—Sí, más o menos.

—Me alegro. Por favor, tenga cuidado.

Y colgó.

Bond se sacudió la extrañeza, cogió el cuchillo y eligió la tostada caliente más gruesa.

Se le ocurrió pensar: «Dos de ellos están muertos, y tengo a uno más de mi parte. Por algo se empieza».

Sumergió el cuchillo en el vaso de cristal con agua muy caliente que había junto al pote de porcelana de Estrasburgo con mantequilla y pensó que tenía que darle propina doble al camarero por aquella comida tan especial.

CAPÍTULO 7 - «*Rouge et Noir*»

Bond quería ante todo estar en forma y relajado por completo para una sesión de juego que podría prolongarse la mayor parte de la noche. Pidió un masajista para las tres. Cuando le retiraron el servicio de la comida, se sentó a mirar el mar por la ventana hasta que el masajista, un sueco, llamó a la puerta de la habitación.

Sin mediar palabra, se puso a trabajar en Bond desde los pies hasta el cuello, eliminándole las tensiones del cuerpo y calmándole los nervios, aún crispados. Hasta los alargados cardenales que empezaban a aparecerle en el hombro y el costado izquierdos dejaron de dolerle. Cuando el sueco se fue, Bond cayó en un profundo sueño.

Se despertó al atardecer renovado del todo.

Tras darse una ducha fría, se fue a pie hacia al casino. Desde la noche anterior había perdido el humor para el juego. Necesitaba recuperar aquel enfoque medio matemático y medio intuitivo que, junto con el pulso lento y el temperamento confiado, Bond sabía que constituían el equipamiento esencial de todo jugador dispuesto a ganar.

Bond era un jugador nato. Le encantaba el sordo roce de las cartas barajadas y el constante drama contenido de las figuras mudas sentadas en torno al tapete verde. Le gustaba la sólida y estudiada comodidad de las salas de juego y de los casinos, los acolchados brazos de las sillas, la copa de champán o el vaso de whisky al alcance de la mano, la atención pausada y silenciosa de los buenos camareros. Le divertía la imparcialidad de la bola de la ruleta y de los naipes..., y su eterna arbitrariedad. Le gustaba ser actor y espectador y participar desde su asiento en los dramas y las decisiones de los otros, hasta que le llegaba el turno de emitir su «sí» o «no» vital, por lo general con una probabilidad del cincuenta por ciento de perder o de ganar.

Pero lo que más le agradaba era que todo dependía de uno mismo y no era posible agradecerse ni culpar a nadie más. La suerte era el siervo, no el señor. Uno debía aceptarla con indiferencia o aprovecharla hasta el límite, pero había que comprenderla y reconocerla por lo que era, sin confundirla con una errónea apreciación de las probabilidades, porque en el juego es pecado mortal confundir el jugar mal con el tener mala suerte. Y a la suerte, en todas sus facetas, había que amarla, no temerla. Bond comparaba la suerte con la mujer, a la cual hay que cortejar con delicadeza o asaltar con brutalidad, pero nunca consentir ni perseguir. Sin embargo, era lo bastante sincero consigo mismo para admitir que todavía no le habían hecho sufrir ni las cartas ni las mujeres, nunca. Un día, y él era consciente de ello, acabaría postrado ante el amor o ante la suerte. Sabía que cuando eso ocurriese, también él quedaría marcado con el fatal interrogante que tan a menudo reconocía en otros hombres, la promesa de pagar antes de haber perdido: la aceptación de la

vulnerabilidad.

Sin embargo, aquella tarde de junio, Bond atravesó la «cocina» del casino y entró en la sala privada invadido por la confianza y los buenos presentimientos. Cambió un millón de francos por fichas de cincuenta mil y eligió un asiento cerca del director de partida de la ruleta número uno.

Pidió la cartulina al director de partida y estudió los números en que había caído la bola desde que se había iniciado la partida a las tres de aquella tarde. Siempre lo hacía, aun a sabiendas de que ninguna vuelta de la rueda ni ninguna caída de la bola en una casilla determinada guarda la menor relación con la vuelta o la caída anterior. Bond era consciente de que el juego empieza de cero cada vez que el *croupier* recoge la bola de marfil con la mano derecha, con la misma mano da un impulso controlado en sentido de las agujas del reloj a uno de los cuatro radios de la rueda y, con un tercer movimiento, también de la mano derecha, arroja la bola al borde exterior de la rueda en sentido contrario a las agujas del reloj y, por tanto, a la rotación de la ruleta.

Era obvio que todo aquel ritual y todos los pormenores mecánicos de la rueda, de las casillas numeradas y del cilindro habían sido concebidos y perfeccionados a lo largo de los años para que ni la habilidad del *croupier* ni ninguna predisposición de la rueda afectaran al lugar donde se detenía la bola. Y, sin embargo, es un convenio entre jugadores de ruleta —al que Bond se adhería estrictamente— estudiar la historia de cada sesión anterior y dejarse guiar por cualquier peculiaridad en el itinerario de la rueda, observando y dando importancia, por ejemplo, a las secuencias de un mismo número más de dos veces seguidas o de más de cuatro veces en las otras probabilidades hasta pares.

Bond no defendía aquella práctica, sino el mero hecho de que cuanto más esfuerzo e ingenio se pone en el juego, más se obtiene del mismo.

En el historial de aquella mesa en concreto, que llevaba unas tres horas de juego, Bond no vio mucho motivo de interés, excepto que la última docena no había tenido el favor de la bola. La técnica de Bond consistía en jugar siempre con la rueda y, sólo cuando la bola caía en el cero, invertir el patrón anterior y estrenar táctica nueva. Decidió aplicar una de sus estrategias favoritas y apostar sobre dos docenas, en este caso las dos primeras y con la apuesta máxima, cien mil francos. De esta forma tenía dos tercios del tablero cubierto (salvo el cero) y, dado que las docenas pagan dos a uno, tendría probabilidades de ganar cien mil francos cada vez que saliera algún número inferior a 25.

A las siete tiradas había ganado seis veces. Perdió a la séptima cuando salió el treinta. Llevaba unas ganancias netas de medio millón de francos. No apostó nada en la octava tirada. Salió cero [5](#). Animado por este golpe de suerte e interpretando aquel treinta como si le señalase la tercera docena, decidió apostar en la primera y en la tercera docenas hasta que perdiera dos veces seguidas. Diez tiradas después, la bola

cayó dos veces seguidas en la segunda docena, lo que le costó cuatrocientos mil francos, pero se levantó de la mesa habiendo ganado un millón cien mil francos.

En cuanto Bond había empezado a hacer apuestas máximas, su juego centró el interés de toda la mesa. Como la suerte parecía acompañarle, un par de peces piloto decidieron nadar con el tiburón. Uno de ellos, que a Bond le pareció estadounidense, estaba sentado justo enfrente de él y daba muestras de algo más que de la alegría y el placer normales de compartir aquella buena racha. Le dirigió una o dos sonrisas desde el otro lado de la mesa, y hubo algo intencionado en la forma en que imitaba sus movimientos, colocando sus dos modestas fichas de diez mil delante mismo de las grandes placas de Bond. Cuando éste se levantó, el otro también empujó hacia atrás su silla y le habló con cordialidad desde el otro lado de la mesa.

—Gracias por el recorrido. Supongo que le debo una copa, ¿me acompaña?

Bond presintió que podría ser el hombre de la CIA. Supo que había acertado cuando, después de haber dado una ficha de diez mil al *croupier* y una de mil al mozo que le apartó la silla, se encaminaron juntos hacia el bar.

—Me llamo Félix Leiter —dijo el estadounidense—. Encantado de conocerle.

—Igualmente. Bond, James Bond.

—Un placer —repuso Leiter—. Veamos, ¿qué tomará para celebrarlo?

Bond insistió en invitar a Leiter a su Haig and Haig *on the rocks* y luego reclamó la mirada del barman.

—Martini seco —ordenó—. Uno. En una copa de champán alta.

—Sí, señor.

—Un momento: tres partes de Gordon's, una de vodka, media de Kina Lillet. Agítelo muy bien hasta que esté bien frío y entonces añada una corteza larga y delgada de limón, ¿entendido?

—Por supuesto, *monsieur*. —El barman parecía complacido con la idea.

—¡Caray! No está nada mal —dijo Leiter.

Bond se echó a reír.

—Cuando he de concentrarme, por así decirlo —explicó—, no me gusta tomar más de una copa antes de cenar. Pero la que tome tiene que ser abundante, muy fuerte, muy fría y muy bien hecha. Odio las porciones pequeñas, sobre todo cuando tienen mal sabor. Este cóctel me lo he inventado yo. Pienso patentarlo en cuanto encuentre un buen nombre para él.

Observó con atención cómo la copa se escarchaba al contacto con el áureo líquido pálido, ligeramente gasificado por las sacudidas de la coctelera. Tendió la mano para cogerla y bebió un largo trago.

—Excelente —dijo al barman—, aunque si pone un vodka hecho con centeno en lugar de con patatas, verá que resulta todavía mejor. *Mais rienculons pas des mouches* {6} —le añadió en un aparte.

El barman sonrió.

—Es una manera vulgar de decir que no hay que hilar tan fino —explicó Bond a Leiter.

Éste seguía interesado en la bebida de Bond.

—Veo que le gusta pensar bien las cosas —dijo divertido mientras trasladaban las bebidas a un rincón del salón. Bajó la voz y añadió—: Podría llamarle «Cóctel Molotov», en honor al que ha probado esta tarde.

Se sentaron. Bond rió.

—He visto que han acordonado el lugar marcado con una «x» y que obligan a los coches a pasar por la acera. Espero que esto no haya espantado a ninguna gran fortuna.

—La mayoría de la gente ha aceptado la historia de los comunistas y, los que no, creen que ha sido una fuga de gas. Esta noche cortarán todos los árboles quemados, y si hacen las cosas como en Montecarlo, mañana por la mañana no quedará ni rastro del follón.

Leiter sacudió el paquete de Chesterfield y extrajo un cigarrillo.

—Me agrada trabajar con usted en este caso —dijo, mirando su bebida—. Y por eso me complace en particular que no volara a mejor vida. Los nuestros están muy interesados en el asunto. Lo ven tan importante como sus amigos y no creen que sea nada descabellado. De hecho, a Washington le fastidia mucho no llevar la voz cantante, pero ya sabe cómo son los jefazos. Supongo que los de Londres son parecidos.

Bond hizo un gesto afirmativo.

—Tienen cierta tendencia a proteger con celo sus exclusivas —admitió.

—En fin, estoy a sus órdenes y le prestaré toda la ayuda que necesite. Con Mathis y sus chicos por aquí no quedará mucho por que preocuparse; pero, en cualquier caso, aquí me tiene.

—Se lo agradezco —dijo Bond—. La oposición me tiene a mí y es probable que también a usted y a Mathis totalmente controlados y, por lo que se ve, aquí todo vale. Me alegro de que Le Chiffre parezca tan desesperado como suponíamos. Me temo que no dispongo de una tarea muy concreta para usted, pero le agradecería que se quedara por el casino esta noche. Tengo una ayudanta, la señorita Lynd, y me gustaría que se hiciera cargo de ella cuando yo empiece a jugar. No lo avergonzará, es una chica atractiva. —Sonrió a Leiter—. Y también le agradecería que controlara a los dos pistoleros de Le Chiffre. No creo que intente ninguna jugarreta, pero nunca se sabe.

—Creo que en eso podré ayudar —dijo Leiter—. Antes de meterme en este negocio pertenecía a la infantería de marina, y ya sabe lo que eso significa —añadió como si se disculpara.

—Lo sé —dijo Bond.

Leiter le contó que era de Texas. Mientras le explicaba su función en el servicio conjunto de inteligencia de la OTAN y lo difícil que era mantener la confidencialidad en una organización en la que había tantas nacionalidades representadas, Bond pensó que los estadounidenses no eran malos tipos y que casi todos acababan siendo de Texas.

Félix Leiter tendría unos treinta y cinco años. Era alto y de estructura ósea delgada. Llevaba un traje castaño ligero que le caía holgado desde los hombros, como la ropa a Frank Sinatra. Se movía y hablaba despacio, pero Bond presentía mucha velocidad y mucha fuerza en él, y que sería un luchador duro y cruel. Inclinado sobre la mesa, tenía cierto aire de halcón capaz de bajar en picado en pleno vuelo. Esa misma impresión se reforzaba también por su rostro, de mentón y pómulos afilados y boca grande y torcida. Sus achinados ojos grises tenían una expresión felina, incrementada aún más por su hábito de arrugarlos contra el humo de los Chesterfield que extraía encadenados del paquete. Las arrugas permanentes que aquel hábito había grabado en las comisuras de los ojos daban la impresión de que sonreía más con éstos que con la boca. Una mata de cabello pajizo prestaba a su rostro un aspecto juvenil que el examen más de cerca contradecía. Aunque parecía hablar sin tapujos de su trabajo en París, Bond se dio cuenta enseguida de que nunca se refería a sus colegas estadounidenses de Europa o de Washington. Supuso que Leiter defendía los intereses de su propia organización mucho más que los mutuos objetivos de los aliados del Atlántico Norte, y lo entendió.

Cuando Leiter acabó su segundo whisky y Bond terminó de contarle el asunto de los Muntz y la breve excursión de reconocimiento por la costa que había hecho por la mañana, eran las siete y media y decidieron volver paseando juntos al hotel. Antes de salir del casino, Bond depositó el total de su capital —veinticuatro millones— en la caja, quedándose sólo unos pocos billetes de diez mil como dinero para gastos menores.

De camino hacia el Splendide, vieron a un equipo de obreros que ya estaba trabajando en el escenario de la explosión. Había varios árboles arrancados de cuajo y las mangueras de tres camiones cisterna municipales lavaban el bulevar y las aceras. El cráter había desaparecido ya y sólo algunos paseantes asombrados se habían parado a mirar. Bond supuso que el Hermitage y las tiendas y fachadas con ventanas rotas habían sido objeto de idéntica operación estética urgente.

En el cálido crepúsculo azul, Royale-les-Eaux había recuperado la paz y el orden originales.

—¿Para quién trabaja el recepcionista? —se interesó Leiter cuando se acercaban al hotel.

Bond no estaba seguro, y así se lo dijo. Se lo había preguntado a Mathis, pero éste

tampoco supo aclarárselo.

—A no ser que lo hayas sobornado tú mismo —le respondió—, has de asumir que lo ha sobornado la otra parte. Todos los recepcionistas son sobornables. No es culpa suya. Se les enseña a ver a todos los clientes del hotel, excepto los maharajás, como estafadores y ladrones en potencia. Se preocupan tanto por tu comodidad o tu bienestar como los cocodrilos.

Bond recordó las palabras de Mathis cuando el recepcionista salió presuroso de detrás del mostrador a preguntarle si se había recuperado de la experiencia tan desafortunada de la tarde. Bond consideró oportuno decirle que todavía se sentía un poco aturdido. Confió en que si la Inteligencia pasaba el mensaje, Le Chiffre empezaría a jugar aquella noche subestimando la fuerza de su adversario. El recepcionista expresó sus untuosos deseos de que Bond mejorase.

La habitación de Leiter estaba en una de las plantas superiores. Se separaron delante del ascensor tras quedar en verse en el casino entre diez y media y once, la hora en que casi siempre empezaban las grandes partidas.

CAPÍTULO 8 - *Champán y luces rosadas*

Bond subió a su habitación —tampoco esa vez encontró ninguna anomalía en ella—, se desnudó de prisa, se dio un prolongado baño caliente seguido de una ducha helada y se tumbó en la cama. Le quedaba una hora para descansar y poner en orden sus pensamientos antes de encontrarse con la señorita Lynd en el bar del Splendide; una hora para examinar con minuciosidad los detalles de sus planes para la partida, y para después de la partida, en todas las posibles contingencias de victoria o derrota. Tenía que calcular la función de apoyo de Mathis, Leiter y la joven, e imaginar las reacciones del enemigo en diversas situaciones. Cerró los ojos y su pensamiento se puso a seguir a su imaginación a través de una serie de escenas construidas con todo detalle, como si mirase los cristales de colores de un calidoscopio.

A las nueve menos veinte había agotado todas las permutaciones posibles que podían resultar de su duelo con Le Chiffre. Se levantó y se vistió, apartando por completo el futuro de su mente.

Mientras se anudaba la estrecha corbata de lazo de raso negro, se detuvo un momento para examinarse con calma en el espejo. Los ojos azul grisáceo le devolvieron una tranquila mirada de irónica interrogación, y el corto mechón de cabello negro que nunca se quedaba en su sitio cayó con lentitud hasta formar una gruesa coma sobre su ceja derecha. Sumado a la fina cicatriz vertical que le cruzaba la mejilla derecha, el efecto general tenía algo de pirata. «Menudo Hoagy Carmichael», pensó mientras llenaba una delgada pitillera de un gris claro con cincuenta cigarrillos Morland de triple banda dorada. Mathis le había contado el comentario de la joven.

Se metió la pitillera en el bolsillo trasero y accionó el Ronson de plata vieja para ver si necesitaba gasolina. Tras guardar en otro bolsillo el delgado fajo de billetes de diez mil francos, abrió un cajón y extrajo una liviana pistolera de piel de gamuza que se pasó sobre el hombro izquierdo hasta dejarla colgada unos ocho centímetros por debajo de la axila. De debajo de las camisas que había en otro cajón sacó una Beretta automática del calibre 25 y empuñadura desnuda. Extrajo el cargador de cartucho único que había en el cañón y empujó y estiró varias veces el mecanismo; finalmente, apretó el gatillo con la recámara vacía. Volvió a cargar la pistola, la armó, colocó el seguro y la depositó en la pistolera. Recorrió con la vista la habitación para comprobar que no se dejaba nada y se enfundó la chaqueta del esmoquin sobre la gruesa seda de la camisa de etiqueta. Se sentía fresco y cómodo. Se cercioró en el espejo de que no se adivinaba la presencia de la delgada pistola bajo el brazo izquierdo, se ajustó por última vez el lazo de la corbata, salió de la habitación y cerró con llave.

Cuando, al pie de las cortas escaleras, se giraba en dirección al bar, oyó abrirse

tras él la puerta del ascensor.

—Buenas noches —dijo una voz fría.

Era la joven, que esperó a que se le acercara.

Había recordado su belleza con exactitud, por eso no le sorprendió que lo conmoviera de nuevo.

Llevaba un vestido de terciopelo negro, sencillo pero con ese toque de esplendor que sólo media docena de modistos en el mundo saben conseguir. Lucía una fina gargantilla de diamantes y un broche, también de diamantes, en el vértice de un pronunciado escote que dejaba ver parte de sus turgentes senos. Llevaba un bolso de noche negro liso, un rectángulo plano que en ese momento sujetaba a la altura de la cintura. El cabello negro azabache le caía recto y natural, metido hacia dentro hasta formar un solo bucle final bajo el mentón.

Resultaba deslumbrante y a Bond se le alegró el corazón.

—Está usted preciosa. Parece que el negocio de la radio va de maravilla.

Ella lo cogió del brazo.

—¿Le importa si vamos directamente a cenar? —preguntó ella—. Me gustaría hacer una gran entrada, pero he de confesarle un horrible secreto sobre el terciopelo negro: se arruga cuando una se sienta. Por cierto, si me oye gritar esta noche, será porque me he sentado en una silla de mimbre.

Bond se echó a reír.

—Por supuesto —dijo—, vamos al restaurante. Tomaremos un vodka mientras nos sirven la cena.

Ella le dirigió una mirada divertida y Bond rectificó:

—O un cóctel, claro, como usted prefiera. La comida de aquí es la mejor de todo Royale.

Durante unos segundos se sintió irritado ante el toque de ironía, la ligera sombra de desaire con que ella había recibido su determinación y ante la forma en que él había respondido a su rápida mirada.

Pero sólo fue un cruce de espadas infinitesimal que Bond había olvidado ya cuando, siguiendo la estela de ella y del reverente *maitre* que los guiaba por el comedor atestado, observó cómo las cabezas de los comensales se volvían para mirarla.

La parte más concurrida del restaurante se hallaba junto a la gran media luna de ventanales que se asomaba como la popa de un barco sobre los jardines del hotel. Sin embargo, Bond había elegido una mesa en uno de los reservados con espejos que había detrás del comedor grande. Eran cubículos que habían sobrevivido desde la época eduardiana, íntimos y decorados en alegres tonos blancos y dorados, con la mesa iluminada por una lámpara de seda roja y apliques del Segundo Imperio en la pared.

Mientras descifraban el laberinto de tinta morada que cubría los dos folios de la carta, Bond hizo un gesto al *sommelier*. Se dirigió a su acompañante.

—¿Ha decidido ya?

—Querría un vaso de vodka —respondió ella, escueta, volviendo al estudio de la carta.

—Una jarra de vodka pequeña, muy fría —ordenó Bond. Luego, dirigiéndose a ella, añadió—: No puedo brindar por tu nuevo vestido sin saber tu nombre de pila.

—Vesper —respondió ella—, Vesper Lynd.

Bond le dirigió una mirada interrogativa.

—La verdad es que resulta aburrido tener que explicarlo siempre. Bien, yo nací a una hora vespertina de un día tormentoso, según mis padres, y, ellos, al parecer, querían recordarlo. —Sonrió.— A algunos les gusta, y a otros, no. Yo me he acostumbrado ya.

—A mí me parece un nombre bonito —dijo Bond. Se le ocurrió una idea—. ¿Me lo prestas? —Le habló del martini especial que había inventado y de la búsqueda de un nombre.— Un «Vesper». Suena perfecto y es muy apropiado para la hora violeta a la cual, a partir de hoy, se beberá mi cóctel en todo el mundo. ¿Puedo usarlo?

—Siempre y cuando yo lo pruebe antes —prometió ella—. Parece una bebida para enorgullecerse.

—Te invitaré a uno cuando todo este asunto haya acabado —dijo Bond—, Tanto si perdemos como si ganamos. Y ahora, ¿has decidido ya qué quieres cenar? Por favor, sé costosa —añadió al ver que dudaba —, o pondrás en evidencia ese precioso vestido.

Vesper se echó a reír y dijo:

—Había pensado dos opciones y cualquiera de las dos sería deliciosa, pero la posibilidad de hacerme la millonaria por una vez es una tentación demasiado grande, así que, si estás seguro... Bien, pues empezaré con caviar y luego tomaré un *rognon de veau* a la brasa con *pommes soufflés*. De postre, *fraises des bois* con mucha nata. ¿Te parece una desvergüenza que sea tan resuelta y tan cara? —preguntó con una sonrisa.

—Me parece una virtud. Después de todo, lo que pides no es más que una comida sana y completa. —Bond se volvió hacia el *maître*.— Y traiga muchas tostadas. —Luego, dirigiéndose a Vesper, añadió—: El problema no es conseguir que te pongan bastante caviar, sino suficientes tostadas.

Miró la carta de nuevo.

—Bien —dijo—, yo acompañaré a la señorita con el caviar, pero de segundo tomaré un *tournedo* pequeño, poco hecho, con *sauce Béarnaise* y un *coeur d'artichaut*. Mientras la señorita disfruta de sus fresas, yo tomaré medio aguacate con salsa vinagreta. ¿Lo aprueba?

El *maitre* hizo una inclinación de la cabeza.

—Mis felicitaciones, *mademoiselle et monsieur*. —Se volvió hacia el *sommelier* y le repitió, complacido, los dos pedidos.

—*Parfait* —repuso el *sommelier*, al tiempo que presentaba la carta de vinos encuadernada en piel.

—Si te parece bien —dijo Bond—, preferiría beber champán contigo esta noche. Es un vino alegre y se adapta a la ocasión..., espero.

—Champán me parece muy bien —aceptó ella.

Con un dedo puesto en la carta de vinos, Bond se dirigió al *sommelier*.

—¿El Taittinger 45?

—Un buen vino, *monsieur* —respondió el *sommelier*—, aunque, si *monsieur* me disculpa —señaló con el lápiz—, el Blanc de Blanc Brut 1943, de la misma marca, no tiene parangón.

Bond sonrió.

—Pues adelante —dijo, y volviéndose hacia su acompañante, le explicó—: No es una marca muy conocida, pero quizá se trate del mejor champán del mundo.

Se le escapó una sonrisa ante la presunción de su comentario.

—Me tendrás que perdonar —añadió—. Disfruto con ridícula exageración la comida y la bebida. En parte se debe a que soy soltero, pero, sobre todo, a la costumbre de fijarme mucho en los detalles. Aunque sé que parece puntilloso y remilgado, en mi trabajo me veo obligado a comer solo la mayoría de las veces, y el hecho de preocuparme por la comida lo hace un poco más interesante.

Vesper le sonrió.

—Me parece bien —dijo—. A mí también me gusta hacer las cosas a fondo, aprovechar al máximo todo lo que hago. Creo que es como hay que vivir, a pesar de que suena un poco infantil cuando se dice —añadió con tono de disculpa.

Había llegado la jarrita de vodka a bordo de un cuenco de hielo picado. Bond sirvió los vasos.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo—. Ahora brindemos por que haya suerte esta noche, Vesper.

—Sí —asintió ella en voz baja, mientras sostenía el vasito en el aire y lo miraba a los ojos con una extraña franqueza—, espero que todo vaya bien esta noche.

A Bond le pareció que al decir aquello se encogía de hombros sin querer, pero en ese preciso momento ella se inclinó hacia él de forma impulsiva.

—Tengo noticias para ti de Mathis. ¡Se moría por contártelo él mismo! Es sobre la bomba. Una historia increíble.

CAPÍTULO 9 - *El bacarrá*

Bond miró a su alrededor, pero no había posibilidad alguna de que los oyeran, y el caviar debía de estar esperando a que las tostadas calientes salieran de la cocina.

—Cuenta. —El interés se reflejaba en sus ojos.

—Han cogido al tercer búlgaro en la carretera hacia París. Conducía un Citroen y había recogido a dos excursionistas ingleses para despistar. En el control de la policía hablaba tan mal el francés que le pidieron los papeles. Lo que sacó fue una pistola y disparó contra uno de los agentes motorizados. Pero el otro agente logró atraparlo, no sé cómo, e impidió que se suicidara. Se lo llevaron a Rouen y le sacaron toda la historia, supongo que a la manera francesa habitual.

»A1 parecer, formaban parte de una cuadrilla mantenida en Francia para ese tipo de trabajos: sabotadores, matones y cosas así. Los colegas de Mathis ya han tendido sus redes para atrapar al resto. Pensaban cobrar dos millones de francos por matarte. El que los contrató les dijo que no corrían el menor riesgo de que los cogieran si seguían sus instrucciones al pie de la letra.

Bebió un poco de vodka y prosiguió:

—Y aquí viene la parte interesante: el hombre les entregó las dos fundas de cámara de fotos que viste diciéndoles que los colores vivos eran para que les resultara más fácil, que la funda azul contenía una bomba de humo muy potente y que en la roja estaba el explosivo. Uno de ellos tenía que arrojar la funda roja y, al mismo tiempo, el otro tenía que pulsar un botón de la azul para que los dos pudieran escapar escondidos tras el humo. En realidad, eso de la bomba de humo era una mentira para hacer creer a los búlgaros que escaparían. Las dos fundas contenían una cantidad idéntica de explosivos, no había diferencia alguna entre ambas. La idea era destruirte a ti y a quienes lanzaban la bomba para que no quedase ni rastro. Es de suponer que del tercer hombre pensaban encargarse de alguna otra forma.

—Continúa —dijo Bond, admirado por la astucia del engaño.

—Bueno, parece ser que, a los búlgaros, aquello les pareció muy bien, pero los muy listos decidieron no correr ningún riesgo. Creyeron que era mejor activar antes la bomba de humo y, desde dentro de la humareda, lanzarte la bomba explosiva. Lo que viste fue al ayudante pulsando la espoleta de la supuesta bomba de humo que, lógicamente, hizo que los dos saltaran por los aires.

»El tercer búlgaro estaba esperando detrás del Splendide para recoger a sus dos amigos. Cuando vio lo ocurrido, supuso que habían cometido algún error. Pero la policía reunió varios fragmentos de la bomba roja, que no había explotado, y se los puso delante. Al ver que habían sido engañados y que la muerte de sus amigos estaba tan prevista como la tuya, empezó a hablar, e imagino que todavía sigue. Sin embargo, no hay nada que relacione todo eso con Le Chiffre. El trabajo fue

encargado por algún intermediario, quizá uno de los guardaespaldas de Le Chiffre, pero ese nombre no significa nada en absoluto para el que ha sobrevivido.

Acabó el relato justo cuando los camareros llegaron con el caviar, un montón de tostadas calientes y varios platillos con cebolla muy picada y huevo duro rallado, la clara en un plato y la yema en otro.

Después de que los camareros les hubieran servido sendos montículos de caviar, estuvieron un tiempo comiendo en silencio.

—Es muy satisfactorio ser un cadáver que le ha cambiado el sitio a sus asesinos —comentó Bond al rato—. Desde luego, y nunca mejor dicho, les «pegaron un buen petardo». Mathis debe de estar muy contento con el trabajo de hoy: cinco miembros de la oposición neutralizados en veinticuatro horas.

Y le explicó cómo habían atrapado a los Muntz.

—Por cierto, ¿cómo has llegado a verte metida en este caso? —le preguntó—. ¿De qué sección eres?

—Soy ayudante personal de jefe de S. —respondió Vesper—. El plan era suyo y quería que su sección tuviera parte en la operación. Preguntó a M si podía enviarme. Como parecía un simple trabajo de enlace, M aceptó, aunque advirtiéndome a mi jefe que te pondrías furioso cuando vieras que habían enviado a una mujer para que trabajara contigo. —Hizo una pausa y, como Bond no dijo nada, prosiguió—: Debía encontrarme con Mathis en París y venir aquí con él. Tengo una amiga que trabaja en Dior y se las agenció para conseguirme este vestido y el que llevaba esta mañana. De lo contrario, no hubiera podido competir con toda esta gente. —Hizo un gesto hacia el comedor—. Todos estaban muy celosos en la oficina, aun ignorando de qué iba el caso. Lo único que sabían era que yo iba a trabajar con un Cero Cero. Lógicamente, sois nuestros héroes. Yo estaba emocionada.

Bond se puso serio.

—No resulta difícil llegar a Cero Cero si estás dispuesto a matar —repuso—. Así de sencillo. No es algo para estar orgulloso. Yo tengo que agradecer el ser Cero Cero a los cadáveres de un experto en claves japonés en Nueva York y de un agente doble noruego en Estocolmo. Tal vez dos tipos decentes que se vieron atrapados en la vorágine del mundo, igual que aquel yugoslavo que se cargó Tito. Se trata de un negocio desconcertante, pero es tu profesión y haces lo que te dicen. ¿Qué tal el huevo con el caviar?

—Forman una combinación maravillosa —dijo ella—. Estoy disfrutando mucho de la cena. Es una pena que... —Se interrumpió ante la severa mirada de Bond.

—Si no fuese por la misión, no nos encontraríamos aquí —dijo él.

Bond se arrepintió de pronto del carácter intimista de la cena y de la conversación. Sintió que había hablado demasiado y que una mera relación laboral se estaba confundiendo.

—Vamos a repasar lo que debemos hacer —propuso con tono práctico—. Será mejor que te explique lo que voy a intentar y en qué puedes ayudarme, aunque me temo que no es mucho —añadió—. Veamos los datos básicos.

Entonces procedió a esbozar el plan y a enumerar las distintas contingencias que se les planteaban.

El *maitre* supervisó el servicio de los segundos platos. Luego, mientras tomaban la exquisita comida, Bond siguió hablando.

Ella lo escuchaba con frialdad, pero con atenta obediencia. La hosquedad de Bond la había desinflado por completo, y se daba cuenta de que tenía que haber hecho más caso de las advertencias de jefe de S.

«Es un hombre muy consagrado a su trabajo —le había dicho el jefe cuando le confió la misión—. No crea que esto va a ser divertido. A Bond sólo le importa el caso que tenga entre manos. Y, mientras éste no se resuelve, resulta muy duro trabajar para él. Pero es un experto como pocos, así que tampoco estará perdiendo el tiempo. Aunque resulta bastante atractivo, no se enamora, porque no creo que tenga mucho corazón. En fin, buena suerte y no deje que le hagan daño.»

Todo aquello representaba cierto desafío para ella. Por eso le había complacido ver que atraía e interesaba a Bond, tal como le decía su intuición. Sin embargo, a la menor señal de que estaban pasándolo bien juntos, nada más oír las primeras palabras de una frase convencional, él se había convertido en un témpano, cambiando por completo el rumbo, como si la cordialidad fuera veneno para él. Se sintió herida y avergonzada. Pese a todo, hizo un esfuerzo mental y concentró toda su atención en cuanto él explicaba. Nunca más cometería el mismo error.

—Hemos de centrar nuestra esperanza en que yo tenga un golpe de buena suerte, o él de mala. —Bond estaba explicando cómo se juega al bacarrá—: Básicamente, es como todos los juegos de azar. Las probabilidades contra la banca y contra el jugador son más o menos iguales. Una sola ronda mala contra cualquiera de los dos puede ser decisiva y hacer «saltar la banca», o arruinar a los jugadores.

»Sabemos que Le Chiffre ha comprado esta noche la banca del bacarrá al consorcio egipcio que lleva las grandes partidas de Royale. Les ha pagado un millón de francos, con lo cual su capital se ha reducido a veinticuatro millones. Yo tengo más o menos la misma cantidad. Supongo que seremos diez jugadores, y nos sentaremos alrededor de la banca en una mesa con forma de riñón.

»Por lo general, la mesa está dividida en dos paños (en dos partes). La banca juega dos partidas, una contra el paño de su derecha y otra contra el de su izquierda. En ambos casos, la banca puede ganar enfrentando entre sí a los dos paños y aplicando unos conocimientos de contabilidad excelentes. Pero en Royale todavía no hay suficientes jugadores de bacarrá, y Le Chiffre tendrá que medir su suerte contra los jugadores de un solo paño. Es poco habitual, porque, de esa forma, las

probabilidades a favor de la banca no son tan buenas, aunque siguen estando ligeramente a su favor y, por supuesto, él es quien controla el volumen de las apuestas.

»El que lleva la banca se sienta en mitad de la mesa, acompañado por un *croupier* que recoge las cartas con una pala y canta el importe de cada banca y un director de partida que ejerce de árbitro general. Yo intentaré sentarme lo más enfrente de Le Chiffre que pueda. Este tendrá delante un *sabot* con seis mazos de cartas bien barajadas y que no hay la menor posibilidad de manipular. El *croupier* baraja las cartas, hace que uno de los jugadores corte y las pone en el *sabot* a la vista de toda la mesa. Hemos investigado al personal y todos son íntegros. Sería útil, pero casi imposible, marcar todas las cartas, y eso supondría además la complicidad del *croupier* como mínimo. De todos modos, eso también lo vigilarémos.

Bond bebió un poco de champán.

—La partida —continuó— se desarrolla como sigue: el banquero anuncia una banca inicial de quinientos mil francos, o sea, cinco mil libras. Los asientos están numerados empezando por la derecha de la banca. El jugador que está junto a él (el número 1) puede aceptar la apuesta y empujar su dinero sobre la mesa o, en el caso de que sea demasiado para él o no quiera verla, pasarla. Entonces el número 2 tiene derecho a aceptar la apuesta. Si la rechaza, pasa al número 3, y así sucesivamente va recorriendo la mesa. Si ninguno de los jugadores la acepta, la apuesta es ofrecida a toda la mesa; entonces, todos la comparten aceptando una fracción. A veces incluyen a los espectadores que rodean la mesa, hasta que se reúnan los quinientos mil francos.

»Esa cantidad es pequeña y enseguida la cubriría alguien, pero cuando sube a un millón o dos, resulta muy difícil encontrar un jugador que la acepte o incluso, si la banca está de suerte, a un grupo de jugadores que la cubran. En esa situación es cuando yo intervendré siempre y aceptaré la apuesta. De hecho, atacaré a la banca de Le Chiffre siempre que me sea posible, hasta que la haga saltar o él me haga saltar a mí. Puede que tarde un rato, pero al final uno de los dos tendrá que arruinar al otro, con independencia de los demás jugadores de la mesa, aunque entretanto éstos, por supuesto, enriquecerán o empobrecerán a la banca.

»Le Chiffre, siendo la banca, lleva una ligera ventaja en el juego, pero, cuando se dé cuenta de que voy claramente a por él (y espero que sin saber cuál es mi capital), se pondrá un poco nervioso, por lo que creo que en principio estaremos más o menos en las mismas condiciones.

Hizo una pausa mientras les servían las fresas y el aguacate.

Comieron un rato en silencio y luego hablaron de otros temas mientras esperaban el café. Ninguno de ellos tomó coñac ni licor. Al final, Bond pensó que había llegado la hora de explicarle la mecánica del juego.

—Es muy sencillo —dijo— y lo entenderás enseguida si has jugado alguna vez a

las veintiuna, donde la finalidad es pedir cartas a la banca hasta que tu suma de puntos se acerque más que la suya a veintiuno. En este juego, yo recibo dos cartas y la banca, otras dos. Excepto si esas dos primeras dan ya la suma, uno de los dos o ambos puede pedir otra carta. La finalidad del juego es tener dos o tres cartas que sumen nueve puntos o lo más cerca a nueve. Las figuras y los dieces no puntúan; los ases puntúan uno y las demás cartas, su valor numérico. Pero en la suma sólo cuenta la última cifra. Por ejemplo, nueve más siete serán seis (la última cifra), no dieciséis.

»El ganador es aquel cuya suma se acerque más a nueve. Si hay empate, se repite la apuesta.

Vesper escuchaba con atención, aunque también observaba la pasión abstraída que reflejaba el rostro de Bond.

—Ahora bien —continuó él—, cuando el banquero me dé las dos cartas, si suman ocho o nueve, tendré un «natural» y, por tanto, las descubriré y ganaré, a menos que él no enseñe un natural igual o mejor. Si no tengo un natural, con un seis o un siete puedo plantarme; con un cinco, pedir carta o no pedirla, y con menos de cinco pediré carta con toda seguridad. El cinco es la raya divisoria del juego. Según las leyes del azar, cuando has sumado cinco tienes exactamente las mismas probabilidades de mejorar tu mano que de empeorarla.

»Sólo cuando pido una carta o golpeo ligeramente sobre las que tengo para indicar que me planto, el que lleva la banca puede mirar las tuyas. Si tiene un natural, las pone boca arriba y gana. En caso contrario, se encuentra con los mismos problemas que tenía yo, pero mis acciones le ayudan a tomar la decisión de pedir o no una tercera carta. Si me he plantado, debe suponer que tengo un cinco, un seis o un siete; si he pedido carta, sabrá que tenía algo menos de seis y que quizá haya mejorado mi mano con la carta que me ha dado. Además, como esta carta me la ha dado boca arriba, a partir de su valor y de su conocimiento de las probabilidades, sabrá si debe pedir otra carta o plantarse con la que lleva.

»O sea que juega con una ventaja muy pequeña sobre mí. Tiene una ayuda minúscula para tomar la decisión de robar carta o plantarse. Pero en este juego hay siempre una carta que plantea problemas: el cinco, con él hay que decidir si es mejor pedir carta o plantarse, y nunca se sabe qué hará el contrario si le sale. Algunos jugadores siempre piden carta y otros siempre se plantan. Yo sigo mi intuición.

Bond apagó el cigarrillo y pidió la cuenta.

—Pero al final —concluyó su explicación— lo que importa son los ochos y los nueves naturales, y yo necesito arreglármelas para tener más que él.

CAPÍTULO 10 - *La gran partida*

Mientras explicaba cómo funcionaba el juego y anticipaba el inminente combate, a Bond se le había iluminado el rostro de nuevo. La idea de verse por fin las caras con Le Chiffre lo estimulaba y le aceleraba el pulso. Parecía haber olvidado el momento de frialdad entre ellos. Vesper se sintió aliviada y compartió su excitación.

Bond pagó la cuenta y dejó una propina generosa al *sommelier*. Vesper se puso en pie y lo precedió para salir del restaurante hasta la escalinata del hotel.

El gran Bentley estaba esperando. Bond lo condujo hasta el casino y procuró aparcar lo más cerca de la entrada que le fue posible. Mientras atravesaban los recargados vestíbulos, apenas habló. Ella lo miró y detectó una ligera agitación en su rostro. Por lo demás, se le veía muy tranquilo, respondiendo con sonrisas a los saludos del personal del casino. En la puerta de la sala privada no les pidieron las tarjetas de socio, puesto que las grandes apuestas de Bond ya lo habían convertido en un cliente distinguido y cualquiera que lo acompañase compartía esa gloria con él.

Acababan de entrar en la sala principal cuando Félix Leiter se retiró de una de las mesas de ruleta y saludó a Bond como si fueran viejos amigos.

—Puesto que tú esta noche vas a jugar al bacarrá —dijo, tras ser presentado a Vesper Lynd e intercambiar algunos comentarios—, ¿me permites que yo enseñe a la señorita Lynd cómo se hace saltar la banca en la ruleta? Tengo tres números de la suerte que deben de estar a punto de salir, y seguro que la señorita Lynd también tiene alguno. Luego a lo mejor vamos a verte jugar cuando tu partida empiece a calentarse.

Bond interrogó a Vesper con la mirada.

—Me encantaría —dijo ella—, si me prestases alguno de tus números de la suerte para apostar por él.

—Yo no tengo números de la suerte —repuso Bond con tono serio—. Sólo apuesto cuando hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que gane, o lo más parecido a eso. Bien, os dejo entonces. Estarás en muy buenas manos con mi amigo Félix Leiter. —Les sonrió brevemente a los dos y se fue con paso tranquilo hacia la caja.

Leiter percibió el *desaire*.

—Es un jugador muy serio, señorita Lynd —dijo—. Y supongo que ha de ser así. Venga conmigo, le enseñaré cómo el número 17 obedece a mis percepciones extrasensoriales. Verá qué cosquilleo tan agradable le recorre a uno cuando le dan mucho dinero a cambio de nada.

Bond se sintió aliviado de estar solo de nuevo y poder limpiar su mente de todo lo que no fuera la tarea que tenía entre manos. Se detuvo en la caja para cambiar el recibo que le habían dado por la tarde por sus veinticuatro millones de francos. Repartió los billetes en dos montones iguales y puso una mitad en el bolsillo derecho

de su chaqueta y la otra mitad en el izquierdo. Caminó despacio por la sala entre las mesas llenas de gente hasta llegar al fondo, donde la gran mesa de bacarrá esperaba tras la barandilla dorada.

Mientras la mesa se iba llenando, el *croupier* había extendido las cartas boca abajo sobre la mesa y las estaba removiendo y mezclando lentamente en lo que se conoce como el «barajado de *croupier*», que se supone que es la forma más eficaz de mezclar los naipes y la menos susceptible de engaño.

El director de partida izó la cadena forrada de terciopelo que cerraba la única abertura de la barandilla dorada.

—Le he guardado el número 6 como solicitó, *monsieur* Bond.

Aún había otros tres sitios vacíos en la mesa. Bond cruzó la entrada y fue hacia donde un empleado del casino le sostenía la silla. Ocupó su lugar y saludó con la cabeza a los jugadores sentados a izquierda y derecha. Luego extrajo del bolsillo la ancha pitillera gris y el encendedor de plata y los puso sobre el paño verde a su derecha. A su lado, el empleado colocó un grueso cenicero de vidrio al que acababa de pasar un trapo. Bond encendió un cigarrillo y se acomodó en la silla.

Enfrente, el asiento de la banca estaba vacío. Recorrió la mesa con la mirada: conocía a la mayoría de los jugadores de vista, pero a pocos por sus nombres. En el número 7, a su derecha, se sentaba un tal *monsieur* Sixte, un belga acaudalado con negocios de metales en el Congo. En el número 9 estaba lord Danvers, un hombre distinguido pero de aspecto débil cuyos francos procedían probablemente de su adinerada esposa norteamericana, una mujer de mediana edad con la depredadora boca de las barracudas, sentada en el número 3. Bond supuso que practicarían un juego frenético y nervioso y estarían entre las primeras bajas. En el número 1, a la derecha de la banca, se sentaba un jugador griego muy conocido, propietario de una rentable compañía naviera, como al parecer lo era todo el mundo en el Mediterráneo oriental, según la experiencia de Bond. Jugaría bien, con sangre fría, y permanecería hasta el final.

Bond pidió al mozo una tarjeta, en la que escribió, bajo un nítido signo de interrogación, los demás números (2, 4, 5, 8 y 10), que luego mandó que se la dieran al director de partida.

La tarjeta no tardó en estar de vuelta con los nombres escritos.

El asiento número 2, todavía vacío, estaba reservado para Carmel Delane, la artista norteamericana con la pensión de tres maridos para dilapidar y, según supuso Bond, con acceso a más fondos aún de quienquiera que la estuviera acompañando en Royale. Teniendo en cuenta su carácter impulsivo, jugaría confiada y con estilo y tal vez tendría un golpe de suerte.

A su lado estaba lady Danvers en el número 3 y, en los números 4 y 5, unos tales señor y señora Du Pont, de aspecto acaudalado y quién sabe si respaldados por la

auténtica fortuna de los Du Pont. Bond imaginó que aguantarían hasta el final. Los dos tenían cierto aire de negocios y mantenían una conversación alegre y despreocupada, como si en la gran partida se sintieran como en su casa. A Bond le complacía tenerlos al lado —la señora Du Pont se sentaba en el número 5—, y estaba dispuesto a compartir apuesta con ellos o con *monsieur* Sixte a su derecha si tenían que hacer frente a una banca demasiado grande.

En el número 8 se hallaba el maharajá de un pequeño estado indio, que probablemente jugaría con todas las libras acumuladas durante la guerra. La experiencia de Bond le decía que pocas razas asiáticas mostraban coraje en el juego, ni siquiera los afamados chinos, que tendían a descorazonarse cuando las cosas se ponían feas. Pero el maharajá tenía aspecto de que aguantaría hasta tarde y podría resistir pérdidas importantes si se producían gradualmente.

En el número 10 había un joven italiano de aspecto próspero, *signor* Tomelli, quien debía de tener mucho dinero ganado a base de alquileres exorbitantes en Milán y que sin duda desarrollaría un juego fogoso y alocado. Tal vez perdería los estribos e hiciera una escena.

Bond acababa de terminar su resumen esquemático de los jugadores cuando Le Chiffre, con el silencio y la economía de movimientos de un gran pez, cruzó la entrada de la barandilla y, dirigiendo una fría sonrisa de bienvenida a la mesa, tomó asiento justo enfrente de Bond, en la silla de la banca.

Con la misma economía de movimientos cortó el grueso mazo de cartas que el *croupier* le había colocado con precisión sobre la mesa entre sus dos relajadas y rollizas manos. Cuando el *croupier*, con un rápido y preciso movimiento, introdujo las seis barajas en el *sabot* de metal y madera, Le Chiffre le dijo algo en voz baja.

—*Messieurs, mesdames, les jeux sont faits. Un banco de cinq cent mille*—dijo. El griego del número 1 dio un golpecito sobre la mesa delante de su gran montón de fichas de cien mil francos. El *croupier* añadió—: *Le banco est fait*}

Le Chiffre se inclinó sobre el *sabot*. Le dio una palmada seca y deliberada para asentar las cartas, la primera de las cuales mostraba su pálida lengua rosa semicircular a través de la sesgada boca de aluminio del *sabot*. Con un dedo índice blanco y gordo, presionó con suavidad la lengua rosa y extrajo la primera carta, que deslizó entre unos veinte o treinta centímetros hacia el jugador griego de su derecha. Después extrajo otra carta para él, luego otra para el griego y, por último, otra para él.

Le Chiffre permaneció inmóvil, sin tocar sus cartas.

Miró al rostro del griego.

Con la pala de madera, como una larga paleta de albañil, el *croupier* alzó con delicadeza los dos naipes del griego y los dejó caer con un ágil movimiento unos centímetros más a la derecha, de manera que quedaran exactamente ante las pálidas y peludas manos del jugador, que esperaban inertes sobre la mesa como dos cangrejos

rosados al acecho.

Los dos cangrejos avanzaron juntos hasta recoger las cartas, que el griego colocó bajo su gran mano izquierda, al tiempo que inclinaba la cabeza con cuidado para ver, a la sombra de la mano ahuecada, el valor de la carta inferior. Metió despacio el índice de la mano derecha y desplazó hacia un lado la carta inferior hasta que pudo ver brevemente el valor de la superior.

Su rostro permanecía impassible. Aplanó la mano izquierda sobre la mesa y luego la retiró, dejando ante él las dos cartas rosas boca abajo, sin desvelar su secreto.

Levantó la cabeza y miró a Le Chiffre a los ojos.

—*Non* —dijo el griego con rotundidad.

De su decisión de plantarse con las dos cartas y no pedir otra, era evidente que tenía un cinco, un seis o un siete. Para ganar con seguridad, la banca tenía que mostrar un ocho o un nueve. En caso contrario, también podía robar otra carta que quizá mejorara su cómputo o no.

Le Chiffre tenía las manos entrelazadas delante de él, más o menos a un palmo de las cartas. Las cogió con la mano derecha y las descubrió con un leve golpe.

Eran un cuatro y un cinco, un imbatible nueve natural.

Había ganado.

—*Neuf á la banque* —dijo en voz baja el *croupier*. Dio la vuelta con la pala a las cartas del griego—. *Et le sept*—añadió inmutable, alzando suavemente los cadáveres del siete y de la reina y deslizándolos por la amplia ranura que había en la mesa cerca de su silla y que conducía a la gran caja metálica donde iban a parar todas las cartas muertas. Las dos cartas de Le Chiffre siguieron el mismo camino repiqueteando contra la lata, como sucede siempre al principio de una partida antes de que las cartas descartadas hayan formado un cojín sobre el suelo metálico de su mazmorra.

El griego empujó cinco fichas de cien mil francos, que el *croupier* reunió con la placa de medio millón de Le Chiffre que reposaba en el centro de la mesa. El casino se llevaba un pequeño porcentaje de cada apuesta —la *cagnotte*—, aunque lo normal en una partida importante era que lo pagara quien tenía la banca, bien mediante un tanto alzado acordado previamente, bien mediante contribuciones al término de cada mano para que la apuesta de la banca pudiera ser siempre una cifra redonda. Le Chiffre había elegido la segunda opción.

El *croupier* deslizó algunas fichas por la ranura especial para la *cagnotte*.

—*Un banco d'un million* —anunció en voz baja.

—*Suivi* —murmuró el griego, lo que quería decir que ejercía su derecho de continuar la apuesta perdida.

Bond encendió un cigarrillo y se reclinó en el asiento. La larga partida estaba ya lanzada y la secuencia de aquellos gestos y la reiteración de su sutil letanía continuarían hasta que llegara el final y los jugadores se dispersaran. Después, las

enigmáticas cartas se quemarían o se inutilizarían, se echaría una mortaja sobre la mesa, y el campo de batalla de verde fieltro absorbería la sangre de sus víctimas y se renovaría.

El griego, tras pedir una tercera carta, no pudo superar con su cuatro el siete del banco.

—*Un banco de deux millions* —anunció el *croupier*.

Los jugadores de la izquierda de Bond permanecieron callados.

—*Banco* —dijo Bond.

CAPÍTULO 11 - *El momento de la verdad*

Le Chiffre lo miró con indiferencia. El blanco de los ojos alrededor del iris prestaba a su mirada un aire impasible, como de muñeco.

Retiró con lentitud una de sus gruesas manos de la mesa y la deslizó hacia el bolsillo interior de la chaqueta del esmoquin. La mano reapareció sosteniendo un pequeño cilindro metálico cuyo tapón desenroscó Le Chiffre. Con una deliberación casi obscena, se introdujo la punta del cilindro en la nariz, dos veces en cada lado, e inhaló voluptuoso el vapor de benzedrina.

Sin prisas guardó el inhalador en el bolsillo. Luego devolvió deprisa la mano a la mesa para dar al *sabot* su habitual palmada fuerte y seca.

Durante esa insolente pantomima, Bond había sostenido con frialdad la mirada del dueño de la banca, sin perder de vista el rostro blanco y ancho coronado por un abrupto acantilado de cabello castaño rojizo, la boca roja y húmeda que no sonreía y la impresionante anchura de hombros, enfundados con holgura en un enorme esmoquin.

Si no hubiese sido por los reflejos de satén que desprendía el alargado cuello de la chaqueta, se diría que tenía ante él el grueso busto de un negro Minotauro emergiendo de un verde prado.

Bond colocó sobre la mesa un fajo de billetes sin contarlos. Si perdía, el *croupier* retiraría lo que fuera necesario para cubrir la apuesta, pero aquel sencillo gesto indicaba que no esperaba perder y que ese dinero no era más que una muestra de la enorme previsión de grandes fondos que tenía a su disposición.

Los demás miembros de la mesa sintieron la tensión entre los dos jugadores y guardaron silencio mientras Le Chiffre extraía las cuatro cartas del *sabot*.

El *croupier* acercó a Bond sus dos cartas con la punta de la pala. Bond, que seguía sosteniendo la mirada a Le Chiffre, tendió la mano derecha unos centímetros, echó una rápida ojeada a las cartas y, mirando otra vez impasible a los ojos de Le Chiffre, las puso boca arriba con un gesto despectivo.

Eran un cuatro y un cinco, un imbatible nueve.

Se oyeron algunos suspiros de envidia en la mesa y los jugadores sentados a la izquierda de Bond intercambiaron miradas de arrepentimiento por no haber aceptado la apuesta de dos millones de francos.

Con cierta displicencia, Le Chiffre dio lentamente la vuelta a sus dos cartas y las dejó caer con desdén. Eran dos jotas sin valor.

—*Le baccarat* —entonó el *croupier* mientras empujaba con la pala las gruesas fichas en dirección a Bond.

Bond se las guardó en el bolsillo derecho junto al fajo de billetes sin usar. Su rostro no reflejaba emoción alguna, pero estaba satisfecho con el éxito de su primera

ronda, y con el resultado del lance que se había lidiado en silencio entre los dos lados de la mesa.

La norteamericana sentada a su izquierda, la señora Du Pont, se dirigió a él con una media sonrisa.

—Yo no debería haber permitido que le llegase a usted —dijo—. En cuanto se han repartido las cartas me he arrepentido.

—La partida no ha hecho más que empezar —replicó Bond—. A lo mejor la próxima vez que pase, acierta.

El señor Du Pont se asomó desde detrás de su mujer.

—Si pudiésemos acertar en todas las manos, ninguno de nosotros estaríamos aquí —dijo filosóficamente.

Su mujer se echó a reír.

—Yo, sí. No creas que hago esto por placer.

Mientras la partida proseguía, Bond examinó a los espectadores apoyados en la barandilla dorada que rodeaba la mesa. Enseguida vio a los dos pistoleros de Le Chiffre; estaban detrás él, uno a cada lado, y tenían un aspecto bastante respetable, aunque no lo suficiente para no destacar entre el público del casino.

El que estaba más o menos a la derecha de Le Chiffre era alto, y el esmoquin le daba cierto aire fúnebre. Tenía el rostro gris e inexpresivo, pero los ojos le brillaban como a un prestidigitador. Su largo cuerpo estaba inquieto y desplazaba mucho las manos por la barandilla. Bond imaginó que aquel hombre mataría sin preocuparse ni interesarse mucho por qué mataba, y supuso que preferiría estrangular. Le recordaba un poco al Lennie de *De ratones y hombres*, pero posiblemente su brutalidad no se debería al infantilismo, sino a las drogas. «A la marihuana», decidió Bond.

El otro hombre parecía un tendero corso. Era bajo, de piel muy oscura y de cabeza achatada, cubierta de un cabello empapado en brillantina. Al parecer, era cojo, porque de la barandilla a su lado colgaba un grueso bastón de caña con punta de goma. Bond supuso que le habrían dado permiso para entrar con él en el casino, ya que, por norma general, en las salas no se admitían bastones ni otros objetos como precaución contra actos de violencia. Tenía aspecto atildado y bien alimentado, pero la boca, distraídamente abierta, dejaba ver una dentadura muy estropeada. Gastaba grueso bigote negro y el dorso de las manos apoyadas en la baranda estaba recubierto de vello también negro. Bond supuso que le cubriría la mayor parte de su achaparrado cuerpo y pensó que, desnudo, sería un objeto obsceno.

El juego continuó sin novedades, pero con una ligera tendencia contra la banca.

En el *chemin de fer* y el bacarrá, la tercera ronda es como la barrera del sonido. A veces, la suerte ayuda a superar la primera y segunda pruebas, pero el tercer reparto de cartas suele llevar el desastre consigo. Una y otra vez en ese punto se ve uno obligado a bajar de las nubes. Eso es lo que estaba pasando en aquel momento: ni la

banca ni ninguno de los jugadores lograba caldear su juego. Pero se estaba produciendo una filtración constante e inexorable contra la banca, que a las dos horas de juego se elevaba a diez millones de francos. Bond no sabía qué ganancias había tenido Le Chiffre en los dos últimos días. Calculaba que eran de unos cinco millones y suponía que en ese momento su capital no superaría los veinte millones de francos.

De hecho, Le Chiffre había perdido mucho esa tarde, y sólo le quedaban diez millones.

Por su parte, Bond, a la una de la madrugada, había acumulado unas ganancias de cuatro millones que, sumados a lo que ya tenía, suponían unos recursos de veintiocho millones de francos.

Estaba prudentemente contento. Le Chiffre no mostraba la menor emoción. Seguía jugando como un autómatas, sin hablar jamás, excepto para dar instrucciones en voz baja al *croupier* cada vez que se abría una ronda.

Detrás del pozo de silencio que envolvía a la gran mesa, se oía el constante zumbido de las mesas de *chemin de fer*, ruleta y treinta y cuarenta, interrumpido por los claros anuncios de los *croupieres* y por alguna que otra risa y suspiro de emoción procedentes de distintos rincones de la enorme sala.

De fondo, el permanente latido del metrónomo oculto del casino, anotando con su tic-tac el pequeño tesoro de los unos por ciento ganados con cada vuelta de rueda y con cada carta descubierta, como un pulpo gordo y palpitante con un cero por corazón.

El reloj de Bond marcaba la una y diez cuando el patrón de juego de la gran mesa sufrió un brusco cambio.

El griego del número 1 seguía pasándolo mal; había perdido la primera ronda de medio millón de francos y luego la segunda. La tercera vez pasó y dejó una banca de dos millones. Carmel Delane, en el número 2, la rechazó. Lo mismo hizo lady Danvers en el número 3.

Los Du Pont se miraron entre sí.

—*Banco* —dijo la señora Du Pont, que perdió rápidamente ante el ocho natural de la banca.

—*Un banco de quatre millions* —anunció el *croupier*.

—*Banco* —dijo Bond, adelantando un fajo de billetes sobre la mesa.

Una vez más, echó un rápido vistazo a sus dos cartas mientras sostenía la mirada de Le Chiffre.

—*Non* —dijo. Tenía un mero cinco. La posición era peligrosa.

Le Chiffre descubrió una sota y un cuatro. Dio una palmada al *sabot* y extrajo un tres.

—*Sept á la banque* —anunció el *croupier*—, *et cinq* —añadió cuando puso boca arriba el naipe perdedor de Bond. Alcanzó el dinero de éste con la pala, apartó cuatro

millones de francos y le devolvió el resto.

—*Un banco de huit millions.*

—*Suivi* —dijo Bond.

Y volvió a perder, contra un nueve natural.

En dos rondas había perdido doce millones de francos. Sumando todo lo que tenía, no le quedaban más que dieciséis millones, el importe exacto de la siguiente banca.

De pronto Bond sintió que le sudaban las manos. Su dinero se había derretido como la nieve bajo el sol. Con la ávida lentitud del jugador que va ganando, Le Chiffre repiqueteaba los dedos de la mano derecha contra la mesa. Bond lo miró directamente a los ojos de basalto oscuro. Transmitían una pregunta irónica: «¿Quieres el tratamiento completo?», parecían decir.

—*Suivi* —dijo Bond en voz baja.

Extrajo algunos billetes y fichas del bolsillo derecho y el fajo entero de billetes del izquierdo y lo empujó todo hacia delante. Ninguno de sus movimientos permitía sospechar que aquella iba a ser su última apuesta.

Sintió la boca seca como papel de estraza. Levantó los ojos y vio a Vesper y a Félix Leiter de pie donde antes estaba el pistolero del bastón. No sabía cuánto tiempo llevaban allí. Leiter parecía algo preocupado, pero Vesper le enviaba una sonrisa de ánimo.

Oyó un leve castañeteo en la barandilla que había a su espalda y se giró. La hilera de horribles dientes bajo el bigote negro lo miraba desde una boca estúpidamente abierta.

—*Le jeu est fait* —anunció el *croupier*.

Las dos cartas se acercaron serpenteando sobre el paño verde, un paño verde que había dejado de ser suave, volviéndose grueso, tupido y hasta asfixiante, de un color tan lívido como el de la hierba sobre una tumba recién cerrada.

La luz que bajaba de las grandes pantallas de seda, tan acogedora antes, ahora parecía robarle el color de la mano con que levantó brevemente las cartas. Las miró de nuevo.

Era prácticamente lo peor que podía salir. El rey de corazones y un as, el as de espadas, que lo miró desde su escondrijo como una tarántula.

—Carta —su voz todavía ocultaba toda emoción.

Le Chiffre descubrió sus dos cartas. Tenía una reina y un cinco negro. Miró a Bond y con su grueso dedo índice arrastró otro naipe fuera del *sabot*. En la mesa reinaba un profundo silencio. Le dio la vuelta y lo alejó. El *croupier* lo levantó delicadamente con la pala y lo deslizó hacia Bond. Era una buena carta, el cinco de corazones, pero para Bond era como una difícil huella digital en sangre seca. Ahora él tenía seis puntos; Le Chiffre, cinco. Sin embargo, cuando la banca tiene un cinco y

ha dado un cinco, resulta lógico y obligatorio que robe otra carta e intente mejorar su cómputo con un uno, un dos, un tres o un cuatro; con cualquier otro valor, perdería.

Las probabilidades estaban de parte de Bond, pero entonces fue Le Chiffre quien le sostuvo la mirada sin apenas mirar la carta mientras la ponía boca arriba sobre la mesa.

Era, innecesariamente, la mejor, un cuatro, con el que la banca conseguía un nueve. Había ganado, casi al ralenti.

Bond estaba vencido y arruinado.

CAPÍTULO 12 - *El tubo letal*

Bond permaneció en silencio, helado por la derrota. Abrió su ancha pitillera y extrajo un cigarrillo. Alzó las minúsculas mordazas del Ronson, encendió el cigarrillo y depositó otra vez el encendedor sobre la mesa. Aspiró a fondo el humo y lo expulsó a través de los dientes con un tenue silbido.

Y ahora ¿qué? De vuelta al hotel y a la cama, evitando las miradas de compasión de Mathis, Leiter y Vesper. La llamada a Londres y, al día siguiente, el avión a casa, el taxi a Regent's Park, las escaleras, el pasillo, el frío rostro de M al otro lado de la mesa, su comprensión forzada, su «la próxima vez habrá más suerte» y, por supuesto, su «era una oportunidad única, irrepetible».

Miró a los componentes de la mesa y al público que estaba de pie. Pocos le miraban a él, porque esperaban a que el *croupier* contara el dinero y apilara las fichas en netos montoncitos delante de la banca; esperaban a ver si alguien se atrevía a desafiar aquella enorme banca de treinta y dos millones de francos, aquella increíble buena racha del banquero.

Leiter había desaparecido, Bond supuso que para no tener que mirarle a los ojos después de semejante paliza. A Vesper, sin embargo, se la veía extrañamente impasible, enviándole una sonrisa de ánimo. Claro que ella no entendía nada del juego, pensó Bond; tal vez ni imaginaba la amargura de su derrota.

Bond vio acercarse al mozo, que había atravesado la baranda. Se detuvo a su lado, se inclinó y le dejó un abultado sobre en la mesa, un sobre grueso como un diccionario; luego le dijo algo acerca de la caja y se retiró.

A Bond le dio un vuelco el corazón. Escondió el cargado y anónimo sobre bajo la mesa y lo abrió con la uña del pulgar, observando que el pegamento de la solapa todavía estaba húmedo.

Sin poder creerlo aun a sabiendas de que era cierto, palpó los gruesos fajos de billetes. Los deslizó hasta sus bolsillos, dejando fuera la cuartilla de papel que había grapada sobre el fajo de encima. En la penumbra de debajo de la mesa leyó una línea manuscrita: *Plan Marshall. Treinta y dos millones de francos. Cortesía de Estados Unidos.*

Bond tragó saliva y miró hacia donde Vesper estaba. Félix Leiter se hallaba otra vez a su lado. Esbozó una sonrisa. Bond se la devolvió y levantó la mano de la mesa haciendo un discreto gesto de bendición. Luego se dispuso a borrar de su mente cualquier vestigio de la sensación de completa derrota que lo había desmoronado unos minutos antes. Aquello era un respiro, pero sólo un respiro. No habría más milagros. Esta vez tenía que ganar; eso si Le Chiffre no había llegado ya a los cincuenta millones; eso si Le Chiffre continuaba la partida.

El *croupier* había acabado ya su tarea de contar la *cagnotte*, cambiar los billetes

de Bond por fichas y apilar la gigantesca apuesta en el centro de la mesa.

Sobre el tapete había el equivalente a treinta y dos mil libras esterlinas. Bond pensó que quizá a Le Chiffre le bastara una sola tirada, aunque fuera una pequeña de unos pocos millones de francos, para conseguir su objetivo. Entonces llegaría a los cincuenta millones de francos y abandonaría la mesa. Al día siguiente, sus pérdidas habrían sido cubiertas y su posición afianzada.

Le Chiffre no hizo ademán de moverse y Bond supuso aliviado que tal vez había sobrestimado sus recursos.

En ese caso, su única esperanza, pensó, era caerle encima con todo el peso. No compartir la apuesta con la mesa ni aceptar ninguna contribución menor, sino ir a por todas. Aquello sí que asustaría a Le Chiffre. Si de entrada ya le disgustaría que alguien cubriese más de diez o quince millones de su banca, lo que nunca esperaría es que una persona sola copara sus treinta y dos millones. Aunque no supiera que Bond se había quedado limpio, debía de imaginar que a esas alturas le quedaban pocas reservas. No podía conocer el contenido del sobre. De lo contrario, hubiera retirado la apuesta y habría empezado otra vez de cero la pesada travesía desde la banca inicial de quinientos mil francos.

El análisis era correcto.

Le Chiffre necesitaba otros ocho millones.

Finalmente, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—*Un banco de trente-deux millions.* —La voz del *croupier* resonó en la sala.

Se hizo un silencio en torno a la mesa.

—*Un banco de trente-deux millions.*

Con voz más alta y más orgullosa, el director de partida se había hecho cargo del anuncio, con la esperanza de atraer las grandes sumas que se estaban jugando en las vecinas mesas de *chemin de fer*. Además, aquello era una publicidad estupenda, ya que ese importe sólo se había alcanzado una vez en la historia del bacarrá: en 1950 en Deauville. Su rival, el Casino de la Fôret de Le Touquet, ni siquiera había rozado nunca semejante suma.

Bond se inclinó ligeramente hacia delante.

—*Suivi* —dijo en voz baja.

Se produjo un murmullo de excitación alrededor de la mesa. Corrió la voz por el casino y se formó un remolino de gente. «¡Treinta y dos millones!» Para la mayoría de ellos era más de lo que habían ganado en toda su vida; eran sus ahorros y los ahorros de sus familias; era, en realidad, una pequeña fortuna.

Uno de los responsables del casino habló con el director de partida, que se dirigió a Bond con tono de disculpa.

—*Excusez-moi, monsieur. La mise?*

Estaban pidiendo a Bond que demostrara que tenía dinero suficiente para cubrir la

apuesta. Ya sabían, claro está, que era un hombre acaudalado, pero, al fin y al cabo, ¡treinta y dos millones! Se había dado el caso de algún que otro desesperado que apostaba sin tener ni blanca y luego iba alegremente a la cárcel si perdía.

—*Mes excuses, monsieur Bond* —añadió el director de partida con afectación.

Bond descargó el enorme fajo de billetes sobre la mesa y el *croupier* se apresuró a contar los grupos, unidos con clips, de billetes de diez mil francos, la mayor denominación que se emitía en Francia. Entonces fue cuando Bond captó un rápido intercambio de miradas entre Le Chiffre y el pistolero que él tenía detrás.

De inmediato sintió la presión de algo duro contra la base de su columna vertebral, justo en la hendedura entre los dos glúteos que descansaban sobre el acolchado asiento.

Al mismo tiempo, una espesa voz que hablaba francés meridional le susurró con urgencia junto al oído derecho:

—Esto es una pistola, *monsieur*. Está totalmente silenciada. Puede volarle la base de la columna vertebral sin producir el menor ruido. Parecerá que usted se ha desmayado. Yo me habré ido. Retire la apuesta antes de que yo cuente hasta diez. Si usted pide ayuda, dispararé.

La voz sonaba segura y Bond la creyó. Aquella gente había demostrado que no se detendría ante nada. Eso explicaba el grueso bastón. Bond conocía aquel tipo de armas. El cañón estaba formado por una serie de pantallas de caucho blandas que absorbían la detonación, pero dejaban pasar la bala. Se habían inventado y utilizado en la guerra para cometer asesinatos. Bond mismo las había probado.

—*Un* —susurró la voz.

Bond se volvió: allí estaba, inclinado sobre él, con una amplia sonrisa bajo su negro bigote, como si estuviese deseándole suerte, por completo a salvo entre el ruido y la multitud.

Los macilentos dientes se juntaron y dijeron con una sonrisa:

—*Deux*.

Bond miró hacia el lado contrario de la mesa. Le Chiffre le observaba con los ojos brillantes. Tenía la boca entreabierta y respiraba con agitación. Estaba esperando a que Bond hiciera un gesto con la mano al *croupier* o se desplomara de pronto contra el respaldo de la silla, con el rostro retorcido por el dolor.

—*Trois*.

Bond miró hacia Vesper y Félix Leiter. Sonreían y hablaban entre ellos. Insensatos. ¿Y dónde estaba Mathis? ¿Dónde se encontraban sus famosos hombres?

—*Quatre*.

Y los demás espectadores. Aquel montón de charlatanes idiotas. ¿Acaso nadie veía lo que ocurría? ¿El director de partida, el *croupier*, el mozo de la casa?

—*Cinq*.

El *croupier* estaba acabando de ordenar el montón de billetes. El jefe de partida saludó con una sonrisa a Bond. En cuanto la apuesta estuviera preparada, anunciaría: «*Le jeu est fait*», y el pistolero dispararía tanto si su cuenta hubiera llegado a diez como si no.

—*Six*.

Bond decidió correr el riesgo. Desplazó con cuidado las manos hasta el borde de la mesa, lo asió, empujó las nalgas hacia atrás, sintiendo cómo la afilada mirilla de la pistola se le clavaba en el coxis.

—*Sept*.

El director de partida se volvió hacia Le Chiffre con las cejas enarcadas, esperando el gesto que le indicara que estaba listo para jugar.

De pronto, Bond empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. Su impulso volcó la silla tan deprisa que el travesano del respaldo se partió contra la caña y la arrancó de la mano del pistolero antes de que éste tuviera tiempo de apretar el gatillo.

Bond cayó al suelo dando una voltereta y se quedó con las piernas en el aire entre los pies de los espectadores. El respaldo de la silla se astilló con un crujido seco. Hubo gritos de espanto. El público reuló y luego, más tranquilo, volvió a apiñarse. Bond fue levantado del suelo entre varias manos que le sacudieron el traje. El mozo acudió apresurado junto al director de partida, dispuesto a evitar un escándalo a toda costa.

Bond se agarró a la barandilla con aire confundido y azorado y se pasó una mano por la frente.

—Un desmayo momentáneo —dijo—, no es nada; la emoción, el calor.

Hubo expresiones de comprensión. Era natural, con una partida tan alta. ¿Prefería *monsieur* retirarse, tumbarse en algún sitio, irse a casa? ¿Quería que llamaran a un médico?

Bond negó con la cabeza. Ya estaba bien; sus disculpas a la mesa; y a la banca.

Le pusieron otra silla y se sentó. Miró a Le Chiffre. Además del alivio que le producía estar vivo, sintió un momento de triunfo por lo que vio: cierto miedo en el pálido rostro gordo.

Hubo un murmullo de especulación en torno a la mesa. Los vecinos de Bond, a derecha e izquierda, se asomaron solícitos para comentarle el calor que hacía, lo tarde que era, el humo y la falta de aire.

Bond respondió con educación. Se volvió para examinar a la multitud que tenía detrás: no había ni rastro del pistolero, pero el mozo estaba buscando al dueño del bastón de caña, que parecía intacto, aunque ya no llevaba la punta de goma. Bond le hizo un gesto.

—Hágame el favor de dárselo a aquel caballero —dijo, señalando a Félix Leiter—. Él lo devolverá. Pertenece a un conocido suyo.

El mozo hizo una inclinación.

Bond pensó con gravedad que un breve examen revelaría a

Leiter por qué él había tenido que dar un espectáculo tan embarazoso.

Se volvió de nuevo hacia la mesa y golpeó sobre el tapete verde para indicar que estaba preparado.

CAPÍTULO 13 - «Susurro de amor, susurro de odio»

—*La partie continué* —anunció el jefe de mesa con tono solemne—. *Un banco de trente-deux millions.*

Los espectadores se agolparon estirando el cuello. Le Chiffre golpeó el *sabot* con una palmada que lo hizo vibrar y después, en el último momento, sacó su inhalador de benzedrina y aspiró el vapor por la nariz.

—¡El muy repugnante! —exclamó la señora Du Pont a la izquierda de Bond.

Éste tenía de nuevo la mente clara. Había evitado de milagro una lesión devastadora y aún sentía las axilas húmedas del miedo que había pasado, pero el éxito de su estratagema con la silla había borrado todo recuerdo del terrible valle de derrota en que se hallaba un rato antes.

Había hecho el ridículo. El juego se había interrumpido al menos diez minutos, un retraso sin precedentes en cualquier casino que se respete, pero las cartas ya estaban esperándole en el *sabot*. Ahora no podían fallarle. Sintió palpar el corazón ante la perspectiva de lo que estaba por venir.

Eran las dos de la mañana y, aparte de la multitud congregada en torno a la gran partida, el juego continuaba en tres de las mesas de *chemin de fer* y en otras tres de ruleta.

En el silencio que cercaba su mesa, Bond oyó de pronto a un *croupier* en la distancia:

—*Neuf. Le rouge gagne, impair et manque.*

¿Era aquello un presagio para él o para Le Chiffre?

Las dos cartas se deslizaron hacia Bond a través del mar verde.

Como un pulpo oculto bajo una roca, Le Chiffre lo observaba desde el otro lado de la mesa.

Bond tendió la mano con pulso firme y atrajo las cartas hacia sí. Aquella palpitación de corazón ¿sería la que acompaña a un nueve o a un ocho?

Desplegó las dos cartas en abanico tras el telón de su mano. Sintió cómo los músculos de la mandíbula se tensaban al apretar los dientes y el cuerpo entero se le agarrotaba en un reflejo de defensa propia.

Tenía dos reinas, dos reinas rojas.

Las reinas le devolvieron una mirada malévola desde las sombras. Eran lo peor. Eran nada. Cero. Bacarrá.

—Carta —dijo Bond, esforzándose para que su voz no traicionara su desesperanza. Sintió la mirada de Le Chiffre horadarle el cerebro.

La banca descubrió con lentitud sus dos cartas: tres puntos, un rey y un tres negro.

Bond exhaló con calma una nube de humo al ver que aún tenía una oportunidad. Aquél era definitivamente el momento de la verdad. Le Chiffre golpeó el *sabot*, extrajo una carta, la carta de Bond, el destino de Bond, y la puso lentamente boca arriba.

Era un nueve, un maravilloso nueve de corazones, la carta que en la magia gitana se conoce como «susurro de amor, susurro de odio», la carta que significaba una victoria casi segura para Bond.

El *croupier* la deslizó con delicadeza sobre la mesa. Para Le Chiffre no significaba nada. Bond podía tener un uno, en cuyo caso sumaría diez puntos, que era lo mismo que nada o, dicho de otra forma, bacarrá. Pero también podía cubrir un dos, un tres, un cuatro o incluso un cinco que, junto con el nueve, no le daría más que cuatro puntos.

Tener un tres y repartir un nueve es una de las situaciones típicas de análisis en este juego, porque las probabilidades se dividen casi por igual si se roba y si no se roba. Bond hizo sudar a Le Chiffre. Como la única forma de que la banca igualara su nueve era sacando un seis, en una partida amistosa Bond habría mostrado su puntuación.

Las cartas de Bond descansaban ante él sobre el tapete, dos impersonales dorsos de color rosa pálido y el nueve de corazones boca arriba. A Le Chiffre, aquel nueve quizá le estuviera diciendo la verdad o tal vez muchas variaciones de mentiras.

Todo el secreto yacía oculto en el anverso de aquellos dos rectángulos rosados, donde la pareja de reinas besaba el paño verde.

A Le Chiffre le resbalaba el sudor por ambos lados de la picuda nariz. Su gorda lengua salió a hurtadillas a lamer una gota que había en la comisura del tajo rojo que tenía por boca. Miró las cartas de Bond, luego las suyas, y otra vez las de Bond.

Movió todo el cuerpo en un gesto de indiferencia y robó una carta del susurrante *sabot*.

La puso boca arriba. La mesa entera estiró el cuello para mirar. Era una carta magnífica, un cinco.

—*Huit á la banque* —anunció el *croupier*.

Mientras Bond permanecía en silencio, Le Chiffre esbozó una repentina sonrisa de lobo, convencido de ser el ganador.

La pala del *croupier* se acercó casi pidiendo disculpas desde el otro lado de la mesa. Nadie en la mesa creyó que Bond no había sido derrotado.

La pala dio la vuelta a las dos cartas rosadas. Las alegres reinas rojas sonrieron bajo los focos.

—*Et le neuf*.

Se oyó un enorme suspiro por toda la mesa, seguido de un pequeño revuelo.

Bond no dejó de mirar a Le Chiffre. El hombrón se dejó caer en la silla como si le

hubiesen dado un puñetazo en el pecho. Abrió y cerró la boca un par de veces para protestar y se llevó la mano derecha a la garganta. Luego se incorporó. Sus labios estaban grises.

Mientras el *croupier* empujaba la gran montaña en dirección a Bond, Le Chiffre metió la mano en un bolsillo interior del esmoquin y arrojó un fajo de billetes sobre la mesa.

El *croupier* los contó.

—*Un banco de dix millions* —anunció. Puso el equivalente de la apuesta en forma de diez placas de un millón de francos cada una.

«Ocho para la banca.»

«Y el nueve.»

«Una apuesta de diez millones.»

«Ésta es la puntilla —pensó Bond—. Ese hombre ha llegado al punto de no retorno. Apuesta su último capital. Ha llegado a donde yo estaba hace una hora y está haciendo el mismo gesto final que yo he hecho. Pero a él, si pierde, nadie vendrá a ayudarlo, no habrá milagro que lo salve».

Bond se acomodó en la silla y encendió un cigarrillo. En una mesita colocada junto a él se había materializado media botella de Clicquot y una copa. Sin preguntar quién era el benefactor, Bond llenó el vaso hasta el borde y se lo bebió en dos largos tragos.

Luego se inclinó y apoyó los dos brazos doblados sobre la mesa, como un luchador buscando la presa al principio de un combate de jiu-jitsu.

Los jugadores de su izquierda guardaron silencio.

—*Banco* —dijo Bond, dirigiéndose directamente a Le Chiffre.

Una vez más, el *croupier* le acercó los dos naipes, esta vez deslizándolos dentro de la verde laguna que formaban los brazos extendidos de Bond.

Bond encogió la mano derecha en torno a las cartas, echó un rápido vistazo a su interior y las puso boca arriba en mitad de la mesa.

—*Le neuf*—anunció el *croupier*.

Le Chiffre se quedó mirando sus dos reyes negros.

—*Et le baccarat* —añadió el *croupier* mientras desplazaba con suavidad la gruesa marea de fichas al otro lado de la mesa.

Le Chiffre las vio partir para unirse a los arracimados millones que descansaban a la sombra del brazo izquierdo de Bond. Se levantó despacio y, sin mediar palabra, se abrió paso entre los jugadores hasta la entrada de la barandilla. Descolgó la aterciopelada cadena y la dejó caer. Los espectadores le hicieron sitio para que pasara. Lo miraban con curiosidad y cierta aprensión, como si llevara impregnado el olor de la muerte. Después desapareció de la vista de Bond.

Bond se levantó. Cogió una ficha de cien mil francos de los montones que tenía al

lado y la mandó al otro lado de la mesa, al director de partida. Cortó en seco sus muestras de agradecimiento y pidió al *croupier* que le llevara las ganancias a la caja. Los demás jugadores también se estaban levantando de sus asientos. Sin nadie en la banca, no había partida, y además ya eran las dos y media. Bond intercambió unas palabras agradables con sus vecinos de mesa y luego se deslizó por debajo de la baranda para unirse a Vesper y Félix Leiter, que lo estaban esperando.

Fueron juntos hacia la caja, donde Bond fue invitado a pasar al despacho privado de la dirección del casino. Sobre la mesa esperaba su gran montón de fichas, al que añadió las que llevaba en los bolsillos.

En total había más de setenta millones de francos.

Bond apartó el dinero de Félix Leiter en billetes y pidió un cheque por los cuarenta y pico millones restantes para cobrarlo en el Crédit Lyonnais. Le felicitaron calurosamente por sus ganancias y manifestaron el deseo de los directores de que volviera a jugar aquella noche.

Bond contestó con una evasiva. Al salir fue hacia el bar y le devolvió a Leiter su dinero. Durante unos minutos comentaron la partida, acompañados por una botella de champán. Luego Leiter sacó del bolsillo una bala de calibre 45 y la puso sobre la mesa.

—Le he dado la pistola a Mathis —dijo— y se la ha llevado. A él, tu caída lo había dejado tan perplejo como a nosotros. Cuando te ha pasado eso, él estaba con uno de sus hombres detrás del público. El pistolero se ha marchado sin más complicaciones. Ya te puedes imaginar cómo se han sentido cuando han visto la pistola. Me ha dado esta bala para que veas de qué te has librado; es una bala *dumdum*^[7], lo hubieras pasado realmente mal. Sin embargo, no pueden asociarlo a Le Chiffre porque el hombre entró solo. Tienen la hoja que rellenó para que le dieran la tarjeta de acceso, pero resulta evidente que todo será mentira. Le han permitido entrar con el bastón porque llevaba un certificado de mutilado de guerra. Desde luego, esa gente está bien organizada. Los del Deuxième tienen sus huellas y ya están en París trabajando con el belinógrafo, o sea que a lo mejor por la mañana ya sabemos algo. —Félix Leiter hizo salir otro cigarrillo del paquete.— En fin, todo ha acabado bien. Hay que ver cómo has engañado a Le Chiffre al final, aunque ha habido momentos en que lo hemos pasado mal. Supongo que tú también.

Bond sonrió.

—Ese sobre —dijo— ha sido lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Creía que estaba acabado por completo, y te aseguro que no es una sensación nada agradable. Para que hablen de lo que es un amigo en apuros. Algún día intentaré devolverte el favor. —Se levantó y, palpándose el bolsillo, añadió—: Me voy al hotel a guardar esto. No me gusta andar por ahí con la sentencia de muerte de Le Chiffre encima. Se le podría ocurrir algo. Luego me gustaría celebrarlo, ¿qué decís?

Se volvió hacia Vesper, que no había hablado casi nada desde que había acabado la partida.

—¿Tomamos una copa de champán en el *night club* antes de ir a dormir? —preguntó Bond—. Se llama *Le roi galant* y se entra a través de las salas generales. Parece un sitio bastante alegre.

—Sí, me encantaría —dijo Vesper—. Iré a empolvarme un poco mientras guardas tus ganancias. Nos encontraremos en el vestíbulo.

—¿Y tú qué dices, Félix? —Bond esperaba la oportunidad de quedarse a solas con Vesper.

Leiter lo miró y pareció leerle el pensamiento.

—Me gustaría descansar un poco antes de desayunar. Ha sido un día duro y supongo que los de París querrán que mañana acabe de cerrar el caso. Aún quedan algunos cabos sueltos, de los cuales tú no tienes que preocuparte porque ya lo haré yo. Pero te acompañaré hasta el hotel. Será mejor escoltar a buen puerto el barco del tesoro.

Fueron paseando entre las sombras que creaba la luna llena, los dos con la mano en la pistola. Eran las tres de la mañana, pero aún había gente por la calle y la entrada del casino seguía llena de coches.

El corto paseo no registró ningún incidente.

En el hotel, Leiter insistió en acompañar a Bond a su habitación, que estaba tal como éste la había dejado seis horas antes.

—Aunque no hay ningún comité de recepción —observó Leiter—, no me extrañaría que intenten jugar su última carta. ¿Quieres que me quede y os haga compañía?

—No, ve a dormir —dijo Bond—. Y no te preocupes por nosotros. Sin el dinero, yo no les intereso, y se me ha ocurrido algo para resolver ese tema. Gracias por todo lo que has hecho. Espero que algún día volvamos a trabajar juntos.

—Lo mismo digo —contestó Leiter—, siempre y cuando sepas sacar un nueve cuando haga falta..., y traigas a Vesper contigo —añadió con sorna. Salió y cerró la puerta tras él.

Bond se volvió hacia la hospitalidad de su habitación.

Tras el concurrido espectáculo de la gran mesa y la tensión nerviosa de las tres horas de juego, estaba contento de hallarse un momento a solas y recibir la acogida del pijama sobre la cama y los cepillos sobre el tocador. Fue al lavabo, se echó agua fría en el rostro y se enjuagó con un áspero líquido bucal. Sentía las contusiones de la parte de atrás de la cabeza y del hombro derecho. Reflexionó animado que ese día había escapado por los pelos dos veces de la muerte. Se preguntó si debería sentarse a esperar toda la noche a que volvieran a por él o si *Le Chiffre* estaría ya en camino de Le Havre o Burdeos para embarcar hacia algún rincón del mundo donde esconderse

de la mirada y las pistolas de SMERSH.

Se encogió de hombros. Por un día había tenido suficiente ración de maldad. Se quedó mirando unos segundos al espejo y se preguntó acerca de las costumbres morales de Vesper. Deseaba su cuerpo, frío y arrogante. Quería ver lágrimas y deseo en sus distantes ojos azules, tomar en sus manos las riendas de aquel cabello negro y doblar el esbelto cuerpo bajo el suyo. Entrecerró los ojos y su imagen del espejo le devolvió una mirada hambrienta.

Dio media vuelta y sacó del bolsillo el cheque de cuarenta millones de francos. Lo dobló varias veces y después abrió la puerta y miró a ambos lados del pasillo. Con la puerta abierta de par en par y el oído atento ante posibles pasos o el sonido del ascensor, se puso a trabajar con un pequeño destornillador.

Cinco minutos después dio una última ojeada a su obra, repuso en la pitillera los cigarrillos que faltaban y salió. Cerró la puerta con llave, recorrió el pasillo, cruzó el vestíbulo y salió a la luz de la luna.

CAPÍTULO 14 - ¿«*La vie en rose*»?

La entrada de *Le roi galant* era un marco dorado de unos dos metros de ancho que quizá en el pasado había encerrado el enorme retrato de algún noble europeo. Se hallaba en un discreto rincón de la «cocina», la sala de las ruletas públicas y de las mesas de *boule*, donde aún quedaba gente jugando. Mientras cogía a Vesper del brazo para ayudarla a traspasar el escalón dorado, Bond superó la tentación de pedir dinero en caja para cubrir de apuestas máximas la mesa más cercana. Sabía que hubiera sido un gesto insolente y barato *pour épater la bourgeoisie*. Ganase o perdiese, hubiera sido hacer un *desaire* a la suerte que le había sido concedida.

La sala de fiestas era pequeña y oscura, iluminada únicamente por velas de candelabros dorados cuya cálida luz multiplicaban los espejos de pared también enmarcados en oro. Las paredes estaban tapizadas de oscura seda roja, y las sillas y las banquetas, de felpa del mismo color. Al fondo, en un rincón, un trío formado por un piano, una guitarra eléctrica y una batería tocaba *La vie en rose* con tenue delicadeza. Había una atmósfera íntima y vibrante que rezumaba seducción. A Bond le pareció que todas las parejas debían de estar tocándose con pasión por debajo de las mesas.

Les dieron una mesa apartada cerca de la puerta. Bond pidió una botella de Veuve Clicquot y huevos revueltos con tocino.

Estuvieron escuchando la música un rato. Luego Bond se volvió hacia Vesper.

—Resulta fantástico estar sentado aquí contigo sabiendo que el trabajo ha terminado ya. Es un precioso final para el día, como la recogida de los premios.

Esperaba que Vesper sonriera.

—Sí, claro —dijo ella con una voz algo fría. Parecía concentrada en la música, un codo apoyado en la mesa y la barbilla reposando sobre la mano, pero no sobre la palma, sino sobre el dorso. Bond observó que tenía los nudillos blancos como si estuviera apretando el puño.

Entre el pulgar y los dos dedos siguientes de la mano derecha Vesper sostenía uno de los cigarrillos de Bond como el artista que sostiene un lápiz. Aunque fumaba con compostura, de vez en cuando golpeaba el cigarrillo contra el cenicero sin que hubiera ceniza que hacer caer.

Bond se fijó en todos esos detalles porque se sentía fuertemente atraído por ella y quería arrastrarla hacia el calor y la sensualidad relajada que él experimentaba. Pero aceptó sus reservas. Pensó que se debían a un deseo de protegerse de él, o que era su reacción a la frialdad con que él la había tratado unas horas antes; a su deliberada indiferencia, que sabía que ella había interpretado como un *desaire*.

Esperó con paciencia. Bebió champán y comentó por encima los acontecimientos del día, las personalidades de Mathis y Leiter y las posibles consecuencias para Le

Chiffre. Fue discreto y sólo habló de los aspectos del caso de los cuales posiblemente ella habría sido informada en Londres.

Vesper respondió de forma mecánica. Dijo que, por supuesto, habían vigilado a los dos pistoleros, pero que no habían sospechado nada cuando el hombre del bastón se colocó detrás de él. Jamás hubieran imaginado que intentarían algo en el mismo casino. En cuanto Bond y Leiter se fueron hacia el hotel, ella telefoneó a París para contarle al representante de M el resultado de la partida. Tuvo que hablar con cautela y su interlocutor cortó la comunicación sin hacer comentarios. Le dijeron que llamara, con independencia del resultado. M pidió que le pasaran la información personalmente a él en cualquier momento del día o de la noche.

No dijo nada más. Bebía de su copa sin dedicar casi ninguna mirada a Bond ni sonreír. Él se sentía frustrado. Bebió mucho champán y pidió otra botella. Llegaron los huevos revueltos y comieron en silencio.

A las cuatro, Bond estaba a punto de pedir la cuenta cuando el *maitre* acudió a su mesa y preguntó por la señorita Lynd. Le tendió una nota que ella leyó a toda prisa.

—No es nada, sólo Mathis —dijo—. Me pide que vaya al vestíbulo porque tiene un mensaje para ti. Supongo que no lleva traje de etiqueta o algo por el estilo. Enseguida vuelvo. Y entonces quizá podríamos retirarnos. —Le dirigió una sonrisa cansada.— Me temo que esta noche no resulto muy buena compañía. Ha sido un día muy agitado, lo siento.

Bond respondió con un cumplido y se levantó, empujando la mesa hacia atrás.

—Pediré la cuenta —dijo. La miró subir los escalones de la salida.

Se sentó y encendió un cigarrillo. Se sintió vacío. De pronto se dio cuenta de lo cansado que estaba. La falta de ventilación del lugar lo agobiaba como lo había agobiado en el casino la madrugada del día anterior. Pidió la cuenta y bebió un último sorbo de champán. Sabía amargo, como ocurre siempre con el primer trago de más. Le hubiera gustado ver el sonriente rostro de Mathis y oír de su boca las novedades, o incluso alguna palabra de felicitación.

De pronto, la nota para Vesper se le reveló extraña. Aquélla no era la manera de actuar de Mathis. Los habría citado a los dos en el bar del casino o se habría reunido con ellos en la sala de fiestas, sin importarle qué ropa llevaba. Hubieran reído un poco juntos, y Mathis estaría excitado porque tenía mucho que contar a Bond, más de cuanto Bond tenía que contarle a él: la detención del búlgaro, que quizá había seguido hablando; la persecución del hombre del bastón; los movimientos de Le Chiffre al salir del casino...

Bond reaccionó. Pagó con apremio la cuenta y no esperó el cambio. Apartó la mesa y se precipitó hacia la salida sin responder a las despedidas del *maitre* y del portero.

Cruzó rápidamente el salón de juegos y examinó de arriba a abajo el largo

vestíbulo. Lanzó una maldición y apresuró el paso. Sólo quedaban un par de encargados y algunos hombres y mujeres vestidos de etiqueta ante el guardarropa.

Ni rastro de Vesper; ni rastro de Mathis.

Caminaba casi corriendo. Salió a la entrada y miró a izquierda y derecha de la escalinata y entre los pocos coches que quedaban.

El portero se le acercó.

—¿Desea un taxi, *monsieur*?

Bond lo apartó con un gesto del brazo y empezó a descender los peldaños, mirando fijamente hacia las sombras, sintiendo el frío aire de la noche en las sudorosas sienes.

Estaba a medio camino cuando oyó un grito apagado, seguido de un portazo de coche a su derecha, en la distancia. Con un seco quejido y el traqueteo del tubo de escape, un Citroen de grandes cejas salió de entre las sombras y se plantó bruscamente bajo la luz de la luna, haciendo derrapar la rueda delantera sobre la gravilla suelta del antepatio.

La parte de atrás del coche se mecía sobre los blandos amortiguadores como si en el asiento trasero se estuviera produciendo una violenta pelea.

El coche se lanzó con un gruñido hacia la ancha puerta de entrada levantando tras él una estela de gravilla. Un objeto pequeño y negro saltó por una de las ventanillas traseras y cayó con un ruido sordo sobre un macizo de flores. Se oyó el grito del caucho torturado cuando los neumáticos salieron al bulevar con un brusco giro a la izquierda. Luego el eco ensordecedor del tubo de escape de un Citroen en segunda, el golpe de un cambio forzado y el ruido que se apagaba rápidamente en la distancia a medida que el coche se alejaba entre las tiendas de la calle mayor en dirección a la carretera de la costa.

Bond sabía que lo que iba a encontrar entre las flores era el bolso de noche de Vesper.

Corrió por la gravilla con él en la mano hasta los escalones iluminados y revolvió su contenido mientras el portero merodeaba a su alrededor.

Entre el habitual contenido femenino estaba la nota arrugada.

<>«¿Puede salir al vestíbulo un momento? Tengo noticias para su compañero.

RENE MATHIS»

CAPÍTULO 15 - *La liebre negra y el galgo gris*

Era la falsificación más burda que había visto nunca.

Bond salió corriendo hacia el Bentley, bendiciendo el impulso que le había hecho cogerlo después de cenar. Con el aire estrangulado al máximo, el motor respondió de inmediato al arranque y su rugido ahogó las titubeantes palabras del portero, que se apartó de un salto cuando las ruedas traseras escupieron gravilla contra las perneras ribeteadas de sus pantalones.

Mientras el coche basculaba hacia la izquierda, ya fuera de la entrada del casino, Bond echó en falta la tracción delantera y el bastidor bajo de los coches Citroen. Subió rápidamente las marchas y se acomodó para la persecución, saboreando brevemente el eco del gran tubo de escape que rebotaba desde ambos lados de la corta calle mayor que atravesaba la población.

No tardó en salir a la carretera de la costa, una ancha vía que cruzaba las dunas de arena y que, según había comprobado durante el paseo de aquella mañana, tenía un firme excelente y una buena señalización nocturna en las curvas. Apretó con fuerza el acelerador, poniendo el coche primero a ciento veinte y luego a ciento cincuenta. Los enormes faros Marchal perforaban un blanco y seguro túnel de casi ochocientos metros de largo entre los muros de la noche.

Sabía que el Citroen había tomado aquel camino. Lo había oído salir del pueblo y en las curvas todavía se observaba polvo flotando en el aire. Esperaba ver pronto el lejano haz de sus faros. Hacía una noche serena y clara. Sólo en el mar debía de haber una ligera bruma de verano, porque de vez en cuando le llegaba el sonido de las sirenas de niebla mugiendo en el mar como reses de hierro.

Mientras conducía, fustigando a su coche para que fuese cada vez más rápido a través de la noche, con otra parte de la mente maldecía a Vesper, y a M por haberla enviado a aquella misión.

Estaba pasando lo que tanto había temido. ¡Estúpidas mujeres que creían que podían hacer el trabajo de un hombre! ¿Por qué demonios no se quedaban en casa y se ocupaban de sus cacharros, sus vestiditos y sus chismes y dejaban a los hombres los trabajos de hombres? ¡Que le ocurriera eso a él justo ahora, cuando el trabajo había acabado tan bien! ¡Que Vesper hubiera caído en una trampa tan vieja y se hubiera dejado secuestrar! Y era posible que pidieran un rescate por ella ¡como si fuese la boba heroína de alguna historieta! ¡La muy imbécil!

Le hervía la sangre al pensar en qué lío estaba metido.

Por supuesto, la intención era un intercambio evidente. Ella a cambio del cheque de cuarenta millones. Pues bien, él no jugaría; ni siquiera se lo plantearía. Vesper pertenecía al Servicio y sabía a qué se enfrentaba. Bond ni siquiera pensaba preguntar a M. La misión era más importante que ella. ¡Mala suerte! Era una buena chica, pero

él no tenía la menor intención de caer en aquella trampa infantil, nada de eso. Intentaría alcanzar el Citroen y resolverlo todo a tiros, y si ella recibía alguno, mala suerte también. Él ya habría cumplido intentando rescatarla antes de que la llevaran a algún escondite. Y si no los alcanzaba, volvería al hotel y se iría a dormir sin pensar más en el asunto. Al día siguiente preguntaría a Mathis dónde estaba Vesper y le enseñaría la nota. Si a Le Chiffre se le ocurría presionarlo pidiéndole el dinero a cambio de la muchacha, Bond no haría nada ni se lo diría a nadie. Y ella tendría que aguantarse. Si el portero salía con la historia de lo que había visto, Bond les contaría que habían bebido mucho y habían tenido una escena.

La mente de Bond seguía analizando enfurecida el problema mientras él precipitaba el enorme coche por la carretera de la costa, tomando las curvas de forma automática y vigilando por si había carros o ciclistas de camino hacia Royale. En las rectas, el sobrealimentador Amherst Villiers hincaba las espuelas en los veinticinco caballos del Bentley y el motor lanzaba un agudo grito de dolor en la noche. Aquello multiplicaba las revoluciones hasta que el velocímetro marcaba los ciento ochenta o incluso los doscientos kilómetros por hora.

Tenía que estar acortando distancias. El Citroen, con lo cargado que iba, no podía superar los ciento veinte ni siquiera en aquella carretera. En un impulso redujo a ciento diez, encendió los faros antiniebla y apagó los Marchal. Sí, estaba seguro, sin el cegador telón de sus propias luces vio el resplandor de otro coche a unos dos kilómetros hacia la costa.

Tanteó bajo el salpicadero y, de una pistolera secreta, sacó un Colt Army Special de cañón largo y calibre 45, que dejó en el asiento de al lado. Con él, si el firme de la carretera le era favorable, esperaba acertar a los neumáticos o al depósito de gasolina del Citroen a una distancia de hasta un kilómetro.

Volvió a poner las luces largas y lanzó el coche con un rugido. Se sentía tranquilo y cómodo. El problema de la vida de Vesper ya no era tal. A la luz azulada del salpicadero, su rostro estaba grave pero sereno.

Más adelante, en el Citroen, iban tres hombres y la joven.

Conducía Le Chiffre, con su enorme y fluido cuerpo inclinado hacia delante y las manos, ligeras y delicadas, sobre el volante. Junto a él se sentaba el hombre achaparrado que había llevado el bastón en el casino. Con la mano izquierda empuñaba una gruesa palanca que sobresalía a su lado casi a nivel del suelo; parecía una palanca para ajustar el asiento del conductor.

En el asiento trasero se recostaba el pistolero alto y delgado, mirando relajado hacia el techo, al parecer sin el menor interés por la brutal velocidad del coche. Su mano derecha acariciaba el desnudo muslo izquierdo de Vesper, que yacía a su lado.

Aparte de las piernas, que estaban al aire hasta las caderas, Vesper no era más que un fardo. Le habían levantado la larga falda de terciopelo negro por encima de los

brazos y de la cabeza y la habían atado con un trozo de cuerda. Donde tenía la boca habían rasgado una pequeña abertura en el terciopelo para que pudiera respirar. No estaba atada de ninguna otra forma y permanecía callada mientras su cuerpo acompañaba indolente el balanceo del coche.

Le Chiffre estaba concentrado por partes iguales en la carretera y en el resplandor de los faros de Bond que se avecinaban imparables en el retrovisor. No pareció inquietarle que la distancia entre la liebre y el galgo fuera de menos de un kilómetro. Incluso redujo la velocidad de ciento veinte kilómetros por hora a menos de cien. Tras doblar una curva, aminoró aún más. A unos trescientos metros, un letrero de Michelin anunciaba el cruce con una pequeña carretera comarcal.

—*Attention* —dijo con sequedad al hombre que se sentaba junto a él.

La mano del hombre se aferró a la palanca.

A cien metros del cruce, Le Chiffre redujo a cuarenta por hora. En el retrovisor vio cómo los grandes faros de Bond iluminaban la curva.

Le Chiffre se decidió.

—*Allez*.

Su copiloto alzó con brusquedad la palanca. El maletero del coche se abrió, bostezando como la boca de una ballena. Se oyó un estrépito metálico sobre la carretera seguido de un rítmico cencerreo, como si el coche arrastrara largas cadenas.

—*Coupez*.

El hombre bajó la palanca de golpe y el cencerreo se interrumpió con otro estrépito final.

Le Chiffre volvió a mirar el retrovisor. El coche de Bond estaba entrando en la curva. Le Chiffre cambió de velocidad sin embragar y precipitó el Citroen a una estrecha carretera secundaria de la izquierda al tiempo que apagaba los faros.

Detuvo el automóvil en seco. Los tres hombres salieron de él a toda velocidad y, ocultándose detrás de un seto, corrieron de vuelta al cruce, ahora furiosamente iluminado por los faros del Bentley. Cada uno llevaba un revólver, y el más delgado sostenía además lo que parecía un huevo grande y negro en la mano derecha.

El Bentley se lanzó hacia ellos como un tren expreso.

CAPÍTULO 16 - *La carne estremecida*

Mientras tomaba la curva a toda velocidad, haciendo que el gran coche se adaptara suavemente al peraltado con un fácil balanceo del cuerpo y las manos, Bond preparaba su plan de acción para cuando la distancia entre ambos vehículos se hubiera reducido aún más. Imaginó que el conductor enemigo intentaría esquivarle metiéndose por la primera carretera secundaria que encontrara. Por eso, cuando no vio ninguna luz por delante tras doblar la curva, su reflejo lógico fue soltar el acelerador y prepararse para frenar al aparecer ante él un letrero de Michelin.

Iba a menos de cien kilómetros por hora cuando vio una mancha negra en la parte derecha de la carretera, pero él la atribuyó a la sombra de algún árbol del arcén. En cualquier caso, tampoco hubiera tenido tiempo para salvarse. Una esterilla de brillantes clavos de acero se hizo visible de forma súbita bajo la aleta izquierda; un segundo después, el coche estaba encima.

Automáticamente, Bond pisó el pedal del freno y tensó todos sus músculos sobre el volante para corregir el brusco e inevitable deslizamiento hacia la izquierda. Pero sólo pudo controlar el coche durante una fracción de segundo. Al saltar el caucho de las ruedas del lado izquierdo y dejar las llantas rasgando el asfalto durante un instante, el pesado coche se atravesó en la carretera con un derrape desgarrador, chocó contra el terraplén con un golpe que derribó a Bond al suelo del vehículo y luego, enfocando otra vez la carretera, se alzó con lentitud sobre sus cuartos traseros, con las ruedas delanteras girando en el aire y los grandes faros registrando el firmamento. Por un segundo, apoyado sobre el depósito de gasolina, el coche pareció dirigirse al cielo como una gigantesca mantis religiosa. Después fue cayendo hacia atrás y golpeó contra el asfalto con un enorme estrépito de astillas y fragmentos de carrocería y vidrio.

En el silencio sepulcral, la rueda anterior derecha susurró un momento, emitió un breve quejido y se calló.

Le Chiffre y sus dos hombres tenían que recorrer sólo unos metros desde su escondite.

—Guardad las pistolas y sacadlo —ordenó con brusquedad—. Yo os cubriré. Con cuidado, no quiero un cadáver. Y deprisa, que está amaneciendo.

Los dos hombres se arrodillaron. Uno sacó un largo cuchillo, recortó un buen trozo de lona de un lado de la capota y cogió por los hombros a Bond, que estaba inconsciente e inmovilizado. El otro se coló entre el coche volcado y el terraplén y se introdujo por el retorcido marco de la ventanilla. Liberó las piernas de Bond, que estaban atrapadas entre el volante y la capota del coche. Luego lo extrajeron con dificultad a través del agujero de la capota.

Cuando lograron tumbarlo sobre la calzada, ambos hombres estaban cubiertos de

sudor, polvo y grasa.

El más delgado comprobó el corazón de Bond y le dio una fuerte bofetada en cada mejilla. Bond gruñó y movió una mano. El hombre delgado lo abofeteó otra vez.

—Ya basta —dijo Le Chiffre—. Atadle las manos y metedlo en el coche. Toma. —Lanzó un rollo de cable hacia el hombre.— Antes vacíale los bolsillos y pásame su pistola. Puede que lleve más armas, pero ya se las quitaremos después.

Recogió los objetos que el hombre delgado le tendió y los metió junto con la Beretta de Bond en sus amplios bolsillos sin siquiera examinarlos. Dejó a los hombres trabajando y se fue de vuelta al coche. Su rostro no mostraba ni placer ni emoción.

Bond volvió en sí al sentir la aguda dentellada del cable en sus muñecas. Aunque le dolía todo el cuerpo como si lo hubieran apaleado con una porra de madera, cuando lo levantaron de un tirón y lo empujaron hacia la estrecha carretera secundaria donde el motor del Citroen ya ronroneaba, Bond comprobó que no tenía ningún hueso roto. Sin embargo, no estaba para hacer ningún intento desesperado de huida y se dejó arrastrar hasta el asiento trasero del coche sin oponer resistencia.

Se sentía profundamente abatido y débil, tanto de espíritu como de cuerpo. Había recibido muchos golpes bajos en las últimas veinticuatro horas y aquel último embate del enemigo le parecía casi definitivo. Esa vez no habría milagros: nadie sabía dónde estaba y nadie lo echaría de menos hasta bien entrada la mañana. No tardarían mucho en encontrar lo que quedaba del coche, pero necesitarían horas para averiguar a quién pertenecía.

¿Y Vesper? Miró a su derecha más allá del hombre delgado, que se había recostado con los ojos cerrados. Su primera reacción fue de desprecio: aquella tonta se había dejado atar como un pollo, con la falda arremangada sobre la cabeza, como si todo aquello no fuera más que una broma de colegio. Luego se compadeció de ella al mirar sus piernas desnudas, que parecían las de una niña indefensa.

—Vesper —dijo en voz baja.

No hubo respuesta desde el fardo arrinconado y, por un momento, Bond tuvo un mal presentimiento, pero la vio moverse un poco.

En ese mismo instante, el hombre delgado le dio un fuerte revés a la altura del corazón.

—Silencio.

Bond se dobló por el dolor y también para protegerse de otro revés, pero lo único que consiguió fue un golpe en la nuca que lo hizo arquearse hacia atrás expulsando el aire entre los dientes con un silbido.

El hombre delgado le había propinado un seco golpe profesional con el canto de la mano. Había algo letal en su precisión y en su ausencia de esfuerzo. Ahora estaba otra vez recostado con los ojos cerrados. Aquel hombre daba miedo, era perverso.

Bond deseó tener la oportunidad de matarle.

De pronto el maletero del coche se abrió y se oyó un fuerte ruido de metal. Bond supuso que habían estado esperando a que el tercer hombre recuperara la cota de mallas con clavos. Imaginó que era una adaptación de los dispositivos claveteados que la Resistencia utilizó contra los coches militares alemanes.

Volvió a pensar en la eficacia de aquella gente y en lo ingenioso que era el material que utilizaban. ¿Acaso M había infravalorado sus recursos? Reprimió el deseo de echar la culpa a Londres. Era él quien debería de haberlo sabido, el que tenía que haberse percatado de pequeñas pistas y haber tomado un millón de precauciones más. Se estremeció al recordar cómo se había inundado de champán en *Le roi galant* mientras el enemigo preparaba el contraataque. Se maldijo a sí mismo y maldijo la arrogancia que le había hecho dar por seguras su victoria y la huida del enemigo.

Durante todo aquel tiempo, Le Chiffre no había dicho ni una palabra. En cuanto cerró el maletero, el tercer hombre, que Bond reconoció enseguida, se sentó junto al conductor y éste echó marcha atrás con furia regresando a la carretera principal. Luego desplazó de un solo golpe la palanca de cambios por todo su recorrido y en un segundo se puso a ciento diez siguiendo la costa.

Estaba amaneciendo; debían de ser las cinco, según juzgó Bond mientras pensaba que a dos o tres kilómetros de allí empezaba el camino de la villa de Le Chiffre. No se le había ocurrido que llevarían a Vesper a ella. Se dio cuenta de que Vesper no era más que la sardina para pescar al atún, vio con claridad toda la escena. Y era muy desagradable. Por primera vez desde su captura, Bond sintió un estremecimiento de miedo.

Diez minutos después, el Citroen dio un bandazo a la izquierda, recorrió unos doscientos metros de un camino invadido por la hierba y atravesó un par de columnas de estuco estropeadas que daban entrada a un descuidado jardín rodeado por una tapia alta. Se pararon ante una puerta blanca desconchada. Encima del timbre oxidado que había en el umbral y escrito en pequeñas letras de cinc sobre madera se podía leer: *Les Noctambules* y, debajo, *Sonnez SVP*.

Por lo que Bond pudo ver de la fachada de cemento, era una construcción típica de la costa francesa. Se imaginó a alguna mujer de la limpieza enviada por la agencia inmobiliaria de Royale barriendo a toda prisa las moscardas muertas de cara al alquiler estival y ventilando un poco las habitaciones con olor a cerrado. Cada cinco años blanquearían las paredes interiores y la carpintería exterior y durante unas semanas la villa presentaría una cara sonriente al mundo. Luego las lluvias del invierno harían su trabajo, junto con las moscas apresadas, y la villa recuperaría enseguida su aspecto abandonado.

Sin embargo, pensó Bond, aquella mañana la casa iba a prestarse de maravilla a

las intenciones de Le Chiffre, si eran las que él suponía. Desde su captura, no habían pasado ante ninguna otra casa y, por lo que vio el día anterior, sólo había alguna que otra granja perdida varios kilómetros más al sur.

Mientras el hombre delgado lo apremiaba para que saliera del coche atizándole un codazo en las costillas, Bond pensó que Le Chiffre disponía de varias horas para tenerlos a los dos sin ser molestado. Sintió otro estremecimiento.

Le Chiffre abrió la puerta con llave y desapareció en el interior. Vesper, con un aspecto terriblemente indecente a aquellas horas de la mañana, entró tras él empujada, entre un torrente de obscenidades en francés, por el hombre que Bond había distinguido como «el corso». Bond pasó tras ellos sin darle al hombre delgado la oportunidad de azuzarlo.

La llave de la puerta principal dio dos vueltas en la cerradura.

Le Chiffre estaba de pie en el umbral de una habitación a mano derecha. Hizo a Bond un ademán con el dedo que fue como la muda invitación silenciosa de una araña.

A Vesper la conducían por un pasillo hacia la parte de atrás de la casa. Bond se decidió de pronto.

Dio una salvaje patada a las espinillas del hombre delgado, que emitió un silbido de dolor, y se lanzó por el pasillo tras la joven. No tenía más armas que los pies, y su único plan era hacer el máximo daño posible a los dos pistoleros y poder cruzar unas palabras rápidas con ella. No había otro plan posible. Sólo quería decirle que no se rindiera.

Cuando el corso se volvió por el ruido, Bond, que lo había alcanzado ya, le lanzó una patada a la entrepierna con el pie derecho.

Como un relámpago, el corso pegó la espalda contra la pared del pasillo, y cuando el pie de Bond pasó silbando frente a su cadera, él, con tremenda rapidez y cierta delicadeza, disparó la mano izquierda, se lo aferró por el empeine y lo retorció con violencia.

Perdido el equilibrio por completo, el otro pie de Bond abandonó el suelo. El cuerpo entero dio una vuelta en el aire y, lanzado por el impulso de la carrera, se estrelló de costado contra el suelo.

Se quedó unos instantes tumbado, sin respiración, hasta que el hombre delgado llegó, lo izó por el cuello y lo empujó contra la pared. Llevaba una pistola en la mano. Lanzó una mirada inquisitiva a los ojos de Bond y luego, sin prisas, se agachó y le dio un cruel latigazo en las espinillas con el cañón de la pistola. Bond gimió y arqueó las rodillas.

—La próxima vez, te la pasaré por los dientes —dijo el hombre en mal francés.

Se oyó un portazo: Vesper y el corso habían desaparecido. Bond se volvió hacia su derecha. Le Chiffre había salido a medio pasillo y volvió a llamarle con el dedo.

Luego se dirigió a él por primera vez.

—Vamos, amigo. Estamos perdiendo el tiempo.

Hablaba inglés sin el menor acento, con voz baja, suave y pausada. No mostraba emoción alguna. Podía haber sido un médico haciendo pasar al siguiente paciente desde la sala de espera, a un paciente histérico que se hubiera puesto a discutir con la enfermera.

Bond se sintió de nuevo débil e impotente. Sólo un experto en jiu-jitsu habría podido manejarle con la economía y la falta de esfuerzo del corso. Y la fría precisión con que el hombre delgado le había pagado con la misma moneda también había sido serena, incluso artística.

Bond regresó por el pasillo casi con docilidad. Lo único que había ganado con su torpe gesto de resistencia contra aquella gente eran unos cuantos cardenales más.

Mientras cruzaba el umbral de la habitación por delante del hombre delgado, supo que estaba total y absolutamente en poder de aquellos hombres.

CAPÍTULO 17 - «Querido muchacho»

Era una habitación grande y desnuda, pertrechada con unos pocos muebles de estilo art nouveau barato. Era difícil saber si se trataba de una sala de estar o de un comedor, ya que la pared opuesta a la puerta estaba ocupada casi por completo por un endeble aparador de espejos ataviado con un frutero de cerámica cuarteada naranja y dos candelabros de madera pintada, en contradicción con el sofá rosa descolorido que había en el otro extremo de la habitación.

En el centro, bajo la lámpara de techo alabastrina, no había ninguna mesa, sólo una pequeña y manchada alfombra cuadrada de estampado futurista en tonos marrones.

Al otro lado, junto a la ventana, había un sillón con forma de trono y aspecto incongruente, de roble tallado y con asiento de terciopelo rojo; una mesilla con una jarra de agua vacía y dos vasos; y una silla de brazos con asiento redondo de mimbre y sin cojín.

Unas persianas a medio cerrar oscurecían la vista desde la ventana, pero derramaban franjas de luz matutina sobre los escasos muebles y sobre parte de la pared empapelada en colores vivos y del suelo de madera barnizado en marrón.

Le Chiffre señaló la silla de mimbre.

—Ésta nos servirá —dijo al hombre delgado—. Prepáralo de prisa. Si se resiste, no le hagas mucho daño.

Se volvió hacia Bond. Su enorme rostro no transmitía expresión alguna, ni sus ojos redondos el menor interés.

—Desnúdate. Cada vez que te resistas, Basil te romperá un dedo. Somos gente seria y tu salud no nos importa lo más mínimo. Que vivas o mueras dependerá del resultado de la conversación que vamos a tener dentro de un momento.

Hizo un gesto al hombre delgado y salió de la habitación.

La primera acción del hombre delgado fue muy curiosa. Abrió la navaja que había utilizado para rajarse la capota del coche de Bond, cogió la silla de brazos y, con un rápido movimiento, recortó el asiento de mimbre.

Regresó hacia Bond guardándose la navaja todavía abierta en el bolsillo interior de la chaqueta como si fuera un bolígrafo. Lo giró de frente a la luz y le desató el alambre de las muñecas. Luego se apartó ágilmente y la navaja reapareció en su mano derecha.

—Vite.

Bond se quedó frotándose las doloridas muñecas y analizando cuánto tiempo ganaría si se resistía. Se demoró sólo un segundo. De una rápida zancada y con un movimiento de arriba a abajo de la mano que tenía libre, el hombre delgado le aferró el cuello de la chaqueta y lo empujó hacia abajo, inmovilizándole los brazos. Bond

respondió con el contraataque tradicional a aquella vieja llave policial dejándose caer sobre una rodilla, pero el hombre también se dejó caer con él desplazando al mismo tiempo la navaja sobre su espalda. Bond sintió el paso de la hoja por su columna vertebral. Se oyó el siseo que produce una cuchilla afilada sobre tejido y los brazos de Bond quedaron libres de repente al caer hacia delante las dos mitades de la chaqueta.

Lanzó una maldición y se incorporó. El hombre delgado volvía a estar donde antes, con la navaja dispuesta en la mano relajada. Bond dejó que las dos mitades del esmoquin se desprendieran de sus brazos y cayeran al suelo.

—*Allez* —dijo el hombre delgado con un ápice de impaciencia.

Bond le clavó la mirada y empezó a quitarse la camisa con lentitud.

Le Chiffre entró en silencio. Llevaba un tazón con algo que olía a café y lo dejó en la mesilla junto a la ventana. A su lado puso otros dos objetos domésticos: un sacudidor de alfombras de mimbre de un metro de largo y un cuchillo de cocina.

Se acomodó en el sillón con forma de trono y se sirvió café en uno de los vasos. Atrapó con el pie la silla de brazos, en cuyo asiento sólo quedaba un marco circular vacío, y la desplazó hasta ponerla justo delante de él.

Bond estaba completamente desnudo en mitad de la habitación, con el blanco cuerpo cubierto de oscuros moretones y el rostro convertido en una máscara gris de agotamiento y conocimiento de lo que estaba por venir.

—Siéntate ahí —dijo Le Chiffre señalando la silla con el mentón.

Bond caminó hasta ella y se sentó.

El hombre delgado sacó un rollo de cable y le ató las muñecas a los brazos de la silla y los tobillos a las patas delanteras. Dio dos vueltas de cable sobre el pecho, bajo las axilas y a través del respaldo de la silla. No se equivocó ni una sola vez con los nudos ni dejó juego en ninguna de las vueltas. Todas ellas se hincaban en la carne de Bond. Las patas de la silla estaban muy separadas, por lo que Bond ni siquiera podía balancearla.

Era su absoluto prisionero, desnudo e indefenso.

Las nalgas y las partes bajas de su cuerpo colgaban a través del asiento vacío.

Le Chiffre hizo un gesto con la cabeza al hombre delgado, que salió en silencio de la habitación y cerró la puerta tras él.

En la mesilla había un paquete de Gauloises y un encendedor. Le Chiffre encendió un cigarrillo y bebió un sorbo de café del vaso. Luego cogió el sacudidor y, acomodando el mango sobre la rodilla, apoyó en el suelo el trébol de mimbre plano, ubicándolo directamente debajo de la silla de Bond.

Dirigió una mirada lenta, casi afectuosa, a Bond. De pronto, bajó secamente la muñeca contra la rodilla.

El resultado fue sorprendente.

El cuerpo entero de Bond se arqueó con un espasmo involuntario. Su rostro se contrajo en un grito mudo y los labios se alejaron de los dientes. Al mismo tiempo, la cabeza se fue hacia atrás dejando ver los tendones del cuello. Por un momento, todos los músculos del cuerpo descollaron formando nudos y los dedos de pies y manos se crisparon hasta volverse blancos. Después, el cuerpo se distendió y empezaron a aflorar gotas de sudor por todos los poros de la piel. Bond emitió un gemido profundo.

Le Chiffre esperó a que abriera los ojos.

—¿Lo ves, querido muchacho? —Le dedicó una sonrisa blanda y gorda—. ¿Queda clara la posición?

Una gota de sudor cayó desde la barbilla de Bond sobre su pecho desnudo.

—En fin, pongámonos a trabajar y a ver si acabamos pronto con el desafortunado aprieto en que te has metido.

Aspiró el cigarrillo con despreocupación y dio un golpe de advertencia al suelo que había bajo la silla de Bond con su horrible y extravagante instrumento.

—Querido muchacho —Le Chiffre hablaba como un padre—, no nos es posible seguir jugando a indios y vaqueros. Se ha acabado. La adversidad ha querido que cayeras en un juego para mayores y ya has visto qué doloroso puede ser eso. No estás equipado, querido muchacho, para jugar con los adultos. Tu niñera de Londres cometió una imprudencia enviándote aquí con el cubo y la pala. Una gran imprudencia y una enorme desgracia para ti.

»Pero hay que dejarse de bromas, amigo mío, aunque estoy seguro de que te encantaría seguir escuchando mi bonito cuento con moraleja.

Abandonó el tono jocosos y le lanzó una mirada aguda y venenosa.

—¿Dónde está el dinero?

Los enrojecidos ojos de Bond le devolvieron una mirada vacía.

Otra vez el movimiento de la muñeca y de nuevo el arqueos y la contracción del cuerpo de Bond.

Le Chiffre esperó hasta que el torturado corazón aflojó su fatigoso bombeo y los ojos de Bond se entreabrieron.

—Tal vez conviene que me explique —dijo Le Chiffre—. Tengo la intención de seguir atacando esas partes sensibles de tu cuerpo hasta que respondas a mi pregunta. Soy un hombre sin piedad y no habrá tregua alguna. No hay nadie que lleve a cabo un rescate en el último minuto ni tienes la menor posibilidad de escapar. Esto no es un romántico relato de aventuras en que al final el villano cae vencido y el protagonista es condecorado y se casa con la chica. Por desgracia, esas cosas no ocurren en la vida real.

»Si persistes en tu obstinación, te torturaremos hasta llevarte al borde de la locura; después traeremos a la chica y empezaremos con ella delante de ti. Si eso no

basta, os mataremos a los dos de la forma más dolorosa posible y yo, muy a mi pesar, tendré que abandonar vuestros cadáveres y largarme al extranjero, a una cómoda casa que me está esperando. Una vez allí, buscaré un trabajo práctico y rentable y viviré en paz hasta una edad respetable al calor de una familia que sin duda formaré. Así que ya lo ves, querido muchacho, yo nada tengo que perder. Si me das el dinero, mucho mejor. Si no, me encogeré de hombros y emprenderé mi camino.

Se calló y levantó un poco la muñeca que tenía sobre la rodilla. La carne de Bond se encogió al ligero contacto con el mimbre.

—Sin embargo, tu única esperanza, amigo mío, es que yo te ahorre más dolor y te perdone la vida. Ésa es tu única esperanza, no tienes ninguna otra. ¿Y bien?

Bond cerró los ojos y esperó el dolor. Sabía que el principio de la tortura era lo peor. Hay una parábola de agonía. Un *crescendo* hasta un punto de inflexión en que los nervios se embotan y reaccionan cada vez menos, hasta que llega la inconsciencia y la muerte. Lo único que le quedaba por hacer era rezar para alcanzar ese punto de inflexión, rogar para que su ánimo resistiera tanto tiempo y luego aceptar el largo e inevitable descenso hasta el fundido negro final.

Algunos colegas que habían sobrevivido a las torturas de alemanes y de japoneses le habían contado que, hacia el final, llegaba un maravilloso momento de calor y languidez que conducía a una especie de semiexcitación sexual en que el dolor se convertía en placer y el odio hacia los torturadores en adicción masoquista. La prueba de voluntad más difícil, le dijeron, era saber ocultar aquella fase de embriaguez, porque, en cuanto la sospechaban, te mataban al momento para ahorrarse más esfuerzos inútiles, o dejaban que te recuperaras lo suficiente para que los nervios se contrajeran y regresaran al otro lado de la parábola. Entonces volvían a empezar.

Abrió un poco los ojos.

Le Chiffre había estado esperándolo, y el instrumento de mimbre brincó del suelo como una serpiente de cascabel. Le golpeó una y otra vez haciendo que Bond gritara y su cuerpo bailara en la silla como el de una marioneta.

Le Chiffre sólo desistió cuando los atormentados espasmos de Bond dieron muestra de laxitud. Esperó sentado un rato tomándose el café y frunciendo ligeramente el ceño como el cirujano que analiza un cardiograma durante una operación difícil.

Cuando los ojos de Bond parpadearon y se abrieron, su verdugo habló de nuevo, pero esta vez con tono impaciente.

—Sabemos que el dinero está en algún sitio de tu habitación —dijo—. Extendiste un cheque al portador de cuarenta millones de francos y sé que volviste al hotel a esconderlo.

Bond se preguntó por un momento cómo lo sabían con tanta certeza.

—En cuanto te fuiste hacia la sala de fiestas —prosiguió Le Chiffre—, cuatro de

mis agentes registraron tu habitación.

«Los Muntz debieron de ayudar», pensó Bond.

—Encontramos bastantes cosas en escondites muy infantiles. El flotador del retrete nos dio un interesante librito de códigos, y detrás del cajón, adheridos con cinta, encontramos más papeles tuyos. Desarmamos todos los muebles e hicimos jirones toda tu ropa, así como cortinas, sábanas y colchas. Registramos la habitación milímetro a milímetro y desmontamos todos los accesorios. Es nefasto para ti que no hayamos encontrado el talón. En caso contrario, ahora estarías cómodamente tumbado en la cama, quizá con la bella señorita Lynd, en lugar de encontrarte aquí. —Dio un latigazo.

En mitad de la roja niebla de dolor, Bond pensó en Vesper. Se imaginaba cómo la estarían usando los dos pistoleros. Le sacarían el máximo partido antes de que Le Chiffre mandara a por ella. Pensó en los gruesos y húmedos labios del corso y en la meticulosa crueldad del hombre delgado. ¡Pobre, haber sido arrastrada hasta aquello! ¡Pobre niña!

Le Chiffre estaba hablando otra vez.

—La tortura es algo horrible —decía mientras fumaba un cigarrillo recién encendido—, pero resulta muy fácil para el torturador, sobre todo cuando el paciente —sonrió ante la palabra— es un hombre. Verás, querido Bond, con un hombre no es muy necesario andarse con refinamientos. Con un instrumento tan sencillo como éste, o casi con cualquier otro objeto, es posible infligirle todo el daño posible o necesario. No creas en lo que se lee en los libros y las novelas sobre la guerra. Nada hay peor que esto. No es sólo la agonía inmediata, sino también la idea de que están destruyendo poco a poco tu virilidad y que al final, si no cedes, dejarás de ser un hombre.

»Eso, querido Bond, es una perspectiva triste y terrible; una larga agonía para el cuerpo y también para la mente, y luego el grito final con el que me rogarás que te mate. Todo eso será inevitable si no me dices dónde escondiste el dinero.

Puso un poco más de café en el vaso y, al beberlo, se manchó de marrón las comisuras de la boca.

Los labios de Bond temblaron. Intentaba decir algo. Al final le brotó una palabra en forma de áspero graznido:

—Beber—dijo, y la lengua salió a remojar los secos labios.

—Por supuesto, querido muchacho, qué mala educación la mía. —Le Chiffre sirvió café en el otro vaso. En el suelo, rodeando la silla de Bond, había un círculo de gotas de sudor.— Es fundamental mantenerte la lengua lubricada.

Depositó el mango del sacudidor en el suelo entre sus gruesas piernas y se levantó. Se puso detrás de Bond y, cogiéndole con una mano una mata de cabellos empapados, le dobló la cabeza bruscamente hacia atrás. Le vertió café en la garganta

en pequeñas cantidades para que no se atragantara. Luego le soltó la cabeza, que volvió a caer sobre el pecho. Regresó a la silla y recogió el sacudidor.

Bond levantó la cabeza y habló con la lengua pastosa.

—No es buen dinero. —Su voz fue un esforzado graznido.— La policía... te seguirá el rastro.

Exhausto por el esfuerzo, dejó caer la cabeza otra vez. Estaba exagerando un poco, pero sólo un poco, el alcance de su colapso físico. Cualquier cosa para ganar tiempo y cualquier cosa para demorar el siguiente dolor lacerante.

—¡Ah, querido amigo! He olvidado decírtelo. —Le Chiffre esbozó una sonrisa de lobo.— Nos encontramos después de la bonita partida que habíamos disputado en el casino y tú fuiste tan cortés que aceptaste jugar una ronda más entre los dos. Fue un gesto muy considerado, típico de un *gentleman* inglés.

»Por desgracia, perdiste y te lo tomaste tan a mal que decidiste abandonar Royale de inmediato con destino desconocido. Siendo tan caballeroso, antes me dejaste una nota explicándolo todo a fin de que yo no tuviera problemas a la hora de cobrar el cheque. ¿Lo ves, querido muchacho? Todo está planeado. No tienes por qué preocuparte por mí.

Se echó a reír agitando su gordo rostro.

—Bueno, ¿continuamos? Tengo todo el tiempo del mundo y, a decir verdad, me interesa bastante ver cuántas horas más es capaz de aguantar un hombre esta forma concreta de..., ¿cómo lo diría yo?, exhortación. —Sacudió el áspero mimbre contra el suelo.

Así que aquello era todo, pensó Bond, sintiendo hundirse el corazón definitivamente. El «destino desconocido» sería bajo tierra o bajo el mar o, quizá, más sencillo, bajo los restos del Bentley. Pues si tenía que morir de todas formas, al menos intentaría hacerlo a las bravas. No podía esperar que Mathis o Leiter acudieran a tiempo para salvarlo, pero al menos existía la posibilidad de que atraparan a Le Chiffre antes de que escapara. Debían de estar a punto de dar las siete; a esas horas ya tenían que haber encontrado el coche. Era elegir entre el fuego o las brasas, pero, cuanto más tiempo estuviera torturándole Le Chiffre, más probabilidades tendría él de que lo vengaran.

Bond levantó la cabeza y miró hacia Le Chiffre.

El blanco de porcelana de sus ojos estaba ahora surcado de venas rojas. Era como mirar dos grosellas confitadas en sangre. El resto del ancho rostro estaba amarillento, salvo donde el grueso y negro pelo de una barba incipiente cubría la piel húmeda. Las manchas de café en las comisuras de la boca prestaban una falsa sonrisa a su rostro, tenuemente rayado por la luz que atravesaba las persianas.

—No —dijo Bond llanamente—, vete a...

Le Chiffre gruñó y reemprendió su tarea con furia. De vez en cuando rugía

enseñando los dientes como un animal salvaje.

Diez minutos después, Bond se había desmayado, por fin.

Le Chiffre se detuvo de inmediato. Se secó el sudor de la frente con un movimiento circular de la mano que antes sostenía el sacudidor. Miró su reloj y pareció tomar una decisión.

Se levantó y se puso detrás de aquel cuerpo inerte y chorreante. No había color ni en el rostro de Bond ni en ningún otro punto por encima de la cintura. Se apreciaba un ligero temblor en la piel a la altura del corazón, único indicio de que no había muerto.

Le Chiffre le agarró las orejas y se las retorció con violencia. Luego se inclinó hacia él y le propinó varias bofetadas en las mejillas. La cabeza de Bond se desplazaba de un lado a otro con cada golpe. Poco a poco, su respiración se hizo más profunda y de su colgante boca desencajada brotó un gemido animal.

Le Chiffre cogió uno de los vasos y vertió algo de café en la boca de Bond y el resto en el rostro. Bond abrió los ojos con lentitud.

El otro regresó al sillón y esperó. Encendió un cigarrillo y contempló el charco de sangre salpicada formado en el suelo, bajo el cuerpo inerte que había ante él.

Bond volvió a gemir lastimosamente, con un sonido inhumano. Abrió los ojos por completo y miró con fijeza a su torturador.

—Ya está, Bond —dijo Le Chiffre—. Ahora acabaremos contigo. ¿Lo entiendes? No te mataremos, acabaremos contigo. Y luego traeremos a la chica y veremos si se puede sacar algo de lo que quede de vosotros dos.

Llevó la mano hacia la mesa.

—Ve diciéndole adiós, Bond.

CAPÍTULO 18 - *El rostro escarpado*

Fue extraordinario oír la tercera voz. El ritual de una hora se había basado únicamente en un diálogo a dos voces con el horrible ruido de la tortura como fondo. Los embotados sentidos de Bond apenas captaron aquella nueva voz. De repente, notó que recobraba el conocimiento, se dio cuenta de que veía y oía otra vez. Oyó el silencio de muerte que se produjo tras una sola palabra pronunciada en voz baja desde el umbral. Vio alzarse despacio la cabeza de Le Chiffre y cómo su expresión de asombro total, de desconcierto inocente, dejaba paso poco a poco a la del miedo.

—*Bassta* —había dicho la voz del umbral.

Bond oyó unos pasos lentos que se acercaban por detrás de su silla.

—*Tírralo* —dijo la voz.

Bond vio cómo la mano de Le Chiffre se abría obediente y cómo el cuchillo chocaba estrepitosamente contra el suelo.

Hizo un intento desesperado por leer en el rostro de Le Chiffre qué estaba pasando detrás de él, pero lo único que vio fue una incomprensión y un terror ciegos. La boca de Le Chiffre se esforzó, pero sólo fue capaz de emitir un pequeño chillido. Las gordas mejillas del hombre temblaban como si intentaran reunir suficiente saliva en la boca para decir algo, para preguntar algo. Sus manos hicieron el amago de moverse en el regazo. Una de ellas realizó un ligero movimiento hacia el bolsillo, pero retrocedió al instante. Le Chiffre había bajado sus ojos redondos y fijos durante una fracción de segundo y Bond supuso que había una pistola apuntándole.

Hubo un momento de silencio.

—¡SMERSH!

La palabra emergió casi como un suspiro. Brotó con una cadencia descendente como si ya no hubiese nada más que decir. Era la explicación final. La última palabra.

—No —dijo Le Chiffre—. No, yo ... —Su voz se fue apagando.

Quizá iba a dar explicaciones, a pedir disculpas, pero lo que debió de ver en el rostro del otro hizo que todo esfuerzo fuera vano.

—Tus dos hombres. Muertos. Eres un estúpido, un ladrón y un traidor. Me envían de la Unión Soviética para eliminarte. Tienes suerte, sólo dispongo del tiempo para matarte. Mis órdenes eran las de hacerte morir con el máximo dolor. No vemos fin a los problemas que has causado.

La grave voz calló y la habitación se quedó en silencio, con la excepción de la áspera respiración de Le Chiffre.

En algún lugar del exterior empezó a cantar un pájaro. Su canto llegó acompañado de otros pequeños ruidos típicos del despertar del campo. Las franjas de sol eran ahora más intensas, y en el rostro de Le Chiffre brillaba el sudor.

—¿Te declaras culpable?

Bond luchaba para no perder el conocimiento. Entornó los párpados e intentó mover la cabeza para despejarla, pero tenía todo el sistema nervioso entumecido, incapacitado para transmitir ningún mensaje a sus músculos. Apenas si podía mantener su atención en el rostro grande y pálido que tenía delante y en aquellos ojos salientes.

Un delgado hilo de saliva emergió de la boca abierta y quedó suspendido de la barbilla.

—Sí —dijo la boca.

Se oyó un chasquido, no más fuerte que el que haría una burbuja de aire al escaparse de un tubo de pasta dentífrica. Ningún otro sonido y, de repente, a Le Chiffre le salió otro ojo, un tercer ojo a la altura de los otros dos, justo donde nacía la gruesa nariz bajo la frente. Era un ojo pequeño y negro, sin pestañas ni cejas.

Durante un segundo, los tres ojos miraron hacia el otro extremo de la habitación. Luego todo el rostro pareció dislocarse y caer sobre una rodilla. Los dos ojos exteriores se dirigieron temblando hacia el techo. Después, la pesada cabeza cayó hacia un lado y el hombro derecho, seguido de todo el tronco, se desplomó sobre el brazo del sillón como si Le Chiffre fuera a vomitar. Pero el único movimiento que hubo fue el de los talones repiqueteando contra el suelo, nada más.

El alto respaldo del sillón miraba impassible el cuerpo muerto que tenía en su regazo.

Hubo un ligero movimiento detrás de Bond. Apareció una mano desde atrás que le cogió el mentón y lo empujó hacia arriba.

Por un momento, Bond vio el brillo de unos ojos que se escondían tras un estrecho antifaz negro. Le pareció vislumbrar un rostro escarpado bajo el ala de un sombrero, y el cuello de una gabardina marrón claro. No pudo captar nada más antes de que su cabeza recibiera un empujón hacia delante.

—Da gracias a la suerte —dijo la voz—. No tengo órdenes de matarte. En un día has salvado la vida dos veces. Pero dile a tu organización que SMERSH sólo es misericordiosa por casualidad o por error. En tu caso, te has salvado primero por casualidad y ahora por error, porque yo debería tener en mi poder la orden de matar a todo espía extranjero que merodeara en torno a ese traidor como las moscas con los excrementos.

»Pero te dejaré mi tarjeta de visita. Eres un jugador. Juegas a las cartas. Quizá algún día juegues contra uno de los nuestros. Conviene que se sepa que eres un espía.

Se oyeron unos pasos que lo rodearon hasta ponerse junto a su hombro derecho. Luego el chasquido de una navaja al abrirse. En la línea de visión de Bond apareció un brazo dentro de un tejido gris. Una mano peluda y grande que emergía de un sucio puño de camisa blanca sostenía un delgado estilete como si fuera un bolígrafo. El instrumento se quedó un momento suspendido sobre la mano derecha de Bond,

inmovilizada con cable al brazo de la silla. La punta del estilete practicó tres rápidos cortes, y un cuarto los atravesó por donde acababan, a poca distancia de los nudillos. La sangre que brotó dibujó una «M» invertida y empezó a gotear lentamente al suelo.

Aquel dolor no era nada comparado con el que Bond estaba sufriendo, pero fue suficiente para sumergirlo otra vez en la inconsciencia.

Los pasos se retiraron sin hacer ruido y cruzaron la habitación. Luego la puerta se cerró con suavidad.

En el silencio, los alegres sonidos de la mañana estival se colaron por la ventana cerrada. En el rincón izquierdo formado por la pared y el techo flotaban dos pequeñas manchas de luz rosada. Eran los reflejos que enviaban hacia arriba las estrías de sol de junio desde dos charcos de sangre separados por menos de un metro.

A medida que el día avanzó, las manchas rosadas fueron desplazándose poco a poco por la pared; y poco a poco también se hicieron más grandes.

CAPÍTULO 19 - *La tienda de campaña blanca*

Uno se encuentra a punto de despertarse cuando sueña que está soñando.

Durante los dos siguientes días, James Bond permaneció en aquel estado sin recuperar el conocimiento. Vio pasar por delante la procesión de sus sueños sin hacer esfuerzo alguno para interrumpir su secuencia, a pesar de que muchos de ellos resultaban terroríficos y de que todos eran dolorosos. Sabía que estaba en una cama, tumbado boca arriba, sin poder moverse, y en uno de sus momentos de semivigilia le pareció que había gente a su alrededor, pero no se esforzó en abrir los ojos para regresar al mundo.

Se sentía más seguro en la oscuridad y se aferraba a ella con fuerza.

En la mañana del tercer día despertó convulsionado, entre temblores y sudores, por una sangrienta pesadilla. Sintió una mano en la frente que él asoció con su sueño. Quiso alzar un brazo para golpear lateralmente al dueño de la mano, pero tenía ambos brazos inmovilizados, sujetos a los lados de la cama. Todo su cuerpo estaba atado, y algo parecido a un ataúd blanco le cubría desde el pecho hasta los pies, impidiéndole ver el final de la cama. Lanzó una retahíla de blasfemias, pero perdió todas sus fuerzas en el empeño y las palabras se apagaron en un sollozo. Sus ojos se inundaron de lágrimas de desolación y de autocompasión.

Una voz de mujer le estaba hablando y sus palabras penetraban en él de manera gradual. Parecía una voz amable y poco a poco fue dándose cuenta de que alguien lo consolaba, alguien que era amigo, no enemigo. Casi no podía creerlo, ¡estaba tan convencido de que seguía siendo un prisionero y de que la tortura se reanudaría en cualquier momento! Sintió que le pasaban por el rostro un paño frío que olía a lavanda y se hundió otra vez en sus sueños.

Cuando volvió a despertarse al cabo de algunas horas, todos sus terrores habían desaparecido y se sentía envuelto en una cálida languidez. El sol entraba a raudales en la alegre habitación y a través de la ventana llegaban sonidos del jardín y, de fondo, el ruido del mar acariciando una playa. Al mover la cabeza oyó que alguien se movía. Una enfermera que había estado sentada junto a su almohada se levantó y se puso en su línea de visión: era guapa y sonreía mientras le tomaba el pulso.

—Me alegro mucho de que al final se haya despertado. En la vida había oído un lenguaje tan horrible.

Bond le devolvió la sonrisa.

—¿Dónde estoy? —preguntó, sorprendiéndose de que su voz sonara tan firme y clara.

—En una clínica de Royale. Me han enviado desde Inglaterra para que me ocupe de usted. Somos dos; yo soy la enfermera Gibson. Ahora quédese tumbado porque tengo que comunicarle al doctor que se ha despertado. Ha permanecido inconsciente

desde que lo trajeron y nos tenía muy preocupados.

Bond cerró los ojos y se exploró el cuerpo mentalmente. Lo que más le dolía eran las muñecas y los tobillos, y la mano derecha, donde el ruso le había hecho los cortes. En el centro del cuerpo no sentía nada, supuso que porque le habían puesto anestesia local. El resto del cuerpo le dolía de forma imprecisa, como si le hubiesen pegado por todas partes. Sentía la presión de muchas vendas, y el cuello y el mentón sin afeitar le pinchaban contra las sábanas. De la intensidad de esa sensación deducía que llevaba al menos tres días sin afeitarse, lo que equivalía a dos días desde la mañana de la tortura.

Estaba preparando mentalmente una corta lista de preguntas cuando la puerta se abrió y por ella aparecieron un médico y la enfermera; detrás de ellos, la querida silueta de Mathis, un Mathis cuya amplia sonrisa no podía ocultar su preocupación, y que, llevándose un dedo a los labios, caminó de puntillas hasta la ventana y se sentó.

El médico, un francés de rostro joven e inteligente, había sido destacado desde su puesto en el Deuxième Bureau para que se hiciera cargo del caso de Bond. Se le acercó y le puso la mano en la frente al tiempo que miraba la tabla de temperaturas que había a los pies de la cama.

Cuando habló empleó un tono rotundo.

—Tendrá usted muchas preguntas, señor Bond —dijo en un inglés excelente—, y yo puedo responderle a la mayoría. No quiero que malgaste sus fuerzas, así que le daré los datos principales y luego le dejaré unos minutos con *monsieur* Mathis, que desea interrogarle acerca de un par de detalles. La verdad es que es demasiado pronto para esa conversación, pero quiero que su mente esté descansada para que podamos proseguir con la tarea de reparar su cuerpo sin tener que preocuparnos mucho de su mente.

La enfermera Gibson acercó una silla al doctor y salió de la habitación.

—Lleva aquí unos dos días —prosiguió el médico—. Un granjero que iba al mercado de Royale encontró su coche e informó a la policía. Tras cierta demora, *monsieur* Mathis se enteró de que era su coche y fue de inmediato con sus hombres a *Les Noctambules*. Les encontraron a usted y a Le Chiffre, y también a su amiga, la señorita Lynd, que estaba ilesa y, según explicó, no había sufrido vejación alguna. Al principio estaba algo abatida por el *shock*, pero ya se ha repuesto del todo y está en su hotel. Sus superiores de Londres le han encargado que se quede en Royale a sus órdenes hasta que esté lo bastante recuperado como para regresar a Inglaterra.

»Los dos pistoleros de Le Chiffre están muertos: fueron asesinados con una bala de calibre 35 en la nuca. Por la ausencia de expresión de sus rostros, es evidente que nunca vieron ni oyeron a su agresor. Los encontraron en la misma habitación que a la señorita Lynd. Le Chiffre está muerto; le dispararon un tiro entre los ojos con un arma parecida. ¿Presenció su muerte?

—Sí —dijo Bond.

—Sus lesiones son graves, pero su vida no corre peligro aunque haya perdido tanta sangre. Si todo va bien, se recuperará por completo y ninguna de las funciones de su cuerpo se verá disminuida. —El médico sonrió inexorable.— Pero me temo que el dolor le durará unos cuantos días. Yo haré todo lo que esté en mi mano para confortarle lo máximo posible. Ahora que ha recobrado el conocimiento le desataremos los brazos, pero no debe mover el cuerpo. Cuando vaya a dormir, la enfermera tiene órdenes de volver a atarle. Lo más importante es que descanse y recupere fuerzas. En estos momentos se halla bajo los efectos de un grave *shock* mental y físico. —Hizo una pausa.— ¿Durante cuánto tiempo lo maltrataron?

—Más o menos una hora —respondió Bond.

—Pues entonces es asombroso que aún esté vivo y debo felicitarle. Pocos hombres podrían haber soportado lo que usted ha soportado, quizá eso le sirva de consuelo. Como *monsieur* Mathis le confirmará, en el tiempo que llevo de médico he tenido que tratar a varios pacientes que habían sufrido manejos similares, y ninguno lo superó como usted.

El médico miró un momento a Bond y luego se volvió bruscamente hacia Mathis.

—Dispone usted de diez minutos. Después será expulsado a la fuerza. Si hace subir la temperatura del paciente, responderá de ello.

Les dedicó una amplia sonrisa a los dos y salió de la habitación.

Mathis se acercó y cogió la silla del médico.

—Parece buen tipo —dijo Bond—. Me gusta.

—Está asignado al Bureau —le informó Mathis—, Es muy bueno; un día de éstos te contaré cosas de él. Cree que eres un prodigio, y yo también. Pero eso puede esperar. Como ya supondrás, quedan muchas cosas por aclarar y me están acosando de París, por supuesto de Londres y hasta de Washington a través de nuestro buen amigo Leiter.

Se interrumpió durante un segundo.

—Por cierto —continuó después—, tengo un mensaje personal de M. Me llamó por teléfono y sólo me dijo que te comunicara que está muy impresionado. Le pregunté si eso era todo y contestó: «Bueno, y que los de administración sintieron un gran alivio». Luego colgó.

Bond sonrió complacido. Lo que más lo confortaba era que M hubiera llamado personalmente a Mathis. No era algo que pasara cada día. Nunca se había reconocido ni siquiera la existencia de M, por no hablar de su identidad. Imaginaba el revuelo que aquello habría levantado en la organización de Londres, siempre tan obsesionada con los temas de seguridad.

—Un hombre manco, alto y delgado vino desde Londres el mismo día en que te encontramos —continuó Mathis, que sabía por experiencia propia que esos detalles

laborales interesarían y complacerían a Bond más que cualquier otra cosa—. Trajo consigo a las enfermeras y se encargó de todo lo demás. Hasta te están reparando el coche. Parecía el jefe de Vesper porque pasó mucho tiempo con ella y le dio instrucciones estrictas para que te cuidara.

«Jefe de S. —pensó Bond—. Es evidente que me están tratando con todos los honores.»

—Bueno —dijo Mathis—, a trabajar: ¿quién mató a Le Chiffre?

—SMERSH —contestó Bond.

Mathis dejó ir un silbido.

—¡Caramba! —exclamó con admiración—. O sea que sí andaban tras él. ¿Qué aspecto tenía?

Bond le resumió lo que había ocurrido hasta el momento de la muerte de Le Chiffre, omitiendo todos los detalles salvo los esenciales. Le costó un gran esfuerzo y se alegró cuando acabó. La evocación de la escena reavivó toda la pesadilla. Se le inundó la frente de sudor y una punzada profunda de dolor empezó a recorrerle el cuerpo.

Mathis se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos. La voz de Bond era cada vez más débil y comenzaban a nublársele los ojos. Mathis cerró de golpe su libro de notas taquigráficas y apoyó una mano en el hombro de Bond.

—Perdóname, amigo —dijo—. Ahora ya ha acabado todo y estás en buenas manos. Las cosas van bien, y el plan ha funcionado a la perfección. Hemos anunciado que Le Chiffre mató a sus dos cómplices y luego se suicidó porque no podía hacer frente a una investigación de los fondos del sindicato. En Estrasburgo y la zona norte hay una gran conmoción, porque el tipo era tenido por un gran héroe y un pilar del Partido Comunista de Francia. La historia de los burdeles y los casinos ha hecho mucho daño a su organización y todos han salido corriendo como gatos escaldados. En estos momentos, el Partido Comunista va diciendo por ahí que se había vuelto loco, pero no les ha servido de mucho, teniendo en cuenta la reciente crisis nerviosa de Thorez. Están consiguiendo que parezca que todos los peces gordos chocheaban; no sé cómo lo harán para arreglar todo el pastel.

Mathis vio que su entusiasmo había tenido el efecto deseado. Los ojos de Bond brillaban algo más.

—Un último misterio —dijo Mathis—, y luego te prometo que me voy. —Miró el reloj.— El doctor vendrá a por mí de un momento a otro. El tema del dinero: ¿dónde ha ido a parar?, ¿dónde lo escondiste? Nosotros también hemos registrado tu habitación con lupa y allí no está.

Bond sonrió.

—Sí que está —dijo—, más o menos. A la puerta de todas las habitaciones hay un pequeño cuadrado de plástico negro con el número de la habitación. En la pared del

pasillo, claro. Aquella noche, cuando Leiter se fue, yo me limité a salir, desatornillé mi placa, coloqué el cheque doblado debajo y volví a atornillarla. Todavía estará allí. —Sonrió.— Me alegro de que haya algo que el inglés tonto pueda enseñar al francés listo.

Mathis rió encantado.

—Supongo que me lo dices por haber averiguado lo de los Muntz. Bueno, estamos en paz. Por cierto, los hemos pescado: son gente de poca monta contratados para la ocasión; procuraremos que les caigan unos cuantos años.

Se levantó apresuradamente cuando el médico irrumpió en la habitación y lanzó una mirada a Bond.

—Fuera —dijo a Mathis—, Fuera y no vuelva más.

Mathis apenas tuvo tiempo de despedirse de Bond con un gesto alegre y cuatro palabras dichas a toda prisa mientras el médico lo sacaba a empujones de la habitación. Bond oyó un torrente de acalorado francés que se desvanecía por el pasillo. Se quedó exhausto en la cama, pero animado por cuanto le habían contado. Sin darse cuenta se puso a pensar en Vesper mientras caía rápidamente en un inquieto sueño.

Todavía había preguntas sin respuesta, pero podían esperar.

CAPÍTULO 20 - *La naturaleza del mal*

Bond mejoraba de prisa. Cuando Mathis fue a visitarlo tres días después, ya estaba incorporado en la cama y tenía los brazos libres. La parte inferior del cuerpo seguía oculta bajo la tienda rectangular, pero él parecía animado y sólo de vez en cuando alguna punzada de dolor le hacía cerrar los ojos.

Mathis entró con aire alicaído.

—Toma, tu cheque —dijo a Bond—. Ha sido divertido pasearme por la calle con cuarenta millones de francos en el bolsillo, pero supongo que será mejor que lo firmes para que lo pueda ingresar en tu cuenta del Crédit Lyonnais. De nuestro amigo de SMERSH no se sabe nada, no ha quedado ni rastro. Suponemos que fue hasta la villa a pie o en bicicleta, dado que vosotros no lo oísteis llegar y los pistoleros es evidente que tampoco. Resulta bastante exasperante porque tenemos muy pocos datos sobre esa organización, y a Londres le pasa igual. Washington dijo que ellos sabían algo, pero acabó siendo la monserga habitual que se consigue interrogando a refugiados, algo que, como ya sabes, sirve de tanto como interrogar a un inglés de la calle sobre su Servicio Secreto o a un francés sobre el Deuxieme Bureau.

—Probablemente viajó desde Leningrado a Berlín vía Varsovia —dijo Bond—. Desde Berlín tienen muchas rutas abiertas hacia el resto de Europa. A estas alturas ya se encontrará en su país, donde lo estarán amonestando por no haberme matado a mí también. Me da la impresión de que tienen un fichero bastante abultado sobre mí, habida cuenta de uno o dos de los trabajos que M me ha encargado desde que acabó la guerra. El tipo se creyó muy agudo grabándome su inicial en la mano.

—¿Qué es? —preguntó Mathis—. El doctor me comentó que parecía una eme mayúscula cuadrada con un rabillo en la parte de arriba; dijo que no significaba nada.

—Apenas lo vi antes de desmayarme, pero luego he observado varias veces los cortes, cuando me los curan, y estoy casi seguro de que forman la letra rusa correspondiente a «sh». Es como una «m» invertida con rabo. Tendría sentido, porque SMERSH es una abreviación de *smyert shpionam*, «muerte a los espías». Creo que me marcó como *shpion*. Es un fastidio, porque lo más seguro es que M me mandará otra vez al hospital cuando vuelva a Londres para que me injerten piel nueva en el dorso de la mano. Claro que tampoco importa demasiado, porque he decidido dimitir.

Mathis se quedó mirándole con la boca abierta.

—¿Dimitir? —preguntó incrédulo—. ¿Para qué narices vas a dimitir?

Bond apartó la mirada de los ojos de Mathis y se examinó las manos vendadas.

—Cuando Le Chiffre me estaba golpeando —le explicó Bond—, me di cuenta de que me gustaba la idea de estar vivo. Antes de empezar dijo algo que se me quedó grabado: «jugar a indios y vaqueros»; que eso era lo que yo había estado haciendo. De pronto pensé que quizá tuviera razón.

»Verás —prosiguió, con la mirada aún en los vendajes—, cuando eres joven, parece muy fácil distinguir entre lo que está bien y lo que está mal; pero la cosa se complica conforme te haces mayor. En el colegio eliges a tus propios héroes y villanos y luego creces queriendo ser un héroe para matar a los villanos.

Dirigió una mirada rotunda a Mathis.

—Pues bien, en los últimos años yo he matado a dos villanos. El primero en Nueva York. Era un experto japonés que descifraba nuestros códigos desde el piso treinta y seis del edificio de la RCA, en el centro Rockefeller, donde los japoneses tenían el consulado. Cogí una habitación en el piso cuarenta del rascacielos de enfrente desde la cual podía verle trabajando en su habitación, al otro lado de la calle. Contaba con un colega de nuestra organización en Nueva York y con un par de Remington treinta-treinta con miras telescópicas y silenciadores. Los llevamos escondidos a la habitación y nos sentamos dos días a esperar el momento oportuno. El disparó al hombre un segundo antes que yo. Su función sólo era abrir un agujero en la ventana por el que yo pudiera disparar después al japonés, ya que en el centro Rockefeller usan cristales gruesos para aislar de los ruidos. Todo fue muy bien: tal como yo esperaba, la primera bala fue desviada por el cristal y ni se sabe adonde fue a parar; pero yo disparé inmediatamente después a través del agujero que había hecho. Acerté al japonés en la boca cuando se volvió boquiabierto hacia la ventana rota.

Bond calló y aspiró una bocanada de humo.

—Fue una misión bien planeada, y se hizo con toda limpieza: a trescientos metros, sin contacto personal. La siguiente vez en Estocolmo no resultó tan bonito. Tuve que matar a un noruego que hacía de agente doble contra nosotros para los alemanes. Por su culpa habían capturado a dos de nuestros hombres y, por lo que me consta, es posible que se los cargaran. Por varias razones, el trabajo se tenía que hacer en absoluto silencio. Elegí el dormitorio de su piso y un cuchillo. Y, en fin, no se puede decir que el tipo muriera enseguida.

»Por esas dos misiones, el Servicio me concedió la categoría Cero Cero. Me sentí muy listo y me gané la fama de bueno y duro. En nuestro servicio, el Cero Cero significa que has matado a alguien a sangre fría durante alguna misión.

Levantó otra vez la vista hacia Mathis.

—Todo eso está muy bien —prosiguió Bond—, El héroe mata a dos villanos. Pero cuando el héroe Le Chiffre empieza a matar al villano Bond y el villano Bond sabe que él no es ningún villano, entonces ves la otra cara de la moneda. Héroes y villanos se confunden entre sí.

»¡Por supuesto! —añadió al ver que Mathis empezaba a protestar—. Entonces es cuando entra en juego el patriotismo y hace que todo parezca estar bien, pero el tema del bien y del mal nacional está quedando un poco desfasado. Hoy luchamos contra el

comunismo, muy bien. Hace cincuenta años, el tipo de conservadurismo que hay ahora casi se habría llamado comunismo. De haber vivido entonces, nos habrían enviado a combatirlo. Hoy en día, la historia avanza muy deprisa y los héroes y los villanos intercambian sus papeles constantemente.

Mathis lo miraba horrorizado. Luego se señaló la cabeza con gesto irónico y puso una mano sobre el hombro de Bond para calmarlo.

—¿Estás diciéndome que tu amado Le Chiffre, que hizo todo lo que pudo para convertirte en un eunuco, no reúne requisitos suficientes para ser villano? —le preguntó—. Por las tonterías que estás diciendo, cualquiera pensaría que te han apaleado en la cabeza en lugar de en... —Señaló hacia la cama.— Espera a que M te mande a por otro Le Chiffre y ya verás como no rehúsas la misión. ¿Y qué me dices de SMERSH? A mí no me gusta nada la idea de tener a esos tipos rondando por Francia y matando al primero que piensan que ha traicionado su maravilloso sistema político. Eres un maldito anarquista.

Levantó los brazos y los dejó caer con desesperación a los lados del cuerpo.

Bond se rió.

—De acuerdo —dijo—. Pongamos por ejemplo a nuestro amigo Le Chiffre. Es fácil decir que era un hombre malvado, y más para mí, que sufrí su maldad. Si lo tuviera aquí delante, no dudaría en matarlo, pero mucho me temo que como venganza personal y no por alguna elevada razón moral ni por el bien de mi país.

Miró hacia Mathis para ver cuánto se aburría con las sutilezas introspectivas que él encontraba en lo que el otro veía como una simple cuestión de deber.

Mathis le devolvió la sonrisa.

—Continúa, querido amigo. Me interesa mucho ver a este nuevo Bond. ¡Los ingleses sois tan extraños! Lo mismo que un juego de cajas chinas: se tarda mucho tiempo en llegar a la que está en el centro y, cuando llegas, el resultado es ingrato, pero el proceso ha sido edificante y divertido. Continúa, desarrolla tus argumentos, que quizá pueda usar alguno con mi jefe la próxima vez que quiera librarme de alguna misión desagradable. —Sonrió con malicia.

Bond lo ignoró.

—Para ver la diferencia entre el bien y el mal —prosiguió Bond—, hemos fabricado dos imágenes que representan los extremos, que representan el blanco más puro y el negro más intenso. Les llamamos Dios y el Diablo. Pero hemos hecho algo de trampa. Dios es una imagen clara, podemos ver todos los pelos de su barba. Sin embargo, el Diablo, ¿qué aspecto tiene? —Bond dirigió una mirada triunfal a Mathis.

Éste lanzó una carcajada irónica.

—De mujer.

—Sí, lo que tú quieras —dijo Bond—, pero le he dado vueltas al asunto y me pregunto de qué lado debería estar. Cada vez siento más lástima por el Diablo y sus

discípulos, como el viejo Le Chiffre. Al Diablo le va todo muy mal, y a mí siempre me ha gustado ponerme del lado de los perdedores. Al pobre tipo no le damos oportunidad alguna. Hay un Libro Bueno acerca de la bondad y cómo ser bueno; pero no existe ningún Libro Malo sobre la maldad y cómo ser malo. El Diablo no tiene profetas que le escriban los diez mandamientos, ni ningún equipo de autores que le redacten su biografía, todo lo ha tenido que hacer por defecto. Todo lo que sabemos acerca de él son los muchos cuentos que nos han explicado nuestros padres y maestros. El Diablo no tiene un libro en el cual podamos aprender la naturaleza del mal en todas sus formas, con parábolas sobre gente mala, proverbios sobre gente mala, folklore sobre gente mala. Lo único que tenemos es el ejemplo viviente de las personas que son menos buenas, o nuestra intuición.

»Por tanto —prosiguió Bond, enardeciéndose con su razonamiento—, Le Chiffre estaba sirviendo a un fin maravilloso, un fin de verdad esencial, quizá el mejor y más elevado de todos los fines posibles. Mediante su existencia malvada, que yo he contribuido de manera estúpida a destruir, estaba creando una norma de la maldad por oposición a la cual, y sólo así, existiría una norma de la bondad. Nosotros teníamos el privilegio, por lo poco que conocíamos de él, de ver y apreciar su perversidad y emerger de ese discernimiento como hombres mejores y más virtuosos.

—¡Bravo! —exclamó Mathis—, Estoy orgulloso de ti, deberían torturarte cada día. Debo acordarme de hacer algo malvado esta noche, hay que empezar de inmediato. Ya tengo algunos puntos a mi favor, por desgracia menores —añadió con tono apenado—, pero ahora que he visto la luz me pondré rápidamente al día. ¡Qué bien me lo voy a pasar! Veamos, ¿por dónde empiezo? ¿asesinato, incendio, violación? Nada, todo eso es *peccata minuta*. Lo mejor será que consulte al viejo marqués de Sade, porque en estos temas todavía soy un niño.

Su rostro se ensombreció.

—Pero ¿y nuestra conciencia, James? ¿Qué haremos con ella mientras cometemos algún jugoso pecado? Eso sí que es un problema. La conciencia es muy astuta, y muy vieja, tan vieja como la primera familia de simios que la vio nacer. Tenemos que sopesar ese problema con verdadero cuidado o se nos fastidiará la diversión. La solución sería que la asesináramos antes, aunque es un animal duro de roer. Resultará difícil; pero si lo logramos, seremos peores incluso que Le Chiffre.

»Para ti, querido James, es fácil. Puedes empezar dimitiendo, una idea muy brillante, un principio perfecto para tu carrera. ¡Y tan sencillo! Todo el mundo lleva la pistola de la dimisión en el bolsillo, lo único que hay que hacer es pulsar el gatillo. Habrás hecho un gran agujero en tu país y en tu conciencia al mismo tiempo. ¡Un asesinato y un suicidio con una sola bala! ¡Fantástico! ¡Qué misión más difícil y gloriosa! En cuanto a mí, tengo que abrazar la nueva causa de inmediato.

Miró su reloj.

—Bien. Pues ya he empezado. Llego media hora tarde a una reunión con el jefe de policía. —Se echó a reír y se levantó.— Ha sido una conversación muy agradable, querido James. Deberías actuar en público. En cuanto a ese pequeño problema tuyo (el de no distinguir a los hombres buenos de los malos y a los héroes de los villanos), no hay duda de que es un problema difícil desde el punto de vista abstracto. El secreto está en la experiencia personal, tanto si eres chino como si eres inglés.

Se paró ante la puerta.

—¿Admites que Le Chiffre fue malvado contigo y que lo matarías si lo tuvieses delante?

»Pues en cuanto vuelvas a Londres verás que hay otros Le Chiffre con la intención de destruirte a ti, a tus amigos y a tu país. M te hablará de ellos. Ahora que has visto lo que es un hombre realmente malvado, sabrás lo malvados que pueden ser y los perseguirás y destruirás para protegeros, a ti y a las personas que quieres. No esperarás a discutir el tema. Ahora ya sabes cómo son y qué hacen a la gente. Puedes mostrarte un poco más exigente con las misiones que aceptes; quizá prefieras asegurarte de que el blanco al que has de acertar es en verdad de color negro, pero hay infinidad de blancos de color negro en el mundo. Todavía te queda mucho por hacer. Y lo harás. Y cuando te enamores y tengas una amante o una esposa e hijos que cuidar, te parecerá aún más fácil.

Mathis abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

—Rodéate de seres humanos, querido James. Es más fácil luchar por ellos que por los principios. —Se echó a reír.— Pero no me defraudes y te vuelvas humano. Perderíamos una máquina fantástica.

Se despidió con la mano y cerró la puerta.

—¡Eh! —gritó Bond.

Pero los pasos se alejaron deprisa por el pasillo.

CAPÍTULO 21 - *Vesper*

Al día siguiente Bond pidió ver a Vesper.

Hasta entonces no había querido verla. Le habían dicho que cada día acudía a la clínica y preguntaba por él. Había enviado flores, pero a él no le gustaban las flores y le dijo a la enfermera que se las diera a otro paciente. Cuando eso ocurrió por segunda vez, los ramos dejaron de llegar. Bond no había querido ofenderla, pero le disgustaba tener objetos femeninos a su alrededor. Las flores parecían pedir el agradecimiento para la persona que las enviaba, como si transmitieran un mensaje constante de afecto y compasión, y eso le fastidiaba porque no le gustaba que lo mimaran, le daba claustrofobia.

Le aburría la idea de dar esas explicaciones a Vesper. Y le resultaba embarazoso tener que preguntarle sobre un par de cuestiones que le intrigaban mucho acerca de su comportamiento, ya que las respuestas la dejarían necesariamente en ridículo. Además estaba el informe completo que había que mandar a M, en el cual preferiría no tener que criticarla porque quizá eso le costara el puesto.

Pero lo que quería eludir por encima de todo, y él lo sabía, era la respuesta a una pregunta más angustiada.

El médico le había hablado muchas veces sobre sus lesiones. Siempre le decía que no le quedarían secuelas negativas de la terrible paliza que su cuerpo había recibido. Le dijo que recobraría la salud por completo y que no había perdido ninguna de sus facultades. Sin embargo, la evidencia a los ojos de Bond y sus nervios desmentían aquellas afirmaciones tranquilizadoras. Seguía teniendo el cuerpo dolorosamente hinchado y amoratado y, en cuanto se le pasaba el efecto de los calmantes, el sufrimiento volvía. Pero la que más había padecido era su imaginación. Durante una hora entera, en aquella habitación con Le Chiffre, le había sido incrustada a golpes la certeza de su impotencia, y la cicatriz que le había quedado en la mente sólo podía curarse con la práctica.

Desde el día en que Bond conoció a Vesper en el bar del Hermitage, le pareció deseable, y sabía que si todo hubiese ido de otra forma en la sala de fiestas, si Vesper hubiese respondido de alguna manera y si no hubiese habido secuestro, aquella noche habría intentado acostarse con ella. Incluso después, en el coche y al llegar a la villa, cuando era evidente que tenía otras cosas en qué pensar, la indecente semidesnudez de Vesper había despertado su ardiente erotismo.

Ahora que tenía oportunidad de volver a verla, sentía miedo; miedo de que los sentidos y el cuerpo no respondieran a su belleza sensual, miedo de no sentir el menor deseo por ella y de que no se le encendiera la sangre. En su mente, la primera reunión con Vesper se había convertido en una prueba, y ahora eludía el resultado. Sabía que aquélla era la verdadera razón de haber tardado tanto en dar a su cuerpo

una oportunidad de responder, de haber aplazado más de una semana su primer encuentro. Lo hubiera aplazado aún más tiempo, pero se dijo a sí mismo que tenía que escribir el informe, que cualquier día llegaría un emisario de Londres y querría oír la historia completa, que aquel día era tan bueno como cualquier otro, y que, en el peor de los casos, tarde o temprano tendría que saberlo.

Por eso pidió que acudiera a verlo el octavo día, a primera hora de la mañana, cuando se sentía fresco y fuerte tras el descanso nocturno.

Sin saber por qué, creía que en Vesper quedaría alguna señal de cuanto le había pasado, que tendría un aspecto pálido o incluso enfermizo. No estaba preparado para la chica alta y bronceada, con vestido de tuser beige y cinturón negro, que entró alegremente por la puerta y se detuvo sonriéndole.

—¡Dios mío, Vesper! —exclamó con una forzada sonrisa de bienvenida—. Tienes un aspecto espléndido, parece que las desgracias te sientan bien. ¿Cómo has conseguido ese bronceado tan increíble?

—Me siento muy culpable —dijo ella mientras se sentaba junto a él—. He estado tomando el sol todos los días mientras tú te encontrabas aquí en la cama. El médico me lo ordenó, y también el jefe de S.; entonces pensé que tampoco nos ayudaría, ni a ti ni a mí, que me pasara el día deprimida en mi habitación. Encontré un trozo de playa perfecto bajando hacia la costa. Voy cada día con la comida y un libro y no vuelvo hasta la noche. Hay un autobús que me lleva y me trae y sólo tengo que andar un trecho por las dunas. Además, he conseguido superar el hecho de que esté en la carretera que conduce a aquella villa.

Se le quebró la voz.

La mención de la villa había hecho parpadear a Bond.

Siguió hablando con valentía, negándose a sentirse derrotada ante la ausencia de respuesta de Bond.

—El médico dice que no tardarán en darte de alta. He pensado que a lo mejor..., que te vendrías a esa playa, más adelante. El médico opina que el agua salada te sentará muy bien.

Bond gruñó.

—A saber cuándo podré ir a bañarme —dijo—. Ese médico desbarra. Y cuando eso sea posible, supongo que será mejor que me bañe solo durante un tiempo; no quiero asustar a nadie. Dejando aparte lo demás —añadió, mirando deliberadamente hacia los pies de la cama—, mi cuerpo es un saco de cicatrices y cardenales. Pero tú diviértete, no veo por qué no has de pasártelo bien.

Vesper se sintió herida ante la amargura e injusticia de su voz.

—Lo siento —dijo—, pensé que... yo sólo intentaba... —De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas y tragó saliva.— Quería... quería ayudarte a ponerte bien.

La voz se le hizo un nudo. Miró a Bond afligida, encarando la acusación que

había en sus ojos y en el tono con que le hablaba. Entonces rompió a llorar, hundiendo el rostro entre las manos.

—Lo siento —dijo con la voz sofocada—. Lo siento mucho. —Con una mano registró el bolso en busca de un pañuelo.— Todo es culpa mía. —Se secó los ojos.— Sé que todo es culpa mía.

Bond se aplacó de inmediato. Levantó una mano vendada y se la puso sobre la rodilla.

—Tranquila, Vesper. Perdona que haya sido tan brusco. Es que me has dado envidia, tomando el sol mientras yo me encuentro aquí atrapado. En cuanto mejore un poco, iré contigo a que me enseñes esa playa. Además, tenías razón, me apetece mucho y será estupendo volver a salir.

Vesper le apretó la mano, se levantó y fue hasta la ventana. Pasado un momento, se retocó el maquillaje y regresó junto a la cama.

Bond la miró con ternura. Como todos los hombres duros y fríos, enseguida se ponía sentimental. Vesper era muy bella y despertaba su cariño. Decidió suavizar las preguntas lo máximo posible.

Le pasó un cigarrillo y hablaron un rato de la visita de jefe de S. y de las reacciones en Londres ante la derrota de Le Chiffre.

Por lo que le contó, era evidente que el objetivo final del plan se había cumplido con creces. El caso seguía ocupando primeras páginas en todo el mundo y los corresponsales de la mayor parte de periódicos ingleses y estadounidenses habían estado en Royale intentando localizar al millonario jamaicano que había vencido a Le Chiffre en la mesa de juego. Acudieron a Vesper, pero ella lo supo encubrir bien: Bond le había dicho que se iba a Cannes y a Montecarlo a jugarse lo que había ganado. De esa forma, la partida de caza se desplazó hacia el sur de Francia. Mathis y la policía habían borrado cualquier otra pista, y la prensa tuvo que concentrarse en la vertiente de Estrasburgo y del caos que se había originado en las filas de los comunistas franceses.

—Por cierto, Vesper —dijo Bond al cabo de un tiempo—. ¿Qué te pasó realmente cuando me dejaste en la sala de fiestas? Lo único que vi fue el secuestro. —Le resumió la escena en la puerta del casino.

—Debí de perder la cabeza —respondió ella, evitando los ojos de Bond—. Como no veía a Mathis en el vestíbulo, salí al exterior. El portero me preguntó si yo era la señorita Lynd y me dijo que el hombre que me había enviado la nota me esperaba en un coche a la derecha de la escalinata. No sé por qué, pero no me sorprendió. Hacía sólo un par de días que yo conocía a Mathis y no sabía cómo actuaba, así que descendí hacia el coche. Estaba alejado a la derecha y medio oculto entre las sombras. Cuando me acercaba a él, los dos hombres de Le Chiffre surgieron desde detrás de uno de los otros coches aparcados, saltaron sobre mí y se limitaron a

subirme la falda sobre la cabeza.

Vesper se sonrojó.

—Parece un truco infantil —prosiguió, dirigiendo a Bond una mirada arrepentida—, pero es de una eficacia asombrosa. Te deja apresada por completo, y, aunque grité, supongo que no salió ningún sonido de debajo de la falda. Di las patadas más fuertes que me fue posible, pero no me sirvió porque no veía nada y tampoco podía usar los brazos. Era un pollo atado. Me levantaron entre los dos y me arrojaron al asiento trasero del coche. Seguí luchando, claro, y, mientras arrancaba el coche e intentaban atarme la falda sobre la cabeza con una cuerda o algo parecido, conseguí liberar un brazo y arrojar el bolso por la ventanilla. Espero que sirviera de algo.

Bond asintió.

—Fue un acto instintivo. Pensé que no tendrías ni idea de qué me había pasado y me asusté, así que hice lo primero que se me ocurrió.

Bond sabía que aquella gente había ido a por él y que si Vesper no hubiese arrojado el bolso por la ventanilla, probablemente lo habrían hecho ellos en cuanto él hubiese salido a la escalinata.

—Fue de gran ayuda —dijo—, pero ¿por qué no hiciste ningún movimiento cuando me cogieron después del choque, cuando te hablé? Estaba muy preocupado, pensé que te habían golpeado y dejado inconsciente.

—Me temo que había perdido el conocimiento —respondió Vesper—. Me desmayé una vez por falta de aire. Cuando desperté, habían recortado un agujero a la altura de mi boca, pero luego supongo que me volví a desmayar. No recuerdo mucho más hasta que llegamos a la villa. No me di cuenta de que te habían capturado hasta que te oí correr detrás de mí por el pasillo.

—¿Y no te tocaron? —preguntó Bond—. ¿No intentaron molestarte mientras me golpeaban?

—No —dijo Vesper—. Me dejaron en un sillón. Se pusieron a beber y a jugar a las cartas, creo que a la *belotte*, por lo que pude oír. Y luego se pusieron a dormir. Supongo que así fue cómo los sorprendió SMERSH. Yo tampoco lo vi porque me habían atado las piernas y me habían sentado en un rincón de cara la pared. Oí algunos ruidos extraños. Imagino que eso me despertó. Y luego lo que parecía uno de ellos cayendo de la silla; después, unos pasos sigilosos y una puerta que se cerraba. Luego no ocurrió nada más hasta que Mathis y la policía irrumpieron en la casa al cabo de unas horas. Yo dormí casi todo el tiempo. No sabía qué te había pasado a ti, pero —la voz se le quebró— una vez oí un grito horrible, que sonaba muy lejos. Al menos a mí me pareció un grito, pero en aquel momento pensé que tenía una pesadilla.

—Me temo que era yo —dijo Bond.

Vesper llevó su mano hasta la de Bond. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Es horrible! —susurró ella—. Las cosas que te hicieron. Y todo por mi culpa. Si al menos...

Hundió el rostro entre las manos.

—No pasa nada —dijo Bond con tono de consuelo—. No hay que llorar por la leche derramada. Ya ha pasado todo y gracias a Dios a ti no te tocaron. —Le dio unas palmadas en la rodilla.— Iban a empezar contigo cuando yo ya estuviera ablandado de golpes.—«"Ablandado" es una buena definición», pensó.— Tenemos mucho que agradecer a SMERSH. Venga, olvidémoslo. Lo que está claro es que nada tenía que ver contigo y que cualquiera hubiese caído en la trampa de la nota. Además, es agua pasada —añadió, animado.

Vesper lo miró con gratitud a través de las lágrimas.

—¿De verdad? —preguntó—. Pensaba que nunca me perdonarías. Yo... intentaré compensarte. De alguna manera. —Miró a Bond.

«¿De alguna manera?», pensó Bond, devolviéndole la mirada, y vio que le estaba sonriendo. El le sonrió a su vez.

—Ten cuidado —dijo él—, podría tomarte la palabra.

Vesper lo miró a los ojos y no replicó nada, pero el enigmático desafío se repetía. Le apretó la mano y se levantó.

—Yo cumplo mis promesas —susurró ella.

Esta vez los dos sabían cuál era la promesa.

Cogió el bolso de la cama y se dirigió a la puerta.

—¿Quieres que venga mañana? —Miró a Bond con seriedad.

—Sí, por favor, Vesper —respondió él—. Me encantaría. Y sigue explorando; será divertido planear qué podemos hacer cuando salga de aquí. ¿Pensarás algún plan?

—Sí —dijo Vesper—. Por favor, ponte bien pronto.

Se miraron a los ojos un segundo. Luego ella salió y cerró la puerta. Bond escuchó hasta que el ruido de sus pasos se desvaneció.

CAPÍTULO 22 - *El sedán apresurado*

Desde aquel día, la recuperación de Bond fue rápida. Pudo sentarse en la cama y escribir su informe a M. Restó importancia a algo que él seguía considerando como un comportamiento de principiante por parte de Vesper. Hizo hincapié en el secuestro de manera que pareciera mucho más maquiavélico de lo que había sido. Elogió la frialdad y compostura de Vesper durante todo el episodio, sin decir que había encontrado algunas de sus acciones irresponsables.

Vesper acudía a verlo cada día, y Bond esperaba esas visitas con impaciencia. Ella le relataba contenta sus aventuras del día anterior, sus incursiones por la costa y los restaurantes en que había comido. Se había hecho amiga del jefe de policía y de uno de los directores del casino, que la sacaban de noche y de vez en cuando le prestaban un coche durante el día. Supervisaba las reparaciones del Bentley, que había sido trasladado a un taller de carrocería de Rouen, e incluso hizo que enviaran desde Londres algo de ropa del piso de Bond. De la del hotel no quedaba nada, había sido reducida a jirones durante la búsqueda de los cuarenta millones de francos.

Nunca hablaban de algo relacionado con Le Chiffre. Vesper le contaba alguna que otra anécdota de la oficina de jefe de S., donde, al parecer, la habían trasladado desde el WRNS{8}. A cambio, Bond le explicaba alguna de sus aventuras en el Servicio Secreto.

Bond descubrió con sorpresa que le resultaba fácil hablar con ella.

Con la mayoría de las mujeres, su actitud era una mezcla de reserva y apasionamiento. Los largos prolegómenos de cada seducción lo aburrían casi tanto como la posterior complicación del desenredo. Veía algo odioso en el patrón ineludible de cada aventura amorosa. La parábola convencional —el cariño, el roce de las manos, el beso, el beso apasionado, el contacto de los cuerpos, el climax en la cama, después más cama, después menos cama, después el aburrimiento, las lágrimas y al final la amargura— le resultaba vergonzosa e hipócrita. Y rehuía aún más la puesta en escena de cada uno de los actos de la obra: la fiesta en que se conocían, el restaurante, el taxi, el piso de él, el piso de ella, después el fin de semana junto al mar, otra vez los pisos, luego las coartadas furtivas y, al final, la desagradable despedida en algún umbral bajo la lluvia.

Pero con Vesper todo sería distinto.

En la monotonía de aquella habitación y en el tedio del tratamiento, su presencia era cada día un oasis de placer, algo que valía la pena esperar. En su conversación sólo había compañerismo con cierto matiz distante de pasión. De fondo, la perspectiva sobreentendida de la promesa que, a su debido tiempo y en el momento oportuno, se debería cumplir. Pero sobre todo ello se cernía la sombra de sus lesiones y la impaciencia e incertidumbre de su lenta curación.

Le gustase o no a Bond, la rama había logrado esquivar el hacha y estaba a punto de florecer.

Bond se recuperó por agradables etapas: primero dejaron que se levantara; luego le permitieron salir al jardín a sentarse; después pudo dar cortos paseos a pie y luego más largos en coche. Finalmente, llegó la tarde en que el médico acudió en una escapada desde París y le dio el alta. Vesper le trajo algo de ropa, se despidieron de las enfermeras y se fueron en un coche de alquiler con chófer.

Habían transcurrido tres semanas desde el día en el que Bond estuvo al borde de la muerte. Ya era julio y el cálido verano reverberaba en la costa y en el horizonte marino. Bond se aferró a aquel momento.

El lugar de destino tenía que ser una sorpresa para él. Como no quería volver a ninguno de los grandes hoteles de Royale, Vesper le había prometido buscar algo lejos de la población. Pero insistió en mantener en secreto el lugar y lo único que le dijo era que le gustaría. A Bond le complacía estar en sus manos, pero disimuló su capitulación llamando a su punto de destino *Trou sur mer* (Vesper le confesó que estaba junto al mar) y alabando los placeres rústicos del lavabo en el patio, las chinches y las cucarachas.

Un curioso incidente les estropeó el paseo.

Mientras seguían la carretera de la costa en dirección a *Les Noctambules*, Bond describió a Vesper la salvaje persecución con el Bentley, hasta señalarle la curva que tomó antes del choque y el lugar exacto donde habían extendido la cruel alfombra de clavos. Mandó aminorar al chófer y se asomó por la ventanilla para enseñarle las incisiones que las llantas habían hecho en el asfalto, las ramas rotas del arcén y la mancha de aceite donde el coche había derrapado y se había detenido.

Pero durante todo ese tiempo, Vesper estuvo nerviosa e impaciente y sólo le respondió con monosílabos. Bond la vio atisbar en un par de ocasiones el retrovisor del conductor, pero cuando él tuvo la oportunidad de mirar por el parabrisas trasero, habían tomado una curva y no se veía nada.

Entonces, le cogió la mano.

—Algo te ronda en la cabeza, Vesper.

Ella le dirigió una sonrisa amplia y tensa.

—¡Oh, no es nada! —respondió—. ¡Qué va! Se me ha ocurrido la tonta idea de que nos siguen. Supongo que son los nervios. Esta carretera está llena de fantasmas.

Al cobijo de una corta risita, volvió a mirar hacia atrás.

—¡Mira! —Su voz dejó traslucir cierto pánico.

Bond volvió la cabeza obediente. Desde luego, a unos ochocientos metros de distancia un sedán negro los seguía a buen ritmo.

—No íbamos a ser los únicos en usar la carretera —dijo, y se echó a reír—. Además, ¿quién querrá seguirnos? No hemos hecho nada malo. —Le dio unas

palmaditas en la mano.— Es un viajante de mediana edad, vendedor de productos de limpieza, que va hacia Le Havre pensando en el almuerzo y en su amante de París. Vesper, no deberías ser tan mal pensada.

—Supongo que tienes razón —dijo nerviosa—. En fin, ya casi hemos llegado.

Se quedó en silencio mirando por la ventanilla.

Bond seguía viéndola tensa. Sonrió ante lo que interpretó como una resaca de sus recientes aventuras. Pero, decidido a animarla, cuando llegaron a un camino que bajaba hacia el mar y el coche aminoró la velocidad para tomarlo, pidió al conductor que se detuviera justo al pie de la carretera.

Ocultos tras un seto alto, los dos miraron por el parabrisas trasero.

Entre el arrullo de los sonidos estivales oyeron acercarse al otro vehículo. Vesper clavó los dedos en el brazo de Bond. La velocidad del vehículo no varió al aproximarse a su escondite, por lo que sólo pudieron ver el perfil de un hombre en un sedán negro que pasó veloz ante ellos.

Lo cierto es que dio la impresión de que los miró un momento, pero encima del seto tras el que estaban había un indicador de alegres colores que, apuntando hacia el camino, anunciaba: *L'auberge du fruit défendu, crustaces, fritares*. Bond estaba convencido de que era el cartel lo que había llamado la atención del conductor.

Mientras el traqueteo del tubo de escape desaparecía carretera abajo, Vesper se hundió en su rincón. Estaba pálida.

—Nos ha mirado —susurró—. Te lo he dicho: estaba seguro de que nos seguían; ahora ya saben dónde encontrarnos.

Bond no pudo contener su impaciencia.

—¡Tonterías! —exclamó—. Estaba mirando ese cartel. —Se lo señaló.

Vesper pareció algo aliviada.

—¿Tú crees? —preguntó—. Sí, claro. Seguro que tienes razón. Vámonos. Siento ser tan tonta, no sé qué me ha pasado.

Se inclinó hacia delante y habló con el conductor a través de la mampara. El coche reemprendió la marcha. Vesper se recostó en el asiento y dedicó una expresión radiante a Bond. Le había vuelto casi todo el color a las mejillas.

—De verdad que lo siento. Es que..., es que no puedo creer que todo haya acabado y que ya no tengamos que tener miedo de nadie.

Bond le apretó la mano.

—Debes de pensar que soy muy tonta —insistió ella.

—Claro que no —dijo Bond—. Sencillamente, ya no hay nadie a quien podamos interesar. Olvídalo, la misión ha terminado, está borrada. Nos encontramos de vacaciones y no hay ni una nube en el cielo, ¿o sí la hay? —insistió.

—No, por supuesto. —Ella cambió la expresión.— Soy yo, que estoy loca. En fin, casi hemos llegado. Espero que te guste.

Ambos se incorporaron en el asiento. La cara de Vesper se había animado y el incidente no dejó más que un minúsculo interrogante suspendido en el aire, pero incluso se esfumó cuando empezaron a atravesar las dunas y vieron el mar y la pequeña y humilde posada entre los pinos.

—No tiene grandes lujos —dijo Vesper—, pero hay mucha limpieza y la comida es deliciosa. —Lo miró con inquietud.

No tenía de qué preocuparse porque Bond se enamoró del lugar a primera vista: la terraza que llegaba casi hasta la huella de la marea alta; la casa de dos plantas con alegres toldos color ladrillo sobre las ventanas; y la bahía en forma de media luna de aguas azules y arena dorada. Cuántas veces habría dado lo que hubiese sido por tomar un desvío de la carretera que lo llevara a un rincón perdido como aquél, en el cual pudiera dejar que el mundo siguiera su rumbo y vivir en el mar desde la aurora hasta el atardecer. Y ahora iba a disfrutar de todo aquello durante una semana entera. Y de Vesper. En su mente acarició los días que tenía por delante como si fueran las cuentas de un collar.

Se detuvieron en el patio que había tras la casa. El dueño y su mujer salieron a recibirles.

Monsieur Versoix era un hombre de mediana edad al que le faltaba un brazo, que había perdido luchando con los Franceses Libres en Madagascar. Era amigo del jefe de policía de Royale, que fue quien le recomendó el lugar a Vesper y habló con el dueño por teléfono. En consecuencia, nada iba a ser demasiado para ellos.

Madame Versoix tenía la cena a medio preparar. Se había puesto un delantal y llevaba una cuchara de palo en la mano. Era más joven que su marido, rolliza y guapa, y de mirada cálida. Bond supuso por instinto que no tenían hijos y que entregaban su afecto frustrado a los amigos y a los clientes habituales y, probablemente, a algún que otro animal doméstico. Pensó que quizá llevaban una vida bastante dura y que, en invierno, la posada debía de quedar muy sola entre el mar bravo y el ruido del viento entre los pinos.

El dueño les enseñó las habitaciones.

Vesper tenía una doble, y Bond, la contigua a aquélla, en la esquina de la casa, con una ventana que daba al mar y otra que daba al distante brazo de la bahía. Entre ambas había un cuarto de baño. Todo estaba perfectamente limpio y transmitía una comodidad austera.

El dueño se alegró cuando ambos le expresaron su agrado. Dijo que la cena se serviría a las siete y media y que la patrona estaba preparando langosta a la parrilla con mantequilla derretida. Lamentaba que la posada estuviera tan silenciosa. Era martes y el fin de semana llegaría más gente, pero, de todas formas, la temporada no había sido buena. Antes solían tener muchos ingleses, pero allá arriba eran tiempos difíciles y ahora los ingleses sólo bajaban a pasar el fin de semana en Royale y

volvían a casa tras haber perdido su dinero en el casino. Ya no era como en los viejos tiempos. Encogió los hombros con aire filosófico. Claro que ningún día era como su víspera, ni ningún siglo como el siglo anterior, y...

—Sí, señor —dijo Bond.

CAPÍTULO 23 - *Marea de pasión*

Estaban hablando en el umbral de la habitación de Vesper. Cuando el dueño se fue, Bond la empujó hacia dentro y cerró la puerta. La cogió por los hombros y la besó en ambas mejillas.

—Esto es la gloria —dijo.

Él vio que los ojos de Vesper brillaban. Ella posó sus manos en los antebrazos de Bond y él, avanzando un paso, la rodeó por la cintura. La cabeza femenina se inclinó hacia atrás y sus labios se abrieron bajo los de él.

—Cariño —dijo Bond. Sumergió su boca en la de ella, le separó los dientes con la lengua y sintió la de Vesper moviéndose al principio con timidez y luego con pasión. Deslizó las manos hasta sus turgentes nalgas y las apresó con ardor, apretándolas contra él para presionar los centros de sus cuerpos entre sí.

Vesper, jadeante, apartó la boca, y se quedaron abrazados mientras él frotaba su mejilla contra la de ella y sentía la presión de sus duros senos. Alzó la mano para cogerle el cabello y le echó hacia atrás la cabeza hasta que pudo volver a besarla. Vesper lo apartó con un cariñoso empujón y se dejó caer exhausta sobre la cama. Permanecieron unos segundos mirándose con deseo.

—Lo siento, Vesper —dijo él—. No era mi intención ahora.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, aturdida por la tormenta que acababa de atravesarla.

Bond se acercó y se sentó a su lado. Se miraron con la ternura que la marea menguante de su pasión había dejado tras de sí.

Vesper se inclinó y lo besó en la comisura de los labios. Después le apartó la negra coma de cabello de la húmeda frente.

—Cariño —dijo ella—. Dame un cigarrillo; no sé dónde he puesto el bolso. — Miró vagamente por la habitación.

Bond le encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Vesper aspiró una larga bocanada de humo y lo expulsó por la boca con un lento suspiro.

La rodeó con un brazo, pero ella se levantó y caminó hacia la ventana. Se quedó allí, de pie, dándole la espalda.

Bond se miró las manos y vio que todavía le temblaban.

—Aún tardaremos un rato en cenar —dijo Vesper, que seguía sin mirarlo—. ¿Por qué no bajas a bañarte a la playa? Yo te desharé el equipaje.

Bond se levantó de la cama y se colocó detrás de ella. La rodeó con los brazos y le puso las manos sobre los senos, sintiéndolas colmadas y los pezones erectos entre los dedos. Ella puso sus manos sobre las de él y las apretó contra su cuerpo, pero mantuvo la mirada alejada, más allá de la ventana.

—Ahora no —dijo Vesper en voz baja.

Bond se inclinó y le hundió los labios en la nuca. La atrajo con fuerza hacia sí unos segundos y luego la dejó ir.

—Está bien, Vesper.

Caminó hacia la puerta y se volvió. Ella no se había movido. Algo le hizo creer que lloraba y dio un paso hacia la joven, pero se dio cuenta de que en aquel momento no tenían nada que decirse.

—Amor mío —susurró él.

Salió y cerró la puerta.

Fue hasta su habitación y se sentó en la cama. La pasión que acababa de recorrer su cuerpo lo había debilitado. Estaba indeciso entre su deseo de tumbarse o el de sentir cómo el mar lo refrescaba y revivía. Dio unas cuantas vueltas a la elección en la cabeza y finalmente fue hacia la maleta y extrajo un bañador de algodón blanco y un pijama azul oscuro.

A Bond nunca le habían gustado los pijamas y siempre dormía desnudo, hasta que un día en Hong Kong, al final de la guerra, descubrió la solución intermedia perfecta: era una chaqueta de pijama que le llegaba casi a las rodillas; no tenía botones, pero se ataba con un holgado cinturón; las mangas eran anchas y cortas y le acababan justo por encima del codo. El resultado era fresco y cómodo. Cuando se puso la chaqueta sobre el bañador, todos los cardenales y cicatrices quedaron ocultos, excepto los estrechos brazaletes blancos en muñecas y tobillos y la marca de SMERSH en la mano derecha.

Deslizó los pies en un par de sandalias de cuero azul oscuro y salió. Bajó por las escaleras, abandonó la casa y cruzó la terraza hasta la playa. Mientras pasaba por delante de la casa pensó en Vesper, pero no quiso levantar la mirada para ver si seguía en la ventana. Si lo había visto, no dio muestras de ello.

Caminó por la orilla sobre la dorada y compacta arena hasta donde la posada se perdía de vista. Se quitó la chaqueta del pijama, corrió un poco y, con una zambullida, se deslizó entre las suaves olas. La playa se hundía enseguida y buceó bajo el agua todo lo que pudo, nadando con fuertes brazadas y sintiendo el agradable frescor en todo su cuerpo. Sacó la cabeza a la superficie y se apartó el cabello de los ojos. Ya eran cerca de las siete y el sol había perdido casi todo su calor. No tardaría mucho en esconderse tras el lejano brazo de tierra que cerraba la bahía, pero aún le daba directamente en los ojos. Dio media vuelta y se alejó de él, nadando de espaldas para sentir su compañía el máximo tiempo posible.

Cuando llegó a la orilla, a algo más de un kilómetro de donde había entrado en el agua, el lejano pijama había sido tragado por la sombra, pero Bond sabía que aún le quedaba tiempo para tumbarse sobre la dura arena y secarse antes de que la marea del atardecer lo alcanzara.

Se quitó el bañador y agachó la vista hacia su cuerpo. Sólo quedaban pequeñas

señales de las heridas. Con un encogimiento de hombros, se tumbó con las piernas y los brazos extendidos en forma de estrella. Fijó la vista en el vacío cielo azul y pensó en Vesper.

Sus sentimientos hacia ella eran muy confusos, y esa confusión lo impacientaba. Antes eran más sencillos: tenía la intención de dormir con ella en cuanto pudiera, porque la deseaba y también, se confesó a sí mismo, porque quería someter fríamente las reparaciones de su cuerpo a la prueba definitiva. Pensaba que se acostarían juntos durante unos días y que luego tal vez se vieran en Londres. Después llegaría la inevitable ruptura, que sería fácil dadas sus posiciones en el Servicio. Si no lo era, pediría alguna misión en el extranjero o, como también había pensado, dimitiría y viajaría a distintos lugares del mundo, que era lo que siempre había querido hacer.

Pero, de alguna forma, Vesper se le había adentrado en lo más profundo, y en las dos últimas semanas sus sentimientos habían ido cambiando gradualmente.

Su compañía le resultaba fácil y poco exigente. Había algo enigmático en ella que para él era un estímulo constante. Dejaba ver poco de su auténtica personalidad y Bond pensó que, por mucho tiempo que estuvieran juntos, en su interior siempre habría un espacio privado que él nunca lograría invadir. Era solícita y muy considerada, sin ser servil ni comprometer su carácter arrogante. Y ahora también sabía que tenía una sensualidad intensa y excitante, pero que la conquista de su cuerpo, debido a aquel núcleo de intimidad, tendría siempre el agri dulce sabor de la violación. Amarla físicamente sería en cada ocasión un emocionante viaje sin el anticlímax de la llegada. Ella se le entregaría con entusiasmo, pensaba Bond, y gozaría con avidez todas las intimidades de la cama, pero jamás se dejaría poseer.

Bond permanecía tumbado desnudo intentando apartar las conclusiones que leía en el cielo. Se puso boca abajo, miró hacia la playa y vio la sombra del promontorio a punto de alcanzarlo.

Se levantó y se sacudió toda la arena que pudo, pensando que al llegar se daría un baño. Distraído, recogió el bañador y se puso a andar por la playa. No se dio cuenta de que seguía desnudo hasta que llegó a donde estaba la chaqueta del pijama y se agachó a recogerla. Sin preocuparse por el bañador, se puso la liviana chaqueta y caminó hasta la posada.

Acababa de tomar una decisión.

CAPÍTULO 24 - «*Fruit défendu*»

Cuando regresó a la habitación, le conmovió encontrar todas sus pertenencias guardadas y, en el baño, el cepillo de dientes y los aparatos de afeitarse perfectamente colocados en un extremo del anaquel de vidrio que había por encima del lavabo. En el otro extremo estaba el cepillo de dientes de Vesper, algunos frascos y un pote de crema facial.

Echó una ojeada a los frascos y le sorprendió ver que uno de ellos contenía somníferos Nembutal. Tal vez los acontecimientos de la villa habían afectado a Vesper más de lo que él creía.

La bañera estaba preparada y junto a ella, sobre una silla, había una toalla y un frasco de esencia de pino caro y sin empezar.

—Vesper —llamó. —¿Sí?

—Eres una maravilla. Haces que me sienta como un gigoló de lujo.

—Me ordenaron que te cuidara y yo cumplo órdenes.

—Cariño, el baño está perfecto. ¿Te quieres casar conmigo?

Vesper se rió con sorna.

—Lo que tú necesitas es una esclava —respondió ella—, no una esposa.

—Te deseo.

—¿Sí? Pues yo deseo mi langosta con champán, así que date prisa.

—Vale, vale —dijo Bond.

Se secó y se puso una camisa blanca y pantalones azul oscuro. Esperaba que ella también vistiera algo sencillo y se alegró cuando, sin llamar a la puerta, apareció en el umbral con una blusa de lino azul que se había descolorido hasta tomar el tono de sus ojos y una falda de algodón de color rojo oscuro plisada.

—No podía esperar más. Me muero de hambre. Mi habitación está encima de la cocina y sus maravillosos olores estaban torturándome.

Bond se acercó y la rodeó con un brazo.

Ella le dio la mano y bajaron juntos a la terraza, donde les habían preparado una mesa iluminada por la luz que salía del comedor vacío.

El champán que Bond había pedido al llegar descansaba en un cubo plateado colocado junto a la mesa. Bond llenó dos copas. Vesper se ocupó del delicioso *paté de foie* casero y le sirvió el crujiente pan francés y el grueso bloque de dorada mantequilla presentada sobre hielo picado.

Se miraron y bebieron con placer. Bond volvió a llenar las copas hasta el borde.

Mientras cenaban, Bond le explicó el baño en el mar y comentaron acerca de qué harían a la mañana siguiente. En ningún momento de la cena hablaron de sus sentimientos mutuos, pero en la mirada de ambos se podía leer la excitada anticipación de lo que sería la noche. De vez en cuando dejaban que las manos o los

pies se rozaran como si quisieran disipar la tensión de sus cuerpos.

Cuando la langosta hubo llegado y se hubo ido de nuevo, la segunda botella de champán estaba medio vacía y acababan de cubrir de nata espesa las fresas de bosque, Vesper exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—Me estoy poniendo las botas —dijo con una sonrisa feliz—. Siempre me das lo que más me gusta. Nunca me habían mimado tanto. —Miró hacia la bahía iluminada por la luna.— Ojalá me lo mereciese. —Su voz tuvo un deje oscuro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bond.

—No lo sé, supongo que todo el mundo tiene lo que se merece. Quizá sí que me lo merezco.

Lo miró y sonrió, arrugando los ojos con expresión punzante.

—La verdad es que no sabes mucho sobre mí —le espetó.

A Bond le sorprendió la seriedad latente en su voz, pero se echó a reír.

—Lo suficiente —replicó—. Todo lo que me hace falta hasta mañana y pasado y el otro. Puestos así, tampoco tú sabes mucho sobre mí. —Sirvió más champán.

Vesper lo miró pensativa.

—Las personas son como islas —dijo—. En realidad nunca se tocan. Por muy próximas que estén, en el fondo se encuentran muy separadas. Incluso los que llevan casados cincuenta años.

Bond pensó con consternación que a Vesper le estaba dando lo que los franceses llamaban *un vin triste*. Tanto champán la había puesto melancólica; pero, en ese momento, ella soltó una carcajada.

—No te asustes. —Se inclinó hacia él y puso una mano sobre la suya.— Sólo estoy un poco sentimental. En cualquier caso, mi isla se siente esta noche muy cercana a la tuya. —Bebió un sorbo de champán.

Bond rió aliviado.

—Pues entonces unámoslas y hagamos una península —dijo—. Ahora mismo, en cuanto acabemos las fresas.

—No —dijo ella coqueteando—. Yo quiero café.

—Y coñac —contraatacó él.

La nube se había ido. La segunda nube. Esta también dejó en el aire flotando un minúsculo interrogante, que se disolvió enseguida cuando el calor y la intimidad los envolvieron de nuevo.

Habían tomado ya el café y Bond estaba bebiendo su coñac, cuando Vesper recogió el bolso, se levantó y se puso a su lado.

—Estoy cansada —dijo, apoyando una mano sobre el hombro de Bond.

El posó su mano sobre la de ella y permanecieron inmóviles unos segundos. Vesper se inclinó y le rozó el cabello con los labios. Luego se marchó. Al cabo de un minuto, la luz de su habitación se encendió.

Bond esperó fumando a que se apagara. Luego fue tras ella, parándose sólo para dar las buenas noches al dueño y a su mujer y agradecerles la cena. Tras intercambiar algunos cumplidos, subió a la planta de arriba.

Tan sólo eran las nueve y media cuando Bond entró en la habitación de Vesper, cruzando el lavabo de comunicación, y cerró la puerta.

La luz de la luna atravesaba las persianas entreabiertas y lamía las secretas sombras de la nieve de su cuerpo tendido en la ancha cama.

Bond se despertó al amanecer en su propia habitación y se quedó un rato en la cama, acariciando sus recuerdos.

Luego se levantó en silencio, se puso la chaqueta del pijama y, pasando con gran sigilo por delante de la puerta de Vesper, salió de la casa en dirección a la playa.

Al despuntar el sol, el mar estaba sereno y callado y las suaves olas rosadas lamían perezosas la arena. Aunque hacía frío, Bond se quitó la chaqueta y paseó desnudo por la orilla hasta el lugar en que se había bañado la tarde anterior. Luego entró deliberadamente despacio en el agua hasta que le llegó a la barbilla. Despegó los pies del fondo y se hundió, tapándose la nariz con una mano y cerrando los ojos, sintiendo como el agua fría le peinaba el cuerpo y el cabello.

El espejo de la bahía permanecía intacto salvo donde creyó ver saltar a un pez. Imaginó bajo el agua el tranquilo escenario y deseó que Vesper surgiera de pronto de entre los pinos y se asombrara al verlo emerger súbitamente de aquel mar vacío.

Cuando, transcurrido un minuto entero, salió a la superficie entre una nube de gotas de agua, se decepcionó. No había ni un alma. Estuvo un rato nadando y dejándose llevar a la deriva y después, cuando el sol parecía ya lo bastante cálido, salió a la playa y se tumbó boca arriba, disfrutando el cuerpo que la noche le había retornado.

Como en la tarde anterior, se quedó mirando hacia el cielo vacío y encontró la misma respuesta.

Pasado cierto tiempo, se levantó y emprendió un lento regreso por la playa hasta donde había dejado la chaqueta del pijama.

Aquel día pediría a Vesper que se casara con él. Estaba decidido. Ahora sólo era cuestión de elegir el momento apropiado.

CAPÍTULO 25 - *El parche negro*

Cuando entraba en silencio desde la terraza a la penumbra del comedor, que tenía los postigos aún cerrados, le sorprendió ver a Vesper emerger de la cabina telefónica acristalada que había junto a la puerta principal y abordar con sigilo la escalera que llevaba a las habitaciones.

—Vesper —llamó, creyendo que tendría algún mensaje urgente de interés para los dos.

Ella se volvió con brusquedad llevándose una mano a la boca.

Durante un instante más largo de lo necesario se quedó mirándolo fijamente con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó él, algo asustado ante la posibilidad de una crisis en sus vidas.

—¡Ay! ¡Qué susto me has dado! —exclamó ella sin aliento—. No es nada... Nada, sólo he llamado a Mathis. A Mathis —repitió—. Para ver si me conseguía otro vestido. Ya sabes, de esa amiga de quien te hablé, la vendedora. Es que no tengo nada de ropa. —Las palabras le fluían en un enredado revoltijo.— He pensado que podría encontrarlo antes de que se fuera a la oficina. No tengo el número de teléfono de mi amiga y deseaba sorprenderte. No quería que me oyeras ni que te despertaras. ¿Qué tal el agua?, ¿te has bañado? ¡Deberías haberme esperado!

—Estaba estupenda —dijo Bond, que había decidido despreocuparse, aunque le irritaba la evidente culpabilidad de Vesper en aquel pueril misterio—. Corre, ve tú también, que luego desayunaremos en la terraza. Tengo hambre. Siento haberte asustado, pero me ha extrañado ver a alguien rondando a estas horas de la mañana.

La rodeó con el brazo, mas ella se soltó y empezó a subir rápidamente la escalera.

—¡Me ha sorprendido tanto verte!... —dijo, intentando cubrir el incidente con un comentario ligero—. Parecías un fantasma, un ahogado, con todo ese pelo en los ojos —rió con aspereza. Al darse cuenta de ello, convirtió la risa en una tos y añadió—: Espero no haberme resfriado.

Siguió poniendo parches a la malla de su mentira hasta que a Bond le dieron ganas de propinarle unos azotes para que se calmara y le dijera la verdad. En lugar de eso, se limitó a darle unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda ante la puerta de su habitación y a decirle que se apresurara a darse el baño.

Después se fue a su habitación.

Aquello marcó el fin de la integridad de su amor. Los siguientes días fueron una sucesión de falsedades e hipocresías, revueltas con lágrimas de ella y momentos de pasión animal durante los cuales Vesper se abandonaba con una avidez que la vacuidad de sus días volvía indecente.

Varias veces intentó Bond derribar los temibles muros de la desconfianza. Sacó el

tema de la llamada por teléfono una y otra vez, pero en cada ocasión ella se obstinaba en apuntalar su historia con detalles que él sabía que había meditado a posteriori. Vesper llegó a acusarle de pensar que tenía otro amante.

Aquellas escenas acababan siempre en amargo llanto por parte de ella y en algún momento al borde de la histeria.

El ambiente fue volviéndose cada día más odioso.

A Bond le parecía increíble que las relaciones humanas pudieran reducirse a cenizas de la noche a la mañana, y no dejaba de darle vueltas a la cabeza buscando alguna razón.

Sentía que Vesper estaba tan consternada como él y que, en todo caso, su infelicidad parecía aún mayor. Pero el misterio de la conversación telefónica que ella, enfadada —a él le parecía que casi asustada—, se negaba a explicarle era una sombra que otros pequeños misterios y reticencias ennegrecían aún más.

La situación empeoró aquel mismo día durante el almuerzo.

Tras un desayuno que fue un esfuerzo para ambos, Vesper dijo que le dolía la cabeza y que se quedaría en la habitación a cubierto del sol. Bond cogió un libro y recorrió a pie varios kilómetros de playa. Cuando regresó, lo hizo convencido de que podrían resolver el problema durante el almuerzo.

En cuanto se sentaron a la mesa, pidió disculpas con tono desenfadado por haberla asustado cuando salía de la cabina telefónica. Luego dejó el tema y se puso a contarle lo que había visto durante su paseo, pero Vesper estaba distraída y respondía sólo con monosílabos. Daba vueltas a la comida y evitaba los ojos de Bond, fijando una mirada preocupada detrás de él.

Cuando no respondió a dos o tres intentos seguidos de conversación, Bond también dejó de hablar y pasó a ocuparse de sus negros pensamientos.

De pronto, Vesper se puso rígida. Su tenedor cayó ruidosamente sobre el borde del plato y se estrelló con estrépito contra el suelo de la terraza.

Él levantó la vista. Vesper, que estaba blanca como el papel, miraba por encima del hombro de él con expresión de terror.

Bond se volvió y vio que un hombre acababa de sentarse a una mesa que había en el otro extremo de la terraza, muy lejos de ellos. Parecía de lo más normal, quizá algo sombrío en la forma de vestir, pero a primera vista Bond lo calificó como un hombre de negocios que había llegado a la posada por casualidad o que la había visto en la guía Michelin.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó, preocupado.

Los ojos de Vesper no se apartaban del distante personaje.

—Es el hombre del coche —respondió ella con voz ahogada—, el hombre que nos seguía. Estoy segura.

Bond volvió otra vez la cabeza. El dueño de la posada estaba comentando la carta

con el nuevo cliente. Era una escena muy normal: intercambiaron sonrisas sobre algún plato del menú y al parecer decidieron que era el apropiado, porque el dueño cogió la carta y, tras comentar el tema del vino, según supuso Bond, se retiró.

El hombre pareció darse cuenta de que era observado. Levantó la vista y los miró un instante sin la menor curiosidad. Luego cogió un maletín que había sobre la silla de al lado, sacó un periódico de él y se puso a leerlo con los codos apoyados sobre la mesa.

Cuando el hombre los miró, Bond se dio cuenta de que llevaba un parche negro en un ojo; no estaba atado con una cinta cruzada, sino incrustado como un monóculo. Por lo demás, parecía un simpático hombre de mediana edad, de cabello castaño oscuro peinado hacia atrás y con dientes blancos e inusualmente largos, según había comprobado Bond cuando lo vio hablar con el dueño.

—Por favor, cariño —dijo él, volviéndose a Vesper—, pero si tiene un aspecto muy inocente. ¿Estás segura de que es el mismo hombre? No pretenderás que este lugar sea para nosotros solos.

El rostro de Vesper seguía siendo una máscara blanca. Se aferraba al borde de la mesa con ambas manos. Bond creyó que se iba a desmayar y estuvo a punto de levantarse para ir a ayudarla, pero ella lo detuvo con un gesto. Cogió un vaso de vino y bebió un trago largo. El cristal repiqueteó contra sus dientes y tuvo que ayudarse con la otra mano. Luego lo dejó sobre la mesa.

—Sé que es el mismo —afirmó Vesper, mirándolo con ojos apagados.

Bond intentó razonar con ella, pero no le hizo caso. Tras lanzar un par de miradas por encima del hombro de él con unos ojos que traslucían una extraña sumisión, dijo que seguía doliéndole la cabeza y que pasaría la tarde en la habitación. Se levantó y se fue adentro sin mirar atrás.

Bond estaba decidido a tranquilizarla. Pidió que le sirvieran un café en la mesa y, entretanto, cruzó la casa con paso rápido hasta llegar al patio. En efecto, el Peugeot negro que había aparcado podía ser el sedán que habían visto, pero también uno cualquiera del millón de coches iguales que circulaban por las carreteras francesas. Echó un vistazo al interior y vio que estaba vacío; cuando luego intentó abrir el coche, comprobó que lo habían cerrado con llave. Anotó el número de la matrícula de París, fue rápidamente al lavabo que había junto al comedor, tiró de la cadena y salió otra vez a la terraza.

El hombre estaba comiendo y no alzó la vista.

Bond se sentó en la silla de Vesper para así vigilar la otra mesa.

Unos minutos después, el hombre pidió la cuenta, pagó y se marchó. Bond oyó arrancar el motor del Peugeot y, al poco tiempo, el ruido del tubo de escape había desaparecido en dirección a la carretera de Royale.

Cuando el dueño de la posada volvió a la mesa de Bond, éste le explicó que

lamentablemente a *madame* le había dado una ligera insolación. Después de que el dueño expresara su comprensión y se extendiera sobre los peligros de salir al aire libre en una larga lista de condiciones climáticas, Bond le preguntó por el otro cliente sin concederle la menor importancia.

—Me recuerda a un amigo mío que también perdió un ojo. El parche negro que lleva es muy parecido al suyo.

El dueño respondió que era un forastero, pero que le había gustado la comida y había dicho que volvería al cabo de un par de días, también a almorzar. Al parecer era suizo, lo que también se deducía de su acento. Era representante de relojes. Debía de ser terrible tener sólo un ojo, con la molestia que conllevaría estar todo el día aguantando el parche, aunque imaginaba que uno se acostumbraba.

—Sin duda es muy triste —dijo Bond—. Usted tampoco fue muy afortunado —añadió señalando la manga vacía del dueño—. Yo tuve suerte.

Hablaron un rato de la guerra. Luego Bond se levantó.

—Por cierto —dijo—, a primera hora *madame* ha hecho una llamada telefónica que no debo olvidar pagar: a París, a un número del Elíseo, creo —añadió, recordando que ésa era la extensión de Mathis.

—Gracias, señor, pero ya está arreglado. Esta mañana he hablado con la centralita de Royale y me han dicho que uno de mis huéspedes había puesto una llamada a París sin obtener respuesta. Querían saber si *madame* deseaba insistir, y mucho me temo que se me ha olvidado por completo. Tal vez *monsieur* sea tan amable de comentárselo a *madame*. De todos modos, si no recuerdo mal, la llamada a que se referían era a un número de Los Inválidos.

CAPÍTULO 26 - «*Duerme bien, cariño*»

Los dos siguientes días fueron muy parecidos.

Al cuarto día de su estancia, Vesper salió a primera hora hacia Royale. Fue a recogerla un taxi que la llevó y la trajo de vuelta. Ella dijo que necesitaba unas medicinas.

Aquella noche, Vesper hizo un esfuerzo especial por estar alegre. Bebió mucho y, cuando subieron a sus habitaciones, invitó a Bond a la suya y le hizo apasionadamente el amor. El cuerpo de Bond respondió, pero luego ella estalló en amargo llanto sobre la almohada y él se fue a su habitación, desesperado.

Bond apenas pudo dormir. A primera hora oyó como la puerta de Vesper se abría con suavidad y luego le llegaron algunos sonidos desde abajo. Estaba seguro de que Vesper se encontraba en la cabina del teléfono. Al cabo de un momento oyó otra vez la puerta cerrándose con suavidad y dedujo que tampoco había tenido respuesta desde París.

Eso sucedió el sábado.

El domingo volvió el hombre del parche negro. Bond lo supo en cuanto alzó la vista de su plato y vio el rostro de Vesper. Le había dicho todo lo que el dueño le había contado a él, ocultándole tan sólo aquello de que el hombre podía volver, porque no quería preocuparla.

También telefoneó a Mathis en París para comprobar los datos del Peugeot: había sido alquilado por una respetable empresa quince días antes; el cliente tenía un permiso de circulación suizo y se llamaba Adolf Gettler; como dirección, había dado la de un banco suizo.

Mathis acudió a la policía suiza: sí, el banco tenía una cuenta a ese nombre, muy poco utilizada. Al parecer, *Herr* Gettler trabajaba en la industria relojera. Se podía investigar más si se presentaba algún cargo contra él.

Vesper se había encogido de hombros ante la información.

Esa vez, cuando el hombre apareció, ella dejó de comer y se fue directamente a su habitación.

Bond tomó una decisión y, al acabar de almorzar, fue tras ella. Tenía las dos puertas cerradas con llave. Cuando lo dejó entrar, vio que había estado sentada a oscuras junto a la ventana, supuso que observando.

El rostro de Vesper era de fría piedra. La condujo hasta la cama y la obligó a sentarse a su lado. Ambos estaban rígidos, como dos pasajeros en un compartimiento de tren.

—Vesper —dijo Bond, mientras le cogía las frías manos entre las suyas—, no podemos seguir así, esto tiene que acabar. Estamos torturándonos el uno al otro y sólo hay una forma de pararlo: o me cuentas qué está ocurriendo o nos vamos. Ahora

mismo.

Vesper no respondió. Sus manos estaban sin vida entre las de Bond.

—Cariño —insistió él—, ¿no me lo quieres decir? ¿Sabes que la otra mañana regresé del paseo dispuesto a pedirte que te casaras conmigo? ¿No podemos volver al principio de todo? ¿Qué es esta espantosa pesadilla que nos está matando, a los dos?

Primero ella no respondió; luego una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Quieres decir que te hubieras casado conmigo?

Bond asintió.

—¡Oh, Dios mío! —gritó ella—. ¡Dios mío! —Se volvió hacia él y lo abrazó, hundiendo luego el rostro en su pecho.

Bond la apretó contra él.

—Dímelo, amor mío —solicitó él—. Cuéntame qué está haciéndote tanto daño.

El llanto comenzó a disminuir.

—Déjame sola un rato —pidió ella. Su voz había adquirido un tono nuevo, de resignación—. Déjame pensar un poco. —Le besó el rostro, que sostuvo entre las manos, mirándolo con anhelo.— Cariño, intento hacer lo mejor para los dos. Créeme, por favor. Pero es terrible. Estoy en un horrible... —Volvió a llorar, aferrándose a él como un niño con pesadillas.

Bond la tranquilizó, acariciándole el largo cabello negro y besándola con suavidad.

—Ahora vete —dijo Vesper—. Necesito tiempo para pensar. Tenemos que hacer algo.

Cogió el pañuelo de Bond y se secó los ojos.

Lo acompañó hasta la puerta y allí se abrazaron inmóviles. Después, Bond la besó otra vez y cerró la puerta tras él.

Aquella noche volvió a reinar entre ellos casi toda la alegría e intimidad de la primera noche. Vesper estaba nerviosa y su risa sonaba desproporcionada a veces, pero Bond estaba decidido a seguirla en su nueva disposición de ánimo. Sólo al final de la cena realizó un comentario de pasada que hizo vacilar a Vesper.

—No hablemos de eso ahora —dijo ella, colocando una mano sobre la de él—; olvídalo, ya ha pasado. Mañana por la mañana te lo contaré todo.

Lo miró de repente y sus ojos se inundaron de lágrimas. Buscó un pañuelo en el bolso y se los secó.

—Ponme champán —pidió, y se echó a reír con poca naturalidad—. Quiero más. Tú bebes mucho más que yo, no es justo.

Permanecieron en la mesa bebiendo hasta acabar la botella. Entonces Vesper se levantó y, al tropezar con la silla, rió.

—Me parece que estoy borracha —dijo—. ¡Qué vergüenza! Por favor, James, no te avergüences de mí. Quería tanto estar alegre... ¡Y estoy alegre!

Se puso junto a él y pasó los dedos entre sus negros cabellos.

—Sube deprisa —dijo—. Esta noche te deseo con locura.

Le lanzó un beso por el aire y desapareció.

Durante dos horas estuvieron haciendo el amor con lentitud y dulzura, con un feliz apasionamiento que el día antes Bond no hubiese creído posible recuperar. Las barreras de la obsesión y la desconfianza parecían haberse derrumbado, y las palabras que se decían el uno al otro volvían a ser inocentes y sinceras, sin ninguna sombra entre ellos.

—Ahora debes irte —dijo Vesper, después de que Bond hubiera dormido un rato entre sus brazos.

Como queriendo retirar aquellas palabras, lo abrazó más fuerte, murmurando expresiones cariñosas y apretando todo su cuerpo contra el de Bond.

Cuando él se levantó al final y se inclinó para alisarle el cabello y besarle después los ojos y la boca en señal de buenas noches, Vesper estiró el brazo y encendió la luz.

—Mírame —dijo— y deja que te mire.

Bond se arrodilló a su lado.

Vesper examinó cada línea de su rostro como si lo viera por primera vez. Luego se incorporó y le pasó un brazo por el cuello. Sus intensos ojos azules nadaban en lágrimas mientras acercaba con lentitud la cabeza de Bond hacia ella y depositaba un suave beso en su boca. Después lo soltó y apagó la luz.

—Buenas noches, amor mío.

Bond se inclinó a besarla. Notó el sabor de las lágrimas en su mejilla.

Fue hacia la puerta y, una vez allí, se volvió hacia ella.

—Duerme bien, cariño —dijo—. No te preocupes, ya ha pasado todo.

Cerró la puerta con suavidad y se fue a su habitación con el corazón intranquilo.

CAPÍTULO 27 - *El corazón sangrante*

El dueño de la posada le entregó la carta por la mañana.

Irrumpió en la habitación sosteniendo el sobre lejos de él como si estuviera ardiendo.

—Ha habido un terrible accidente. *Madame...*

Bond saltó de la cama y cruzó el cuarto de baño, pero la puerta de comunicación estaba cerrada. Volvió corriendo a su habitación y salió al pasillo, pasando ante una camarera que se apartó horrorizada.

La puerta de Vesper estaba abierta. El sol iluminaba la estancia a través de las persianas. Su negro cabello era lo único que sobresalía de la sábana y, bajo la colcha, su recto cuerpo moldeado parecía una estatua yacente sobre una tumba.

Bond cayó de rodillas junto a ella y retiró la sábana.

Estaba dormida. Debía de ser así porque tenía los ojos cerrados. No había cambio alguno en su amado rostro. Parecía igual que siempre y, sin embargo, estaba tan quieta, sin moverse, sin pulso, sin respirar. Claro, eso era: sin respirar.

El dueño de la posada se le acercó al poco tiempo y lo tocó en el hombro. Señaló el vaso vacío sobre la mesilla de noche: tenía posos blancos en el fondo. Estaba junto a su libro, su tabaco y sus cerillas y el triste montón que formaban el espejo, el lápiz de labios y el pañuelo. Y en el suelo, el frasco de somníferos vacío, los somníferos que Bond había visto en el cuarto de baño la primera noche.

Bond se incorporó y pareció volver en sí. El dueño seguía tendiéndole el sobre. Lo cogió.

—Notifíquelo al comisario, por favor —pidió Bond—, Dígale que, si me necesita, estaré en mi habitación.

Se retiró sin ver nada y sin volver la vista atrás.

Se sentó sobre el borde de la cama y miró por la ventana hacia el mar calmado. Luego clavó sus ojos vacíos en el sobre. Llevaba escrito, con letras grandes y redondas, un sencillo: «*Pour lui*».

Supuso que ella habría dejado dicho que la despertaran temprano para que no fuera él quien la encontrara.

Dio la vuelta al sobre. No hacía mucho, la cálida lengua de Vesper había sellado la solapa.

Finalmente, inspiró hondo y lo abrió.

La carta no era muy larga. Tras las primeras palabras, la leyó deprisa, respirando ásperamente por la nariz. Luego la arrojó sobre la cama como si fuera un escorpión.

La carta decía así:

Mi amado James:

Te amo con todo mi corazón y, mientras lees estas palabras, espero que tú también me ames a mí, porque es ahora, con estas precisas palabras, con las que terminará tu amor por mí. Así que adiós, cariño mío, ahora que aún nos amamos. Adiós, mi amor.

Soy agente de la MWD. Sí, soy una agente doble para los rusos. Me captaron al año de terminar la guerra y he trabajado para ellos desde entonces. Yo amaba a un piloto polaco que servía en la RAF. Aún lo amaba cuando te conocí. Puedes descubrir quién era: recibió dos Ordenes al Servicio Distinguido. Al acabar la guerra, M lo entrenó y lo mandó de vuelta a Polonia. Lo cogieron y, torturándolo, averiguaron muchas cosas y supieron de mi existencia. Me buscaron y me dijeron que él viviría si yo trabajaba para ellos. El no sabía nada, pero le permitían escribirme. Su carta llegaba el día quince de cada mes. No supe cómo parar aquello; no soportaba la idea de un día quince sin recibir su carta porque significaría que yo lo habría matado. Intenté darles lo menos posible, en eso tienes que creerme. Luego te tocó a ti: les dije que te habían asignado la misión de Royale, cuál era tu tapadera, etcétera. Por eso te conocían antes de que llegaras, y tuvieron tiempo de colocar los micrófonos. Sospechaban de Le Chiffre, pero no sabían en qué consistía tu misión, salvo que tenía algo que ver con él. Eso fue lo único que les comuniqué.

Después me ordenaron que no me pusiera detrás de ti en el casino y que procurara que Mathis y Leiter tampoco lo hicieran. Eso fue la causa de que el pistolero casi consiguiera matarte. Luego tuve que fingir el secuestro. Supongo que te preguntaste por qué estaba tan callada en la sala de fiestas. No me hicieron ningún daño porque trabajaba para la MWD.

Pero cuando supe cómo te habían torturado, aunque fuera Le Chiffre el autor material y acabara siendo un traidor, decidí que me era imposible continuar. Para entonces había empezado a enamorarme de ti. Querían que te sacara información mientras te recuperabas, pero me negué. Me controlaban desde París: yo tenía que llamar a un número de Los Inválidos dos veces al día. Me amenazaron y, al final, retiraron mi control y supe que mi amante polaco moriría. Sin embargo, supongo que temían que yo hablara y me dieron un último aviso de que SMERSH vendría a por mí si no les obedecía. No les hice caso, estaba enamorada de ti. Entonces vi al hombre del parche negro en el Splendide y descubrí que había estado haciendo preguntas sobre mis movimientos. Eso fue la víspera de venir aquí. Creí que me libraría de él. Decidí que tendríamos una aventura y que después yo me escaparía a Sudamérica desde Le Havre. Esperaba que podría tener un hijo tuyo y empezar de nuevo en algún lugar. Pero nos siguieron. Es imposible escapar de ellos.

Sabía que decírtelo supondría el fin de nuestro amor. Pensándolo mucho, me di cuenta de que sólo tenía dos opciones: esperar a que SMERSH me matara (y quizá

también a ti) o suicidarme.

Eso es todo, amor mío. No puedes evitar que te llame así ni que diga que te amo. Eso me lo llevo conmigo, junto con tu recuerdo.

Hay poco que yo sepa que te ayude: el número de París era Inválidos 55200. Nunca me reuní personalmente con ninguno de ellos en Londres porque todo se hacía a través de una dirección anónima, un estanco en el 450 de Charing Cross Place.

En nuestra primera cena me hablaste de aquel yugoslavo a quien encontraron culpable de traición y que dijo que se había visto atrapado en la vorágine del mundo. Esa es mi única excusa. Esa y el amor por el hombre cuya vida intenté salvar.

Ya es tarde y estoy cansada, y tú te encuentras a sólo dos puertas de mí, pero tengo que ser valiente. Podrías salvarme la vida, pero yo sería incapaz de resistir la mirada de tus amados ojos.

Amor mío, amor mío.

V.

Bond tiró la carta sobre la cama y, con un gesto mecánico, se limpió los dedos. De repente se golpeó las sienes con los puños y se levantó. Miró un instante hacia el mar callado y lanzó en voz alta una ruda blasfemia.

Tenía los ojos húmedos y se los secó.

Se puso una camisa y unos pantalones y, con rostro frío e impassible, bajó al vestíbulo y se encerró en la cabina de teléfono.

Mientras le pasaban la llamada a Londres, repasó con calma los datos de la carta de Vesper: todo encajaba. Las sombras y los interrogantes de las cuatro últimas semanas, que su instinto detectó de inmediato, pero que su mente rechazó, en ese momento eran tan obvios como postes indicadores.

Ahora sólo la veía como una espía. El amor entre ellos y su dolor estaban relegados ya al desván de su mente. Más adelante quizá los sacaría a rastras, los analizaría sin emoción y de nuevo los guardaría a empujones con los demás bultos sentimentales que prefería olvidar. Ahora sólo era capaz de pensar en aquella traición al Servicio y a su país y en todo el daño que había ocasionado. Su mente profesional estaba totalmente absorta en las consecuencias: las tapaderas que habrían descubierto a lo largo de los años, los códigos que habrían descifrado, los secretos que se habrían filtrado desde el corazón mismo de la Sección destinada a penetrar en la Unión Soviética.

Era espantoso y no podía ni imaginar cómo sería posible reparar todo aquello.

Hizo rechinar los dientes. De repente, las palabras de Mathis resonaron en su cabeza: «Hay muchos blancos de color negro en el mundo» y, antes, «¿Qué me dices de SMERSH? A mí no me gusta nada la idea de tener a esos tipos rondando por Francia y matando al primero que piensan que ha traicionado su maravilloso sistema

político».

Bond sonrió con amargura.

¡Qué pronto se había demostrado que Mathis tenía razón, y qué pronto le habían explotado en el rostro sus estúpidos sofismas!

Mientras él, Bond, jugaba a indios y vaqueros durante años (sí, la descripción de Le Chiffre era exacta), el auténtico enemigo había estado trabajando en silencio, con frialdad y sin heroicidades, ante sus propias narices.

De repente se imaginó a Vesper caminando por un pasillo con documentos en la mano. ¡En bandeja! Les entregaban los documentos en bandeja mientras el frío agente secreto distinguido con un Cero Cero correteaba por el mundo jugando a indios y vaqueros.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos y empezó a sudar de vergüenza.

Bueno, aún no era demasiado tarde. Allí mismo tenía un blanco, al alcance de la mano. Emprendería la caza de SMERSH. Sin SMERSH, sin esa fría arma de muerte y venganza, la MWD sería simplemente otro montón de espías funcionarios, ni mejor ni peor que cualquiera de los servicios occidentales.

SMERSH era el aguijón. «Sé fiel, espía bien, o morirás. Inevitablemente y sin contemplaciones, te cazaremos y te mataremos.»

Lo mismo sucedía con toda la maquinaria soviética: el impulso era el miedo. Para ellos siempre resultaba más seguro avanzar que retroceder. «Avanza contra el enemigo y a lo mejor la bala yerra. Retrocede, rehuye, traiciona y la bala nunca fallará.»

A partir de ese momento, él iba a atacar el brazo que sostenía el látigo y la pistola. El espionaje, para los espías de despacho. ¡Que ellos espieran y cazaran espías! El perseguiría la amenaza que había tras los espías, la amenaza que los hacía espíar.

Sonó el teléfono y Bond casi arrancó el auricular.

Había conectado con «el Enlace», el responsable de enlaces con el exterior, el único hombre de Londres a quien podía llamar desde el extranjero. Y sólo en caso de extrema necesidad.

Habló en voz baja contra el auricular.

—Habla 007. Estoy en línea abierta. Es una emergencia, ¿me oye? Comuníqueme esto de inmediato. 3030 era doble, trabajaba para el País Rojo. Sí, maldita sea, he dicho «trabajaba». La zorra está muerta.

[{1}](#) Sala privada. (Todas las expresiones en francés figuran en esta lengua en el original. *(N. del t.)*)

[{2}](#) La ruleta está dividida en 37 casillas: del 1 al 36 (además del 0, que es banca). La primera docena engloba del 1 al 12; la segunda, del 13 al 24; y la tercera, del 25 al 36. *(N. del t.)*

[{3}](#) Sindicato de los Obreros de Alsacia.

[{4}](#) Ley tendente al cierre de las casas de trato y al refuerzo de la lucha contra el proxenetismo.

[{5}](#) Gana la banca. *(N. del t.)*

[{6}](#) «Pero no damos por el culo a las moscas» (traducción literal).

[{7}](#) Bala explosiva. Produce heridas muy extendidas y amplias. *(N. del t.)*

[{8}](#) Siglas de Women's Royal Naval Service: Servicio Femenino de la Armada Real. *(N. del t.)*